

EL MOVIMIENTO DEL CABALLO

**ANDREA
CAMILLERI**



Lectulandia

Sin renunciar al imaginario Vigàta, «el pueblo más ficticio de la Sicilia más típica» y escenario de todas sus novelas, Andrea Camilleri deja descansar en esta ocasión al comisario Salvo Montalbano para narrarnos una historia basada libremente en un estudio de Leopoldo Franchetti sobre la Sicilia del siglo XIX.

Giovanni Bovara, inspector de Hacienda genovés pero de padres sicilianos, llega a Vigàta dispuesto a recaudar los impopulares impuestos sobre la molienda que el gobierno italiano exigía a los terratenientes sicilianos. Una vez allí, se encuentra con una complicada red organizada para defraudar al Estado, algo que Bovara no está dispuesto a consentir, aunque para ello tenga que vérselas con la astucia y las malas artes de la mafia de los terratenientes.

Prueba de ello es que, el día que pretende denunciar el asesinato de un cura que ha presenciado por casualidad, acaba siendo acusado del crimen y encerrado, incomunicado e indefenso, en un calabozo. Ante la gravedad de la situación, Bovara reacciona de forma inesperada y, como si de una jugada de ajedrez se tratara, pilla a sus oponentes por sorpresa. Así, rescatando de sus recuerdos infantiles el dialecto siciliano de sus padres y la manera de pensar de sus ancestros, se le ocurre la única manera de vencer a sus enemigos y salvar su vida.

El choque brutal entre las normas de la modernidad y los hábitos recalcitrantes de una sociedad ancestral y hermética como pocas, que incluso perdura hasta nuestros días, queda reflejado en esta novela con la maestría habitual de Andrea Camilleri, un siciliano universal que conoce como nadie los entresijos del alma de sus congéneres.

Lectulandia

Andrea Camilleri

El movimiento del caballo

ePub r1.0

Titivillus 11.08.16

Título original: *La mossa del cavallo*
Andrea Camilleri, 1999
Traducción: María Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Lema

«El caballo es la única pieza del juego que puede saltar por encima de las demás. Se mueve de una manera verdaderamente especial, describiendo una L: primero dos casillas en horizontal o en vertical, como una torre, y después una casilla a la derecha o a la izquierda. Un detalle que no hay que olvidar: un caballo que sale de una casilla negra siempre va a parar a una blanca. Y, al contrario, un caballo que se mueve desde una casilla blanca llega siempre a una casilla negra. El caballo puede saltar por encima de cualquier pieza.»

ANATOLI KARPOV

Sábado, 1 de septiembre de 1877

—*Dominivobisco.*

—*Etticummi spiri totò* —contestó una decena de voces repartidas por la profunda oscuridad de la iglesia, puntuada aquí y allá por algunas mariposas y velitas de sebo maloliente.

—*Itivìnni, la missa è.*

Se oyó un estruendo de sillas empujadas, la primera misa de la mañana había terminado. A una mujer le dio un acceso de tos, el padre Artemio Carnazza efectuó una semigenuflexión delante del altar mayor y desapareció a toda prisa en el interior de la sacristía, donde el sacristán, muerto de sueño como siempre, lo esperaba para ayudarlo a despojarse de los ornamentos. Los fieles habituales de la primera misa abandonaron la iglesia, excepto doña Trisìna Cìcero, la mujer del ataque de tos, que permaneció de rodillas, profundamente inmersa en la oración. Doña Trisìna llevaba unos quince días asistiendo a la primera misa, pese a no ser una beata y a que sólo acudía a la iglesia los domingos y las fiestas de guardar. Habría cometido un pecado y pretendería que el Señor la perdonara. Doña Trisìna era una morena treintañera de brillantes ojos verdes y tenía unos labios tan rojos como las llamas del infierno. La pobre llevaba tres años viuda. Desde entonces vestía de negro, de luto riguroso, pero, así y todo, al verla pasar, los hombres tenían malos pensamientos: una bendición de Dios como aquélla sin un hombre que la gobernara... Sin embargo, en el pueblo había quienes sostenían que ese campo había sido arado y generosamente sembrado por dos voluntarios, por lo menos: el abogado don Gregorio Fasùlo y el hermano del comisario, Gnazio Spampinato.

Doña Trisìna esperó a que el sacristán abandonara la iglesia, se santiguó, se levantó y se encaminó hacia la sacristía. Entró cautelosamente. La primera luz del día le bastó para comprobar que en la estancia no había ni un alma. Justo al lado del gran armario de palisandro donde se guardaban los ornamentos se abría una puertecita que daba acceso a la escalera de madera del cuarto donde vivía el cura.

El padre Artemio Carnazza estaba entre los cuarenta y los cincuenta y era de temperamento exaltado, fornido, amante de la comida y la bebida. Con espíritu cristiano, estaba siempre dispuesto a prestar dinero a los que lo necesitaban, pero después, con espíritu pagano, los obligaba a devolverle el doble e incluso el triple de lo que había desembolsado. Por encima de todo, el padre Carnazza era un amante de la naturaleza. Pero no la de los pajarillos, las ovejitas, los árboles, las alboradas y los ocasos, muy al contrario, esa clase de naturaleza le importaba un carajo. La que lo volvía loco era la naturaleza de la mujer, que, en su infinita variedad, cantaba las alabanzas de la fantasía del Creador: ya negra como la tinta, ya roja como el fuego, ya rubia como la espiga de trigo, pero siempre con matices de color distintos, con la hierbecilla a veces alta que se agitaba bajo el soplo de su aliento y a veces muy corta como recién segada y otras veces tupida y ensortijada como un matorral espinoso y

salvaje. Siempre se asombraba cuando veía alguna nueva, porque efectivamente lo era, con todas sus peculiaridades por descubrir y recorrer centímetro a centímetro hasta llegar a la pequeña gruta húmeda y calentita en cuyo interior se adentraba uno muy despacito, puesto que más adelante era la propia gruta la que lo agarraba muy fuerte y lo encerraba entre sus paredes para llevarlo hasta el fondo más hondo, del que manaba el agua de la vida.

Doña Trisina subió por la escalera pasito a pasito, procurando no hacer ruido porque la madera, de peldaño en peldaño, crujía cada vez más, como si se quejara.

—Mejor así —le había dicho el cura—, porque, si alguien viene a verme, lo oigo acercarse.

Mientras subía doña Trisina, el padre Carnazza se había quitado la sotana y, sobre la camiseta y los calzoncillos, se había puesto una bata que le había regalado una de sus feligresas, de seda roja bordada en oro, como no la tenía ni siquiera el obispo.

Puesto que el cura no estaba en el comedor (después de la primera misa, éste desayunaba con medio litro de leche de cabra y media docena de huevos fritos), doña Trisina se acercó a la puerta del dormitorio y miró, asomando ligeramente la cabeza hacia el interior. Las persianas estaban echadas, pero a través de ellas se filtraba la luz de una jornada que iba a ser muy calurosa. No vio a nadie ni siquiera allí. Pensó que el padre Artemio habría tenido que encerrarse en el retrete para satisfacer alguna necesidad natural. Se adelantó un paso. Y entonces el cura, que permanecía escondido detrás de la puerta conteniendo la respiración, salió de golpe, la agarró por detrás, la empujó contra la cama y la obligó a tumbarse boca abajo. Doña Trisina consiguió reprimir un grito a pesar del susto que se había llevado, pero cuando percibió que la mano libre del padre Artemio (la otra la mantenía apretada contra su espalda para inmovilizarla) se introducía decididamente bajo la falda, la enagua y el faldellín con el propósito de bajarle las bragas, reaccionó con un «¡No!» tan seco como un disparo de escopeta. El cura pareció no haberla oído; su respiración era tan afanosa como si estuviera a punto de sufrir un soponcio de un momento a otro. Doña Trisina comprendió que la posición en la que la mantenía inmovilizada el cura era extremadamente peligrosa, por lo que levantó un pie y le pegó una patada a ciegas. Alcanzado de lleno en los cojones, el padre Artemio soltó la presa y se dobló por la mitad con la boca abierta para coger aire.

Trisina lo aprovechó para levantarse de la cama y alisarse el vestido.

—¡Le he dicho que no! —dijo, enfurecida—. ¡Le he dicho que el acto completo no quiero hacerlo! ¡Todavía está caliente en la tumba mi pobre maridito!

El padre Carnazza aún estaba atontado por el dolor, pero, al oír las palabras de doña Trisina, notó que la sangre le subía a la cabeza.

—Pero ¡qué bobadas me estás diciendo! ¡Hasta Lázaro apestaba después de dos días! ¡Cómo puedes decirme que el muy cornudo de tu marido aún está caliente, si lleva tres años muerto!

Sin dignarse contestarle ni una sola palabra, la mujer regresó al comedor, cogió

una silla y se sentó. Poco después, el cura imitó su ejemplo: si Trisìna no se había ido indignada, significaba que las negociaciones podían seguir adelante.

La historia se prolongaba desde hacía unos diez días: Trisìna se presentaba en su vivienda, pero, en cuanto él le metía mano, se revolvía como la víbora que era. Pero ¡qué guapa era la víbora! No podía resistirse. Comprendió que una vez más, si quería conseguir algo de ella, tendría que pagar.

Hasta aquel momento, la contemplación de una teta desnuda le había costado cien gramos de café del bueno; la contemplación de las dos tetas desnudas, trescientos gramos de azúcar; un beso sin lengua, medio kilo de harina; un beso con lengua, un kilo de pasta fina de Nápoles; un beso con la lengua y las dos tetas desnudas, tres tacitas de porcelana con sus correspondientes platitos; una suave caricia con la mano sobre las tetas desnudas, una cucharilla de plata auténtica; un beso en cada pezón, un rollo de muselina finísima para confeccionar camisas. Trisìna era una mujer que gozaba de una posición acomodada, el marido le había dejado casas y terrenos, pero tenía, en primer lugar, un instinto de urraca ladrona, y en segundo, una cabeza de auténtica puta que disfrutaba haciéndose pagar los favores.

«¡Esta guarra me está vaciando la casa —pensó amargamente el cura— y sólo me permite manosearle los pisos de arriba!»

Fue entonces cuando se le ocurrió una idea para alojarse mejor en ellos.

Entre tanto, Trisìna miraba a su alrededor.

—¡Qué bonita es esa lámpara! —exclamó.

Y lo miró con los labios entreabiertos, mostrando la punta de la lengua. Al verlo, la respiración del cura sonó como un fuelle.

—¿Te gusta?

—Pues sí —contestó Trisìna, sacando la lengua y pasándosela por las dos llamaradas de fuego de sus labios. Se había relamido como una gata en presencia de un pedazo de carne.

—Pues yo te la regalo. Se me parte el corazón de pena porque es un recuerdo muy querido. Era de mi hermana Agatina, que en paz descansa.

—Pues yo la quiero —dijo la mujer, apretando fuertemente la boca como el culo de una gallina.

—Pero primero vamos a jugar a una cosa —dijo el cura, empezando a poner en práctica la idea que se le había ocurrido.

—¿A qué? No me apetece jugar.

El padre Carnazza se levantó, abrió una puertecita y desapareció en el interior de la despensa, donde guardaba las cosas de comer y de beber.

—¿Sabe, padre? —dijo Trisìna, levantando la voz—. He alquilado una casa, la de Vigàta, la que está casi a la orilla del mar.

—Ah, ¿sí? ¿A quién? —le preguntó el cura, regresando a la estancia con una mano tras la espalda.

—El agente me ha dicho que es para un forastero, el nuevo inspector jefe de los

molinos. Trabaja aquí, en Montelusa. Yo no lo conozco personalmente.

Con una sonrisita en los labios, el padre Carnazza le mostró lo que había sacado de la despensa. Trisìna miró: era sin duda fruta, pero ella jamás la había visto.

—Se llaman plátanos —le explicó el cura—. Vienen de África. Me los trajo ayer después de comer un amigo navegante. Me comí uno. Algo digno del paraíso. Y con estos dos vamos a jugar a lo que te he dicho.

Se sentó delante de la mujer y peló un plátano. En cuanto terminó, Trisìna extendió la mano. El cura la apartó.

—Te voy a dar yo de comer —dijo—, como se hace con los niños.

Obediente, Trisìna cerró los ojos y abrió la boquita. El padre Carnazza le introdujo entre los labios la punta del plátano, que la mujer decapitó en seco. El cura experimentó un sobresalto. Trisìna masticó, tragó y volvió a abrir los ojos.

—Más.

En cuanto se terminó el plátano, Trisìna sufrió una decepción.

—¿Éste era el juego?

—No, ahora vamos a ello —contestó el cura, cogiendo el otro plátano que había depositado sobre la mesa y empezando a pelarlo—; ahora yo me levanto y me sitúo delante de ti con el plátano en la mano. Tú te quedas sentada con los ojos cerrados. Tienes que darle al plátano alternativamente un mordisco y un buen beso. Si te equivocas, si le das dos besos o dos mordiscos seguidos, pagarás una prenda. Y la prenda la decidiré yo. Si aciertas, te regalaré la lámpara.

—Muy bien —dijo Trisìna, cerrando los ojos y humedeciéndose los labios con la lengua. Había comprendido muy bien el juego del cura.

Pensando en los dientes que tenía Trisìna, el padre Carnazza empezó a sudar frío: como se equivocara, las pasaría canutas.

El nombre científico del escarabajo pelotero es *Scarabaeus sacer*, pero de sagrado no tiene lo que se dice absolutamente nada, pues acostumbra a hacer bolitas de mierda, de persona o animal, eso no tiene importancia, que después se lleva rodando hasta su guarida y le sirven de alimento durante el invierno. Los montelusanos, que tenían la habilidad de dedicar el insulto más apropiado a cualquier persona que se les pusiera a tiro, le habían puesto inmediatamente el apodo de «escarabajo pelotero» al delegado de Hacienda *commendator* Felice La Pergola, quien, al decir de la gente, en cuanto le entregaban un fajo de billetes para sobornarlo, rápidamente lo enrollaba y se lo metía en el bolsillo para guardarlo en su casa, dado que no constaba que tuviera cuenta alguna en ninguno de los dos bancos de la ciudad. De entre todas las bolitas de mierda que el delegado se había guardado en el transcurso de sus cinco años de servicio en Montelusa, las más grandes y sustanciosas eran las que le habían entregado primero el inspector jefe de los molinos Gerlando Tuttobene, desaparecido en el mar durante una solitaria excursión de pesca de la que jamás regresó, y después

su sucesor Filiberto Bendicò, el cual sí fue encontrado, pero en un barranco de la montaña y medio devorado por los perros, tras haber sido abatido de un disparo de *lupara*, la escopeta de la mafia.

Después de aquellos luctuosos acontecimientos y ante las reticencias del funcionario que habría tenido que ocupar el puesto de los dos difuntos, el director general de la sede central de Roma había decidido enviar a Montelusa a un inspector jefe dotado de todas las cualidades necesarias para volver a poner las cosas en su sitio.

Con sólo mirar a la cara al nuevo inspector jefe, el escarabajo pelotero comprendió inmediatamente dos cosas. Primero, que se estaba avecinando una grave carestía de mierda, y segundo, que con aquel hombre habría que actuar con cautela, midiendo bien las palabras.

Giovanni Bovara, más que un funcionario de la Administración pública, parecía un militar de carrera vestido de paisano. Era un cuarentón con el cabello cortado a cepillo y unos largos y cuidados bigotes, traje oscuro de buen tejido y agradable presencia. Tenía unos ojos azules muy claros. Al *commendator* La Pergola le cayó mal. Bajó la mirada hacia los papeles que tenía delante, sosteniendo en la mano los quevedos.

«Un ratón ciego», lo catalogó Bovara, que ignoraba el apodo que los vigatanos habían adjudicado a La Pergola.

—Aquí consta que es usted natural de Vigàta, a pocos kilómetros de aquí.

—Sí.

—De sus datos personales se deduce que usted, a la edad de apenas tres meses, fue trasladado a Génova, donde su padre había encontrado trabajo.

—Sí.

—En Génova estudió, obtuvo el diploma de contable, hizo unas oposiciones para un puesto en la Administración, las ganó y ha prestado brillantemente servicio en Módena, Bolonia y Reggio Emilia.

—Sí.

—¿Está soltero?

—Sí.

—¿Qué le ha parecido la casa que le he facilitado mediante el agente?

—Aún no he tenido tiempo de ir a verla.

—¿Irás durante el día?

—No. Esta noche me quedaré en el hotel aquí, en Montelusa. Me trasladaré mañana con calma. Pensé que, nada más llegar, mi primer deber era presentarme ante mi jefe.

—Me dicen que ni siquiera en Emilia la situación está tranquila.

—Ya.

—Aquí tampoco estamos para bromas, mi querido amigo. El impuesto sobre la molienda, dicho sea entre nosotros, está muy mal visto.

—Ya.

El *commendator* La Pergola decidió cambiar de tema, con la esperanza de no tener que seguir escuchando los síes y los yas de aquel pedazo de chumbera.

—¿Usted ya ha estado en Sicilia? De mayor, quiero decir.

—No.

—Como sin duda ya sabrá, para llevar a cabo su tarea como inspector, usted tiene derecho a un coche con su correspondiente *gnuri*.

—¿Cómo dice?

—¿Usted no habla nuestro dialecto?

—Lo he olvidado casi por completo.

—Entonces es usted un siciliano que habla en genovés —dijo el delegado, entornando los ojillos y soltando una risita que a Bovara le sonó como un gañido.

«Es un auténtico ratón ciego», pensó Bovara. Y no contestó.

—Aquí, entre nosotros, *gnuri* significa cochero —le explicó el delegado, que añadió—: Como es natural, es un gasto que esta oficina se encargará de reembolsarle previa presentación de la documentación.

—No creo que me haga falta.

—¿El *gnuri*? Perdón, ¿el cochero?

—El coche.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo se desplazará?

—A caballo. Monto bastante bien.

—Bueno, verá, habida cuenta de que no habla nuestro dialecto, podría tropezar con alguna dificultad para orientarse.

—Procuraré arreglármelas.

—Hay que tomar en consideración la posibilidad de tener algún encuentro desagradable...

—Voy armado. Tengo licencia.

—¿Y si llueve?

—Me mojaré.

—Mire, mi querido amigo, no vaya a pensar que en Sicilia luce siempre el sol, como quieren hacernos creer. Aquí, cuando llueve, diluvia.

—Disculpe, *commendatore*, pero justo cuando llueve las inspecciones resultan más fructíferas. Nadie se las espera cuando hace mal tiempo.

—Ya —dijo el delegado a su vez con aire pensativo.

Pensativo por dos razones: primero, porque tendría que informar de inmediato al abogado Fasùlo, para que éste se lo comunicara a su vez a quien correspondiera, de que el nuevo inspector tenía el propósito de recorrer el campo, incluso cuando hiciera mal tiempo, por lo que habría que avisar a todos los molineros de la provincia; segundo, porque el nuevo inspector jefe, en cuestión de unas cuantas semanas, sería hallado en un barranco medio devorado por los perros, como el malogrado Bendicò.

—Aprovechando que estoy aquí, me gustaría ver el despacho que me ha sido

asignado.

El tipo quería tomar inmediatamente posesión del despacho, estaba deseando empezar a hacer daño, tenía ganas de que le hicieran la autopsia.

—Mandaré que lo acompañen. Después, con más tranquilidad, charlaremos un ratito.

—¿Tiene que darme órdenes?

—¿Órdenes? ¡No, por Dios! Consejos, en todo caso. Útiles para alguien que, como usted, jamás ha estado en Sicilia.

Como era natural, le habían asignado el despacho del segundo piso previamente ocupado por Bendicò y, con anterioridad, por Tuttobene. Giovanni experimentó el impulso de hacer un gesto para alejar de sí la mala suerte, pero se avergonzó ante la idea.

Era una sala espaciosa con un gran balcón, desde el cual se divisaba el campo con sus almendros y olivos. En un rincón había una prensa para copiar las cartas con papel cebolla y tinta de copia; en la pared de la izquierda, un alto archivador cerrado con una llave que tenía en la cerradura. Después había un escritorio, un pequeño canapé, dos sillones y tres sillas. A Giovanni le llamó la atención el desorden de los papeles desperdigados por todas partes, no sólo sobre el escritorio, sino también sobre los sillones, el canapé, las sillas e incluso el suelo. Se volvió a mirar al ujier Caminiti.

—¿Por qué hay tanto desorden?

—¡Qué se le va a hacer!

—¿Qué significa eso?

—Significa que nadie quiere meter la mano en los papeles del *cavaliere* Bendicò —contestó Caminiti. Y puntualizó—: Nadie de la delegación.

—¿Y por qué? —El ujier esbozó una sonrisita que irritó a Giovanni—. Conteste en lugar de sonreír como un imbécil.

—Excelencia, puede que si alguien metiera las manos entre estos papeles, lo mordiera un *armàlo* venenoso.

—¿Un *armàlo*?

—Sí, señor, un animal venenoso. Alguna tarántula bailarina, alguna víbora... *armàli* de éstos.

—¿Bromea usted?

—No, señor, excelencia. Yo no bromeo, jamás gasto bromas. Y usía también tendría que tener cuidado con estos papeles... No conviene revolverlos. Usía hace con ellos unos paquetes, y después yo los saco fuera y los quemo. ¿Me he explicado?

—No, no se ha explicado —contestó bruscamente Giovanni, que le mandó retirarse.

Un ujier imbécil era justo lo que le faltaba. Pero ¿cómo podía creer que un animal

venenoso hubiera anidado entre los papeles de un despacho de la Administración? Le escribiría esa ocurrencia, decidió, a la tía Giovanna. Se caería de bruces al suelo de tanto reírse.

—¡Yo le pego un tiro a ese grandísimo maricón del cura! —estalló Memè Moro en cuanto puso los pies fuera del tribunal.

El abogado Losurdo lo agarró por el brazo.

—Cálmese, don Memè.

—¡Y una mierda me voy a calmar! ¡Yo le pego un tiro al muy cornudo del padre Carnazza, tan cierto como que a Cristo lo clavaron en la cruz!

—Hable un poquito más bajo, don Memè, podrían oírlo.

—¡Me importa un carajo que me oigan!

Memè Moro acababa de perder su último pleito contra su primo el padre Carnazza, primo por parte de madre. Era una cuestión de herencia que arrastraban desde hacía unos diez años. Poco a poco, un juicio tras otro, el padre Carnazza se había ido apoderando de lo que Memè Moro creía suyo por derecho propio, casas y terrenos.

—Ya verá como el laudo acerca de la finca Pircoco nos será favorable —trató de calmarlo el abogado—. Por lo que yo sé de leyes, esta vez no cabe duda de que...

—¡Usted, abogado, de leyes sabe tan poco como una cabra! Usted, después de haber perdido todos los pleitos, en la cuestión de la finca Pircoco ha querido recurrir a un laudo. ¿Y sabe cómo acabará todo eso? ¡Pues que me van a dar por el culo con laudo y todo!

—Vamos a tomarnos un café —propuso el abogado.

No le gustaba que la gente que entraba y salía del tribunal oyera lo que pensaba su cliente de su asistencia legal.

Memè Moro se alejó sin contestarle siquiera.

—¡Le pego un tiro! ¡Le pego un tiro, que es lo que se merece!

Iba proclamándolo a diestro y siniestro. Y la gente se volvía a mirarlo.

Todavía sábado, 1 de septiembre de 1877

Comprendió que no le sería posible entrar el lunes en aquel despacho, el día que tenía que iniciar su servicio, si no lo ordenaba de inmediato.

—¿Puede ir a comprarme un poco de pan, un pedazo de queso y un vaso de vino?
Caminiti lo miró, estupefacto.

—¿Qué hace usía? ¿Aquí se va a poner a comer?

—Sí. ¿Está prohibido?

—Como quiera vucencia. ¿Qué clase de queso le apetece? ¿Tumazzo?

—El que usted quiera.

Giovanni despejó una silla y se sentó con desconsuelo mientras miraba a su alrededor. ¿Por dónde empezar? Quizá le resultase útil echar un vistazo, aunque fuera muy rápido, a aquellos papeles. Cogió una hoja al azar y empezó a leer.

Al cabo de un cuarto de hora, regresó Caminiti portando una bandeja de metal con una barra de pan, un pedazo de queso de oveja, otro pedazo de queso a la pimienta, un dulce de requesón, una botella de vino tinto ya destapada y un vaso.

—Pero ¡bueno, cuántas cosas! ¿Qué le ha costado?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Me he ido a la *trattoria* de aquí abajo, he pedido la consumición y he dicho que era para el nuevo inspector jefe de los molinos. Entonces, uno que estaba sentado con otros señores ha dicho que pagaba él.

—¿Y usted, santo Dios, ha aceptado?

—¿Y qué podía yo hacer, pobre de mí? ¡Era nada menos que don Cocò Afflitto!

—¿Y ése quién es?

—Uno.

—Muy bien —dijo Giovanni—, ahora coge usted la bandeja tal como está, vuelve a llevarla abajo, le da las gracias a ese señor y se retira.

—¿Y qué va a hacer usted? ¿No come?

—Comeré esta noche.

Caminiti se encogió de hombros.

—Perdone que le diga que usía se la está buscando.

En cuanto el ujier se retiró, Giovanni siguió examinando rápidamente los papeles. De pronto se le ocurrió una idea. ¿Cómo era posible que Bendicò trabajara en aquel despacho con todo aquel desorden a su alrededor? Caminiti ya habría regresado, y Bovara lo llamó, levantando la voz.

—A sus órdenes, excelencia.

—¿Ha devuelto la comida?

—Pues claro, excelencia.

—¿Y qué ha dicho ese señor..., cómo se llama?

—Don Cocò Afflitto. Nada, ¿qué iba a decir? Se ha echado a reír. Don Cocò es

una persona con sentido del humor.

—Dígame una cosa. ¿Bendicò trabajaba así?

—¿Así cómo?

—¿No ve este desorden?

—Ah, no. El *cavaliere* Bendicò era una persona extremadamente ordenada.

—Pues entonces, ¿quién ha sido?

—Pues no sé... Vino gente..., don Ciccio La Mantìa..., el abogado Fasùlo...

—¿Son funcionarios de la delegación?

—¿Quiénes?

—Esos que acaba usted de nombrar, La Mantìa, Fasùlo...

—¡Qué va!

—Pues entonces, ¿quiénes son?

—Yo no sé quiénes son.

—Pero sí sabe cómo se llaman.

—¿Y eso qué quiere decir? Una cosa es saber cómo se llama una persona y otra es saber quién es.

—¿Por qué les permitió entrar?

—Me lo ordenó su excelencia el señor delegado.

Tardó cuatro horas en ordenar los papeles. Los dividió en dos montones de gran tamaño: en el primero puso cartas personales, hojas de periódico, anotaciones incomprensibles, esquemas de respuestas a recursos; en el segundo colocó documentos, recordatorios, informes que consideró dignos de una segunda lectura.

La señora Pippineddra Camastra no era una feligresa de la primera misa del padre Carnazza, sino una fiel del ángelus. Con su comadre Nitta Fragalà, que, por el contrario, vivía prácticamente en la iglesia, se la veía en las ceremonias vespertinas, y ambas hacían parte del camino juntas, pues sus casas estaban en callejones muy próximos.

—Hay una mujer de la que no me fío ni un pelo —empezó diciendo aquella tarde la señora Nitta.

—¿Qué mujer, comadre?

—Me parece que se llama Trisìna Cìcero.

—La conozco. Es viuda. Se casó con don Arminio, que era un sesentón, y ella apenas tenía veinte años. Arminio perdió la cabeza por esa moza. ¿Y por qué no se fía, comadre?

—Antes jamás ponía los pies en la iglesia. Ahora hace unos quince días que se presenta en la primera misa y después entra en la sacristía.

—Ay, ay, ay —dijo la señora Pippineddra.

Ambas comadres sabían cómo las gastaba el padre Carnazza en cuestión de mujerío, pero no se escandalizaban: el hombre es hombre y sigue siéndolo aunque se

vista de papa. Y, además, ¿qué decían los antiguos, que eran tan sabios? Decían: «Curas y monjes, / óyeles la misa / y quiébrales los riñones.» Lo cual significaba que los curas sólo servían para que dijeran la santa misa, y después se les podía partir el espinazo.

—¿Y doña Romilda? —preguntó la señora Pippineddra.

—No sé —contestó la señora Nitta—. Por la mañana ya no viene.

—Bueno —dijo la señora Pippineddra—, tengo que dejarla, comadre. Acabo de acordarme de que todavía me falta hacer una cosa.

Lo que ocurría era que quería ir a contarle enseguida a su hija Catarina, que trabajaba de criada en casa de doña Romilda, lo que acababa de averiguar por boca de la comadre Nitta.

Doña Romilda, la esposa del director de la oficina de correos, *cavalier* Arturo Brucculeri, era la mujer que, antes de la aparición de doña Trisina, solía entrar en la sacristía nada más terminar la primera misa.

Miró a través de la ventana hacia la campiña y se dio cuenta de que el sol ya estaba rozando el horizonte. ¡Jesús! ¿Cuánto tiempo había tardado en ordenar los papeles?

—¡Caminiti! —El ujier no contestó. Entonces Bovara se asomó a la puerta—. ¡Caminiti!

A sò voxe recidècca into corridô veuo, su voz resonó en el pasillo desierto. Volvió a entrar y cogió la campanilla que había encontrado entre los papeles. La hizo sonar. Esperó. Esa vez Caminiti tampoco dio señales de vida. Salió al pasillo *squaexi a-o scùo*, casi a oscuras, *e tornò a scuotere o sunaggin*, y volvió a tocar la campanilla. Todas las puertas que daban al pasillo estaban abiertas, pero no salió nadie a preguntarle qué hacía. Se detuvo en medio del pasillo y, con cierta inquietud, volvió a tocar *o sunaggin*. ¿A que el tonto del ujier se había olvidado de él y lo había dejado encerrado en la delegación? Avanzó otros dos o tres pasos, se detuvo y volvió a recordar aquel encuentro en Reggio Emilia. *In sciò fâ da sèia*, al anochecer, con un amigo, había visto pasar por la calle alguien que parecía un monje con un hábito gris y la cogulla echada hacia delante hasta cubrirle todo el rostro, *dòi pertusi da-i euggi*, con dos agujeros para los ojos. Llevaba en la mano una campanilla y la hacía sonar desde lejos.

—¿A qué orden pertenece? —preguntó con curiosidad.

—No es un fraile, es un leproso.

Encerrando con fuerza la campanilla en el puño para que no sonara, regresó corriendo al despacho. Vislumbró una sombra cerca del escritorio y se detuvo en seco, presa del temor.

—¿Quién es?

—¿Y quién va a ser? Soy Caminiti.

—¡Lo he llamado un montón de veces!

—Estaba haciendo mis necesidades.

Giovanni le señaló los papeles, el montón más alto.

—Ésos puede llevárselos.

—¿Los quemó?

—Sí.

—Ha hecho bien, excelencia.

El ujier cogió con gran esfuerzo la mitad del montón de papeles, salió, regresó, cargó con la otra mitad, salió, regresó e hizo ademán de agarrar el segundo montón, mucho menos alto que el primero.

—Ésos no.

—¿No?

—Quiero examinarlos mañana.

—Hace mal —dijo Caminiti.

Se encaminó hacia la puerta y, a los dos pasos, se volvió.

—¿Ha dicho mañana?

—Sí, mañana. ¿Por qué?

—Porque mañana es domingo. ¿Lo había olvidado?

—Ah, ya. El lunes, entonces. Vaya con Dios, Caminiti.

—Con la bendición de vucencia.

Para llegar al hotel, el Gellia, tenía que recorrer toda la Via Atenea, que cortaba la ciudad por la mitad. La calle estaba llena de gente. Observó a tres jovencitos que caminaban en dirección contraria, los tres muy finos y vestidos de mayores con sombrero de paja y bastón de paseo, quitándose el sombrero y haciendo reverencias a diestro y siniestro. Parecían unas marionetas manejadas por unos hilos invisibles. Ya había oscurecido. Nada más entrar en el hotel, el portero le comunicó que había ido a verlo el comisario de la prefectura, Spampinato, quien tenía que hablar urgentemente con él. Si no fuera mucha molestia, ¿sería tan amable de pasar un momento por la comisaría? El comisario lo esperaría hasta las nueve de la noche. Pidió que le indicaran el camino de la comisaría: estaba a pocos pasos de la delegación de Hacienda. Sería mejor despachar cuanto antes el asunto. Subió a su habitación, se aseó y volvió a salir. En la Via Atenea se tropezó de nuevo con los tres jovencitos, que seguían descubriéndose a diestro y siniestro.

Cuando Giovanni entró en el despacho del comisario Spampinato, vio a dos hombres, ambos entregados a tareas de excavación y extracción. El que estaba sentado detrás del escritorio mantenía introducido el índice de la mano derecha en la nariz; el otro, sentado a horcajadas en una silla, se limpiaba los dientes con la larga uña del meñique. La impresión que le causó el comisario a Giovanni fue la de un hombre

vulgar que intentaba por todos los medios parecerlo todavía más: desaliñado, la chaqueta manchada no se sabía de qué, los pantalones desabrochados... Estaba muy grueso y sudaba profusamente. El otro, en cambio, era un sujeto enjuto, con dientes de caballo.

—Tome asiento —dijo el comisario sin hacer siquiera el ademán de levantarse. Señalando al otro, añadió—: Éste es mi hermano Gnazio.

Giovanni no deseaba permanecer en presencia de aquellos dos ni un solo minuto más de lo estrictamente necesario, por lo que permaneció de pie.

—¿Deseaba verme? Dígame.

—¿Sabe que el señor jefe superior de policía me ha armado un tremendo *liscebusso*?

—No he entendido lo que le ha armado el jefe superior. Sea lo que sea, ¿el asunto me concierne?

—Pues sí. O, por lo menos, le concernirá. Se trata de que el señor jefe superior me reprocha haber dejado a aquel grandísimo cabeza de chorlito, me refiero a cuando estaba vivo, de su ex compañero Bendicò sin escolta tras haber recibido algunos anónimos.

—Sigo sin entender por qué razón el asunto me concierne.

El comisario Spampinato no contestó de inmediato, pues miró al forastero de arriba abajo y llegó a la conclusión de que ese inspector, con los aires de superioridad que gastaba, ya estaba empezando a tocarle los cojones.

—Le concierne porque, en cuanto el lunes tome usted posesión de su cargo, tendrá que comunicarme qué molinos irá a inspeccionar.

—Eso, ni soñarlo.

—Mire, por orden superior, yo tengo que organizar un servicio de vigilancia en torno a usted. De esa manera, si por casualidad le pegan un tiro, yo no tendré ninguna responsabilidad. —Giovanni lo miró sin decir nada—. Óigame bien, señor inspector. Su ex compañero Tuttobene fue asesinado y lo sirvieron de comida a los peces que él se hubiera querido comer. Su otro compañero, Bendicò, murió de un disparo, y los perros lo despedazaron. ¿He hablado claro?

—Clarísimo. Y se lo repito: ni soñarlo.

—¿Se puede saber por qué?

—Por supuesto que sí. Yo tengo por costumbre decidir las inspecciones la víspera. Y no le revelo a nadie mi destino. Si alguien lo averiguara, podría dejar escapar sin querer alguna información ante desconocidos. Y entonces, adiós visitas por sorpresa.

—Por consiguiente, creo haber comprendido que nosotros no sabremos con antelación adónde se le ocurrirá ir, ¿verdad?

—Lo ha comprendido usted muy bien.

El comisario hizo una mueca.

—Paciencia. Si una noche no regresa a casa, iremos a buscarlo a algún barranco.

El larguirucho se echó a reír sin parar de limpiarse los dientes. Spampinato se volvió a introducir el dedo en la chata nariz. Estaba claro que el coloquio había terminado. Giovanni se retiró sin despedirse.

—Gnazio —dijo entonces el comisario, dirigiéndose a su hermano—, ve corriendo a casa del abogado Fasùlo y dile que el inspector no ha picado el anzuelo. Dile también que me disculpe ante don Cocò: he hecho todo lo posible.

Tras haber hablado con el agente que había ido a verlo para organizar el traslado de la mañana siguiente, Giovanni comió en el hotel. Unos salmonetes muy frescos de la cercana Vigàta. Y, como era hombre aficionado a la buena mesa, se le pasó por entero el mal humor causado por su encuentro con el comisario. Subió a su habitación, se desnudó, se aseó y abrió la maleta donde guardaba la camisa de dormir. Una vez acostado, recordó a los tres jovencitos de la calle. Se levantó y sacó una carta que guardaba en el bolsillo del forro de la maleta. Se la había enviado el mes anterior su amigo Gigi Piràn, que se había pasado todo un año trabajando en Montelusa como funcionario de la prefectura. Era una larga carta que había decidido llevar consigo para que le sirviera de guía de conducta.

Los numerosos vagos de la ciudad se pasean arriba y abajo, siempre con el mismo paso, muertos de aburrimiento, con el automatismo propio de los deficientes mentales, arriba y abajo de la calle principal, la única llana que hay en todo el pueblo y que tiene el precioso nombre griego de Via Atenea, pero es tan estrecha y tortuosa como las demás.

Estaba cansado del viaje y del día pasado en la delegación de Hacienda. Apagó la lámpara y se dispuso a dormir.

Doña Romilda Brucculeri, en cuanto la criada Catarina le contó lo que a ella le había explicado su madre, Pippineddra, acerca de las visitas matinales de doña Trisina a la sacristía, se puso tan amarilla como una muerta y después se encerró en el dormitorio, dando un portazo tan fuerte que se desprendió un pedazo de revoque. De ahí que su esposo, el *cavaleri*, al regresar a casa para la cena, no viera a la parienta en la cocina.

—¿Dónde está la señora? —le preguntó a Catarina.

—En el dormitorio.

Entró. Su mujer estaba tumbada en la cama con la luz apagada.

—¿Qué te pasa, Romildù?

—Nada. Me duele un poco la cabeza.

—¿No vas a comer?

—No. No tengo apetito.

El *cavaleri* comió solo. Catarina sabía cómo tenía que estar en la cocina, y el hombre quiso agradecersele pasándole muy despacio una mano por las nalgas, tan duras que parecían piedras. Como las tetas, por otra parte. La moza le dirigió una sonrisita.

—¿Mañana por la mañana, cuando la señora vaya a misa? —le preguntó esperanzado el *cavaleri*.

—Como quiera vucencia.

El trato ya estaba hecho. El *cavaleri* entró en el cuarto del retrete, se aseó como un recién casado y se deslizó entre las sábanas. Era la noche del sábado y, por consiguiente, le correspondía cumplir el deber conyugal. Conservaba en la palma de la mano la dureza de las nalgas de la criada y se imaginó lo que ambos harían a la mañana siguiente mientras la doña asistía a misa. Se le puso tiesa. Su mujer, que mientras él cenaba se había desnudado y se había metido bajo las sábanas, le daba la espalda. El *cavaleri* alargó una mano y la apoyó en la voluptuosa cadera de la mujer.

—¿Qué haces, Romildù, duermes?

—Sí.

—¿Y no me vas a dar un besito?

—Te he dicho que me duele la cabeza, no me molestes.

El *cavaleri* apartó la mano. Paciencia, se lo guardaría todo para la criada Catarina.

Don Memè Moro, después del berrinche que le había dado en el tribunal por la sentencia que lo despojaba de un nuevo pedazo de tierra en favor del padre Carnazza, a mediodía no había probado bocado. Permanecía sentado con los ojos enormemente abiertos sin responder a su esposa, que le hacía preguntas, preocupada.

A primera hora de la tarde fue a encerrarse en la casa rural de la finca Pircoco, que de momento aún le pertenecía, pues estaba dispuesto a jugarse los cojones a que el laudo sería desfavorable. Para desahogarse un poco, sacó del bolsillo el revólver que siempre llevaba consigo y disparó, por este orden, contra un árbol, una lagartija, un gorrión, una piedra, un balde oxidado y un perro que pasaba. Falló contra el árbol, la lagartija, el gorrión, la piedra, el balde oxidado y el perro que pasaba. Entonces se volvió auténticamente loco. Soltó un aullido como de lobo famélico, pegó diez brincos seguidos, escupió hacia arriba y puso el rostro debajo para que el salivazo lo alcanzara de lleno, se meó encima, se echó a llorar y, llorando y llorando, desesperado, se acercó el cañón del revólver a la sien y apretó el gatillo. Clic. Antes de caer desmayado al suelo a causa del susto, tuvo tiempo de recordar que el cargador sólo contenía seis balas. Regresó a casa sobre las ocho con una pinta que daba miedo, los pelos de punta, los ojos todavía más abiertos y un convulso temblor que lo hacía estremecerse de pies a cabeza. Su mujer le tocó la frente y apartó rápidamente la mano: su marido tenía como mínimo cuarenta de fiebre.

En su cama del hotel Gellia, Giovanni se agitaba presa de una pesadilla, un *peson*

que lo llenaba de espanto y le provocaba sobresaltos. Se encontraba en el interior de un *moin*, pero dentro de aquel molino no había nadie. Se puso a gritar, pero no se le ocurría ningún nombre. Había entrado en un cuarto que ocupaba toda la superficie, pero allí no había nada, ni siquiera un saco vacío. En un rincón había simplemente un montón de *faenn-a*. Era una harina sucia, como mezclada con barro, casi negra. La puerta se cerró a su espalda. Trató de abrirla, sacudiéndola. Nada. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que el montón de harina iba creciendo progresivamente hasta adquirir una forma curiosa, poquito a poquito iba transformándose en una *täncoa*, una araña descomunal que poquito a poquito iba acercándosele. Con la espalda pegada a la pared, vio que el bicharraco se le acercaba por delante, casi rozándole el rostro con las patas peludas. Pero los ojos de la bestia eran ojos de hombre y lo miraban llenos de compasión.

«*Mischineddru!*», le dijo la araña: «Pobrecito.»

Se despertó empapado de sudor y con el corazón muy acelerado.

Cös'o voeiva dî? ¿Qué quería decir eso?

Domingo, 2 de septiembre de 1877

El agente, tal como habían acordado, fue a buscarlo al hotel cuando la oscuridad era todavía tan profunda que se hubiera podido cortar en lonchas. Con la ayuda de dos mozos, cargaron el baúl y las tres maletas en el coche y se dirigieron hacia Vigàta, donde el agente le había alquilado la casita a la orilla del mar.

—Disculpe la pregunta, señor inspector, pero ¿a usía le conviene vivir en Vigàta teniendo el despacho en Montelusa?

—Me gusta estar cerca del mar, sentirlo. Hablando de desplazamientos, ¿me ha encontrado un buen caballo?

—¿Bueno? Parece el mismísimo *Bayardo*, el caballo de Rinaldo, del *Orlando furioso*.

—¿Lo tendré ya en casa?

—No, señor. Se lo mandará hoy mismo después de comer la propietaria, que es la misma que le alquila la casa. Se llama doña Trisina Cìcero. Es viuda, y su marido le dejó bienes en abundancia.

Giovanni creyó no haber comprendido.

—¿Ha dicho usted que es una viuda rica?

—Dinero no le falta, desde luego.

—Si es tan rica, ¿por qué alquila casas?

—Porque así se hace todavía más rica.

La explicación era de una lógica aplastante.

Gigi Piràn le había escrito en su carta:

En los campos y en los pueblos de la provincia, los delitos de sangre espontáneos o por encargo, por reyertas repentinas o por venganzas premeditadas, y los atracos y el robo de ganado y los secuestros de personas son constantes e innumerables, fruto de la miseria, de la ignorancia salvaje, de la dureza de los trabajos que embrutecen, de las vastas soledades quemadas por el sol, yermas y mal vigiladas.

¿Soledades quemadas por el sol y yermas? Cuando no llevaban ni siquiera diez minutos de camino, el cochero cedió el paso a un lujoso carruaje.

—Es el del *onorevole* Casuccio —le explicó el agente.

Poco después se tropezaron con otros muchos en ambas direcciones. Y después, con carritos pintados que llevaban a familias endomingadas. Y también con hombres a caballo, asnos y mulos. El coche estaba descendiendo hacia el mar entre almendros, viñedos y arboledas de acebuches. Pese a ello, Giovanni aplazó para más adelante su opinión: no conocía ningún pueblo ni la campiña del interior.

—Este lugar por el que estamos pasando se llama Villameta. A la izquierda está la

villa del abogado Fasùlo.

¿Fasùlo? ¿El mismo que había entrado en el despacho de Bendicò?

Al cabo de cinco minutos de silencio, el agente volvió a hablar.

—Ahora a la derecha se ve la casa del barón Trifirò. —Otros cinco minutos de silencio—. También a la derecha, las villas del marqués de Torrenova. —Diez minutos de silencio—. A la izquierda, la preciosa villa de don Cocò Afflitto.

¿Cocò Afflitto? ¿No era el que había tratado de invitarlo a comer?

Cruzaron un puentecito. Abajo, el arenal estaba completamente seco.

—Y esto es el Càvusu, ya estamos en territorio de Vigàta. Ahora, a la vuelta, está su casa.

El coche efectuó un giro. *L'äia, pinn-a d'arzilla, a gh'à allargòu o cheu*, el vigorizante aire le ensanchó el corazón.

—*Dominovobisco.*

—*Etticummu spiri totò.*

—*Itivìnni, la missa è.*

Los feligreses, más numerosos los domingos que los restantes días de la semana, empezaron a levantarse. Doña Trisìna tosió un par de veces, lo cual significaba: «Voy enseguida.» El padre Carnazza, a medio camino entre el altar mayor y la puerta de la sacristía, experimentó también un fuerte acceso de tos. Por un instante, doña Trisìna se desconcertó: ¿a qué venía aquella tos tan estentórea? ¿Era una respuesta a su tosecita? Sin embargo, puesto que entre ellos no se había acordado ningún intercambio de toses, la mujer se tranquilizó; a lo mejor el padre se había atragantado con algo o estaba a punto de sufrir una gripe, alguna fluxión. No sabía que la tos del padre Carnazza era una señal dirigida a doña Romilda, con toda certeza presente en la iglesia como todos los domingos, cuyo significado era: «Romilda, no vengas a verme, hay una dificultad.» Pero, en lugar de eso, doña Romilda, al oír la tos, se enfureció: desde hacía quince días, el muy cornudo del cura la mantenía lejos de sí para disfrutar en paz de la nueva puta. Y ella había creído que efectivamente había un impedimento. Sin embargo, cuando la criada Catarina le reveló la verdad de la situación, resolvió no permitir que el cura se fuera de rositas. Salió de la iglesia junto con los demás fieles y se las ingenió para ponerse a charlar justo delante del pórtico con doña Filippa La Lumìa, preguntándole qué tal iba su dolor de cadera. En cuanto alguien tocaba el tema, doña Filippa era capaz de recitar un monólogo de media hora como mínimo. Mientras doña Filippa le soltaba su lección de anatomía de la cadera, doña Romilda no apartaba los ojos del pórtico de la iglesia. Pasado un cuarto de hora, doña Romilda tomó una decisión: plantó en seco a doña Filippa y volvió a entrar en la iglesia. Estaba segura de que sorprendería al cura y a la desvergonzada en plena faena.

Quien había hecho la faena, en cambio, era su marido, el *cavaleri* Brucculeri. En cuanto oyó que la puerta se cerraba a la espalda de su mujer, que se iba a misa, el *cavaleri* corrió al cuartito sin ventana contiguo a la cocina donde dormía la criada Catarina, una moza de dieciséis años que tenía un sueño más pesado que el plomo. Al penetrar en la densa oscuridad, le asaltó la nariz el olor de conejo silvestre que despedía la moza, un olor que al *cavaleri* le producía un efecto beneficioso precisamente en aquella parte de su cuerpo que no tardaría en entrar en acción. Encendió una vela.

—¿Catarì?

—¿Hummmmmmmmm? —dijo la criada.

Estaba en un duermevela, medio atontada, tal como a él le gustaba. Levantó la sábana, e inmediatamente fue como descubrir que una familia de conejos silvestres tenía allí su madriguera. Agarró a Catarina por los pies, la medio sacó de la cama y, mientras ella se doblaba por todas partes como una muñeca de trapo, le quitó el camisón, la dejó de nuevo tumbada, le abrió las piernas, la penetró y eyaculó.

—¿Hummmmmmmmm? —dijo la criada.

El *cavaleri* Brucculeri, respirando afanosamente, permanecía tumbado boca arriba, a la vez orgulloso y muerto de agotamiento a causa de la paliza que acababa de pegarse. Catarina le dio la espalda, el latazo dominical había terminado. Antes de sumirse nuevamente en el sueño, pensó en su hermano Aitàno, que había sido el primer hombre de verdad que ella había conocido, a los doce años, y que todavía seguía conociendo siempre que se le ofrecía la ocasión. Ése, Aitàno, era capaz de introducir el llavín en la cerradura con las primeras luces del alba y retirarlo cuando ya era de noche, sin darle tiempo tan siquiera a comerse un pedazo de pan.

Estuvo claro de inmediato que la negociación iba a ser muy larga. El padre Carnazza, con su bata bordada, y doña Trisìna permanecían correctamente sentados cada uno en una silla en torno a la mesa del comedor. El cura le había propuesto que le permitiera contemplarla totalmente desnuda.

—¿Sólo mirar?

—¡Que me quede bizco y muera asesinado! —juró el padre Carnazza.

Trisìna lo miró con recelo.

—¿Y si mientras estoy desnuda, usía, en lugar de sólo mirar, empieza a hacer de las tuyas? Yo ni siquiera podría escapar si estuviera desnuda.

Tardaron unos diez minutos en llegar a un acuerdo. Trisìna se quedaría vestida: se limitaría a bajarse las bragas hasta el suelo, se levantaría por encima de la tripa la falda, la enagua y el faldellín y, de pie, sin tumbarse en la cama, se dejaría mirar con toda tranquilidad.

—Muy bien, como tú quieras —suspiró el cura.

—¿Y yo qué gano con eso?

—Un par de sábanas nuevas.

—De acuerdo.

—Y dejarás que te mire por delante y por detrás.

—No, señor, por detrás, no. Si usía me quiere mirar por delante y por detrás, me tendrá que regalar otro par de sábanas.

—Muy bien.

—Primero saque las sábanas.

El cura se dirigió al dormitorio, abrió un enorme armario, cogió dos pares de sábanas con las iniciales AC entrelazadas, regresó y las depositó sobre la mesa.

—Ahora vamos al dormitorio.

—No, señor. ¿Qué falta nos hace? Mirar, lo que se dice mirar, podemos hacerlo aquí.

—Pero es que yo tengo que mirarte mientras te quitas las bragas. Y te las tienes que ir quitando poquito a poco.

Clavando sus ojos en los del cura, Trisìna se puso de pie, se levantó la falda, la enagua y el faldellín y, justo en aquel momento, la escalera de madera hizo claramente crac. Se quedaron helados; alguien estaba subiendo. Trisìna dejó caer las prendas y se sentó.

Crac, crac, craaaaac, hizo la escalera. El padre Carnazza empezó a hablar en voz alta.

—El asunto que usted acaba de plantearme es una cosa muy delicada, doña Trisìna. —Crac, craaaaac—. Tan delicada que quizá convendría que la diera a conocer a su eminencia el obispo —dijo el cura, siguiendo con su teatro.

Pero ¿quién coño estaba subiendo la escalera?

La puerta de la pequeña estancia se abrió de golpe, y apareció doña Romilda. Al verlos a los dos conversando, su rostro, que estaba colorado como un tomate, cambió de color y se puso morado. Seguramente la habían oído y se habían puesto a hacer comedia. Cornuda y apaleada.

—Buenos días, doña Romilda —dijo tan fresco como una lechuga el muy cabrón del cura, poniendo cara de asombro.

Por su parte, Trisìna, la grandísima puerca, se levantó en señal de respeto e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Siéntese, doña Romilda, de todos modos yo ya he terminado —dijo en tono ceremonioso.

Haciendo un esfuerzo que le costó varios años de vida, doña Romilda consiguió dominar milagrosamente los nervios que la impulsaban, por el contrario, a hacer cosas peores que los moros en tiempos de Carlos de Francia.

—No, no, volveré en otro momento —dijo—; total, era una cosa sin importancia. Buenos días.

Dio media vuelta y salió. Craun, craaauuuun, hizo la escalera: puesto que ya no era necesario mantener el menor sigilo, la mujer la bajaba como si fuera un caballo.

Como si nada hubiera ocurrido, Trisìna se puso de pie muy despacito y empezó a levantarse la falda.

A primera vista, a Giovanni le gustó la casa. Para llegar hasta ella se tenía que abandonar la carretera provincial y enfilar un camino rural que discurría entre dos murallas rematadas por matojos de alcaparras y sorgo, chumberas y pitas y que terminaba al borde de un precipicio, bajo el cual se extendían la dorada arena y el mar turquesa. *A-a drìta*, pensó en genovés, un poco antes de llegar al despeñadero, *gh'ëa 'na cioenda de ramme d'aerboo*, había una rústica verja de ramas que daba acceso al sendero de la casa de toba surcada por blancas venas de cal. Las puertas y las persianas estaban pintadas de verde. La casa tenía forma de T invertida, tres habitaciones en la planta baja y una arriba, sobre la de en medio, que era un bonito y espacioso comedor. En un rincón había dos hornillos. *Gh'ëa 'na töa, quattro careghe impaggettae, un buffê con di tondi, götti, forçinn-e, tutto lustro, bello, netto*. Había una mesa, cuatro sillas con asiento de paja y un aparador con platos, vasos y tenedores, todo limpio y brillante.

Desde el comedor, donde la luz procedía de una ventanita y de la puerta de la casa, una escalera conducía al piso de arriba, en el que había una cama de matrimonio con dos mesillas y sus correspondientes lámparas, dos sillas de madera y un bonito armario con espejo. Los edredones de lana estaban cuidadosamente doblados sobre la cama. Giovanni abrió el armario: dentro estaban las fundas de las almohadas, pero faltaban las sábanas. Paciencia, al día siguiente tendría que comprarlas. La habitación tenía dos balcones, uno que daba al mar y otro orientado al campo. Había también un cuartito con un orinal para las necesidades, una jofaina para lavarse, un lebrillo con agua y un ventanuco redondo para que entrara el aire. Todo estaba impecablemente limpio.

A sala manxé a-o cian de sotta a dava inta stansia a-a man brutta pe 'na pòrta piccinn-a, el comedor de la planta baja daba, a través de una puertecita, a una habitación situada a la izquierda. Era útil como dormitorio para algún pariente o amigo: una camita, una mesilla con una lámpara, dos sillas, un armario estrecho. Lo abrió: estaba vacío. Aquella noche tendría que dormir sin sábanas.

La estancia de la derecha de la planta baja no tenía puerta de acceso al comedor. Disponía de su propia puerta, alta y ancha. Era un establo que podía albergar hasta dos caballos y un coche. *Paggia e fen ëan a-o sò pòsto*, la paja y el heno estaban en su sitio.

Alrededor de la casa, *amàndoe, peie, bricòccali*, almendros, perales, albaricoqueros. Y también cuatro acebuches. Al lado de la puerta, unos arbustos de jazmín.

O l'à passòu a mattin à veuâ o baeulo e e valixe, à dâ recatto à tutto, se pasó la mañana vaciando el baúl y las maletas y guardándolo todo. Dejó encima de la mesa

los papeles que se había llevado del despacho de Bencicò. Tenía intención de examinarlos mejor hacia el anochecer, lámparas y velas seguro que no faltarían.

El *cavaleri* Brucculeri, que se pasaba todas las mañanas de los domingos en el círculo Patria, Familia y Progreso, regresó a casa para comer después de mediodía. La mesa estaba puesta, pero a doña Romilda no se la veía por ninguna parte. A lo mejor estaba en la cocina, donde se oía canturrear a Catarina. Fue hacia allá.

—¿Echo la pasta? —le preguntó la criada.

Le brillaban los ojos, parecía contenta.

«Se ve que el polvo de esta mañana le ha sentado bien», pensó con orgullo el *cavaleri*.

—¿Ha vuelto la señora?

—Sí, señor.

—¿Dónde está?

—En el dormitorio. Dice que no se encuentra bien.

«Pero ¿qué le habrá pasado a esta buena mujer?», se preguntó el *cavaleri*. Por regla general, a su mujer le dolía la cabeza sólo cuando tenía que cumplir el deber conyugal.

Salió de la cocina, y Catarina reanudó su canturreo. Le encantaba que su señora fuera cornuda por partida doble: por parte del marido y por parte del amante.

El dormitorio tenía las persianas bajadas.

—¿Cómo te encuentras, Romildù? —Desde la cama, en lugar de una respuesta, le llegaron unos sollozos y el ruido de mocos sorbidos por la nariz—. ¿Puedo encender un poco la luz?

—¡No! —gritó doña Romilda.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó el *cavaleri*, sentándose en el borde de la cama con un suspiro.

Estaba claro que el asunto sería largo y molesto, menos mal que no le había dicho a la criada que echara la pasta.

—¡Me muero de vergüenza! ¡Virgen santa, qué vergüenza!

¿Se moría de vergüenza? ¿Qué podía haberle ocurrido? Romilda tenía muy buena planta, y a lo mejor algún mozo de la calle, al verla pasar, le había soltado alguna grosería. ¡Su mujer era tan delicada, tan sensible!

—Con tu marido no tienes que avergonzarte.

—¡Me ha ocurrido una cosa terrible, Lollò!

«Lollò» era el nombre de alcoba del *cavaleri*, el que doña Romilda pronunciaba en voz baja cuando él la abrazaba tras haber apagado la luz.

—Adelante, habla.

—Terrible, terrible, Lollò.

—Pero dímela de todas maneras.

—Esta mañana, al terminar la santa misa, al padre Carnazza le dio un fuerte acceso de tos cuando entraba en la sacristía. Yo quería ir a preguntarle enseguida si tenía la gripe o si necesitaba algo, pero me entretuvo doña Filippa La Lumìa, hablándome de sus dolores de cadera. Al final, me dejó libre y yo entré en la sacristía. El padre no estaba. Entonces lo llamé desde el pie de la escalera que lleva a su vivienda, pero no me contestó. Me preocupé y subí. No estaba en el comedor. Entré en el dormitorio... ¡Dios mío, Dios mío, Dios mío, qué vergüenza tan grande! ¡Estoy ardiendo de bochorno! ¡Dios mío, Dios mío, qué tormento!

—Romildù, no te lo tomes así.

—La puerta del dormitorio se cerró. Me volví, pensando que habría sido una ráfaga de viento, una corriente de aire, algo así... El padre Carnazza estaba escondido detrás de la puerta, por eso yo no lo había visto, y de pronto estaba desnudo delante de mí... ¡Diosmíodiosmíodiosmío!

El *cavaleri* se levantó de la cama pegando tal salto que poco faltó para que se rompiera los cuernos contra el techo.

—¿Esa ofensa te ha hecho?

—¡Peor, Lollò, peor!

—¡¿Peor?!

—¡Sí, Lollò! ¡En el alma me ha ofendido, en el alma!

—¡Que se vaya al carajo el alma, Romilda! Y contéstame con toda exactitud: ¿lo consiguió? ¿Consiguió el muy guarro del cura hacerte la cosa? ¿Eh? ¿Lo consiguió?

Un llanto irrefrenable fue la respuesta.

Pasado el mediodía, a Giovanni empezó a entrarle apetito. Mejor dicho: hambre. *O l'aiva da fâ à pê i dòì chilòmetri scarsci che mancavano pe arrivâ à Vigàta*, tendría que recorrer a pie los dos kilómetros escasos que faltaban para llegar a Vigàta: seguro que allí habría una taberna. Llegó al borde del precipicio, lo examinó con detenimiento y descubrió como una especie de camino de cabras que permitía bajar a la playa, aunque no sin cierta dificultad. Mientras descendía por la pendiente, más de una vez tuvo que agarrarse a las ramas de las zarzas, que le arañaron las palmas y los dedos de las manos.

Sangraba. Aun así, llegó a la orilla del mar, se quitó los zapatos y los calcetines, se mojó los pies e introdujo las manos en el agua para restañar la sangre que hasta le había manchado un poco la camisa.

O s'è misso à camminâ avviòu verso o paese dond'ò l'ëa nasciùo e dond'ò no l'ëa mai ciù vegnùo, echó a andar hacia el pueblo donde había nacido y al que jamás había regresado. Pero no experimentaba la menor emoción. El aire del mar lo llenaba de añoranza.

Gigi Piràn le había escrito:

En Montelusa, los despachos oficiales, la prefectura, la delegación de Hacienda, las escuelas estatales, los tribunales confieren todavía a la ciudad un poco de movimiento, aunque casi mecánico: pero en otros lugares ya apremia la vida. La industria, el comercio, en resumen, la verdadera vida se ha trasladado desde hace mucho tiempo a Vigàta, amarilla de azufre, blanca de marga, polvorienta y ruidosa, convertida en poco tiempo en uno de los emporios más abarrotados de gente y ajetreados de la isla.

Al llegar al puerto, se dejó llevar por los recuerdos. Conocía el pueblo sin haberlo visto jamás; su padre y su madre, à Zena, en Génova, le hablaban mucho de él. Cuando perdió a sus padres, a los diez años, siguieron hablándole de él el hermano de su padre, el tío Ciccio, y la mujer de éste, la tía Giovanna, que había sido para él como una madre. Se sentó en un amarradero. Los colores eran los que le había descrito el amigo Piràn, *ma l'ëa de doménega, e speronare se ne stàvan co-e veie basse, no gh'ëa quello vanni e vegni de òmmi, de gossi, de carretti, no se sentiva e giastemme e i braggi che accompagnàvan de longo o càrego do sòrfano*, pero era domingo, y las barcas estaban descansando con las velas recogidas, no se registraba aquel ir y venir de hombres, perros y carritos, no se oían las palabrotas y los gritos que solían acompañar la carga del azufre.

«*Quarche baransella, nisciun bragosso co-e veie pinn-e de coî. Dòi pescoei dàvan recatto a-e rae, un di dòi o stava co-a schenn-a arrembâ à unna doggia, un mainâ o l'assuccava unna çimma*», pensó en genovés.

Cerró por un instante los ojos, volvió a abrirlos, contempló de nuevo la escena y experimentó el impulso de repetir en voz baja lo que estaba viendo, pero con palabras nuevas, con otros sonidos:

—*Quarchi caiccu, nenti rizzi viliàri cu li veli culurati. Du' piscatura cusìvanu 'na riti, unu de' du' s'appujava cu i spaddri a una corda 'nturciuniàta, un marinaru attisava 'na cima* —dijo en siciliano. Alguna barca, pero ninguna de aquellas típicas barcas de pesca con las velas de colores. Dos pescadores estaban cosiendo una red, uno de los dos permanecía apoyado de espaldas en una cuerda enrollada, un marinero tensaba un cabo.

Pero ¿qué le ocurría? ¿El repentino estallido de emoción le había hecho recuperar su dialecto perdido por encima del genovés y el italiano?

Justo allí cerca había una taberna llena de humo y de gente. Un camarero, quizá el propio dueño, se acercó a la mesa.

—*Vorriai unna lengua.*

—¿Qué? —dijo el camarero.

Giovanni se dio cuenta de que había hablado en genovés. *O l'ëa invexendòu*, se estaba volviendo loco.

—Tráigame un lenguado —dijo en siciliano.

A lengua che gh'an servio da lì à 'n pittin a l'ëa bella fresca, stramesuâ, el

lenguado que le sirvieron al poco rato era fresquísimo.

Todavía domingo, 2 de septiembre de 1877

Habida cuenta de que, a las cuatro y media de la tarde, del caballo prometido no se veía ni *l'ùmmira* (¿sombra se decía así en siciliano?), Giovanni se puso unos calzones, aunque no se quitó los zapatos, y volvió a bajar por la pendiente del *derrùo* (¿*sdirrupu?*, ¿*sbalancu?*); pero esa vez consiguió no cortarse las manos y fue a tumbarse en la arena. En determinado momento y sin darse cuenta, se quedó dormido. Que el vaivén de las olas le rozara los pies a veces producía en él ese efecto.

Se despertó sobresaltado. Alguien le estaba arrojando piedrecitas desde arriba. Oyó una voz, pero no entendió nada.

—*Abbossìa! Abbossìa!* ¡Usía, usía!

Se levantó y miró. *Contra o çê, drìto sull'orlo del dirupo, gh'èa un figgeu ch'o mesciàva e brasse pe fàse vedde*; recortándose contra el cielo, en el borde del precipicio, un muchacho agitaba los brazos para hacerse ver.

—¿Qué hay? —le preguntó Giovanni.

—*U cavaddru ci portai!*, le traigo el caballo. *Acchianasse!*

¿*Acchianasse?* Ah, sí, quería que subiera. Cuando llegó al borde del precipicio, el muchacho, que no tendría más de quince años, *o s'è levòu a berretta (còppula* se decía en siciliano) *pe fâghe un atto de rëspetto*, se quitó la boina en señal de respeto.

—Me llamo Michilinu.

Justo al otro lado de la verja había un carruaje cerrado. El caballo, en cambio, estaba atado a un árbol junto a la puerta, ya ensillado. Le gustó aquel animal fuerte y elegante. Se le acercó para hacerle una caricia, pero el caballo se echó hacia atrás. Giovanni se quedó con la mano suspendida en el aire. El caballo lo miraba fijamente, y Giovanni, inmóvil, se dejaba mirar, un tanto cohibido. *Dappeu o bestia o s'è faeto avanti cian cianin fin a fâ baxâ a man co-o sò collo*, después el animal se acercó muy despacio hasta rozarle la mano con el cuello.

—Me parece un animal muy bonito.

—¿Bonito? ¡En toda la tierra de Sicilia no hay otro igual! ¡Y vucencia hasta le puede hablar porque éste lo entiende todo! ¡Es mejor que un cristiano!

—¿Cómo se llama?

—*Stiddruzzu*.

Como no había recuperado del todo el dialecto, no comprendía el significado de algunas palabras. Tuvo que hacer un esfuerzo para comprender.

—¿*Lucero?*

—Sí, señor. Por la mancha en forma de estrella que tiene en la frente.

Giovanni montó. La silla le iba bien, pero se tenían que ajustar los estribos. Se encontraba a gusto. Estaba bajando por la pendiente cuando, de pronto, pegando un brinco, Michilinu montó a su espalda.

—¿Qué haces?

—*Cacciasse* hacia el coche.

¿*Cacciasse*? ¿Por qué quería que cazara hacia el coche? Michilinu se dio cuenta de que el forastero no lo había entendido.

—Vucencia vaya hacia el coche.

—¿Por qué?

—Porque *la signura* me ha hecho señas de que nos acerquemos.

¿*A scignöa*? ¿Había una mujer en el coche? Giovanni experimentó una oleada de calor a causa de la vergüenza. Hacía mucho tiempo que una señora no lo miraba estando casi desnudo, sólo con los calzones. ¡Hasta en los balnearios de la playa de Rímini había una especie de mamparas que separaban a los varones de las mujeres e impedían que se vieran entre sí! ¡Cómo sería en Sicilia! *Mancomâ che a scignöa a l'ëa vidoa, perchè, à sentî quello che divan di siçiliaen, s'a l'aiva mai o maio, quello o ghe tiava 'na sccioppettâ* de següo pe vendicâ l'offeisa e pe lavâ a maccia de l'onô, menos mal que la señora era viuda, porque, a juzgar por lo que se decía de los sicilianos, si hubiera tenido marido, seguro que le pegaba un tiro para vengar la afrenta y lavar la mancha de su honor. Saltó del caballo, abrió la puerta, entró en la casa, subió corriendo la escalera, entró precipitadamente en el dormitorio, se quitó el calzón de baño, se vistió correctamente a toda prisa, bajó y salió.

Por poco chocó con la viuda, la cual había bajado del coche y estaba sentada muy cerca de la puerta en una silla que Michilinu habría sacado evidentemente del comedor.

Cualquiera sabía por qué razón, Giovanni había imaginado que la dueña de la casa era una *sciarbella*, un zapato viejo, deformado por los años.

En cambio, la señora Trisìna Cìcero era joven y guapísima, con unos profundos ojos claros, unos labios rojos como una llama de fuego y una piel más blanca que los narcisos. El negro del vestido no conseguía ocultar sus formas, muy al contrario. Giovanni sólo conseguía pensar en genovés, la lengua de su juventud, cuando se volvía loco por las mujeres.

Sabía muy bien que era un hombre muy poco dado a las fantasías, pero le bastó con verla un momento para imaginársela desnuda en medio de las sábanas revueltas...

O l'è vegnùo rosso, se puso colorado, notó que se mareaba, jamás se le había ocurrido un pensamiento como aquél. Por su parte, doña Trisìna estaba observándolo, inmóvil. Exactamente igual que el caballo antes de permitir que él lo acariciara.

—Le ruego que me disculpe por lo de antes, señora.

—¿Qué es lo que ha hecho usted antes?

—Bueno..., no sabía que estaba..., que vendría usted personalmente...

La mujer seguía mirándolo con una sonrisita en los labios. Bajo el calzón de baño, doña Trisìna había vislumbrado una musculatura digna de la del caballo. Nunca se había tropezado con un hombre que, a primera vista, le gustara tanto.

—¿Mi visita lo ha molestado?

—¡No, por Dios! ¡Qué disparate! Además, esta casa es suya.

—¿Le gusta?

—Es cómoda, acogedora...

¡Dios! ¡Qué ojos tenía!

—A mí también me gustaba. Cuando mi marido que en paz descansa no tenía nada que hacer, bajábamos aquí desde Montelusa y estábamos muy a gusto.

Fue como un relámpago. *O Giovanni o l'à vista nù a in scî lenseu desfaeti, lustra de suô, o respïo gròsso de chi à finïo de fâ l'amô*, Giovanni la vio desnuda entre las sábanas revueltas, bañada en sudor y con la respiración afanosa propia de quien acaba de hacer el amor.

Doña Trisìna lanzó un profundo suspiro: sabía muy bien cuántos centímetros se le levantaría la pechera.

—Ya —dijo Giovanni, que no sabía qué decir.

A vidoa a gh'a faeto un fattoriso. A melanconìa a doveiva èsighe passâ. La viuda esbozó una sonrisita. Se le debía de haber pasado la tristeza.

—¿Le falta algo?

«Tú», pensó Giovanni. Por más que lo intentara, no conseguía quitarse de la cabeza la imagen de la mujer desnuda sobre las...

—¿Sábanas? —le preguntó la viuda.

Un mazazo. Giovanni se tambaleó. ¡Aquella mujer era capaz de leerle el pensamiento!

—Per... per... done... yo...

—Pero ¿por qué me pide perdón? La culpa la tengo sólo yo porque no le he dejado las sábanas de la cama. —Era cierto, faltaban las sábanas. Giovanni se relajó, pero seguía sudando: la mirada de la mujer le hacía hervir la sangre—. Michilinu está en la parte de atrás de la casa. Le he mandado coger una cesta de fruta para usted.

¡Dios mío de mi vida! *Tutti e dòì, nùì in scî lenseu, lê ch'a monda un figo meuio*, los dos desnudos entre las sábanas, ella pelando un higo maduro...

—¡He cogido toda una cesta! —dijo Michilinu, acercándose.

—¿Quiere que le coja más?

—Ya es suficiente, gracias, señora. En todo caso, iré yo a cogerla.

—¿Y usted sabe cuándo es el momento de cogerla?

¡Ah, no, maldita sea! ¡La pregunta no carecía de intención, como ella quería dar a entender! Tanto más cuanto sus labios, dos brasas ardientes, se habían ensanchado un poquito en una insinuante sonrisa.

—¡Michilinu! —dijo doña Trisìna, levantando la voz, y Giovanni, que estaba perdido en su fantasía, experimentó un sobresalto.

Michilinu apareció en la puerta, había ido a llevar la cesta al interior de la casa.

—Ve al coche; dentro hay dos juegos de sábanas. Tráelas aquí. —Mientras Michilinu se alejaba, doña Trisìna dijo muy despacito—: Son dos juegos de sábanas nuevecitas nuevecitas. —Entonces la viuda se acordó de algo: llevaban bordadas las iniciales del padre Carnazza, pero eran las mismas de su marido—. ¡Las encargó mi

pobre maridito! Las cogí esta mañana porque quería llevarlas a otra casa que tengo. Pero quizá sean más útiles para usted.

—Gracias, señora, no se moleste.

—¿Está usted casado?

—No. Y ni siquiera tengo novia, si es por eso.

No le dio apuro contarle a ella sus asuntos.

—Perdone la pregunta, pero ¿usted de dónde es?

—Nací aquí mismo, en Vigàta.

—¿De veras?

—Sí, pero a los tres meses me llevaron a Génova, donde crecí, estudié, hice...

—¿Su padre y su madre viven en Génova?

—Murieron cuando yo era pequeño. Me crió una tía mía.

—¡Pobrecito!

Le dirigió, cual si fuera una caricia, una mirada de compasión. Giovanni experimentó un escalofrío en la espalda: *â maexima pòula*, la misma mirada, de la araña de la pesadilla de la víspera.

Michilinu regresó corriendo. La viuda se apresuró a coger el paquete, que era casi tan grande como ella, lo sujetó con ambas manos, lo mantuvo un momento con los brazos extendidos hacia delante y después se lo entregó con la cara muy seria. Fue algo así como una ceremonia silenciosa.

—Buenas noches —dijo la mujer cuando ya había dado media vuelta para regresar al coche.

Giovanni, sosteniendo el paquete en las manos, se recuperó un poco, justo lo suficiente para hacerle una reverencia.

Don Memè Moro no había conseguido pegar ojo en toda la noche, daba vueltas y más vueltas en la cama y siempre veía ante sus ojos la cara asquerosa del padre Carnazza. Faltaban muchos días para la respuesta del laudo sobre la finca Pircoco, pero él estaba seguro de que el resultado le sería desfavorable, casi podía poner la mano sobre el fuego. Se pasó la mañana yendo de un lado para otro por toda la casa, todo lo que cogía se le caía al suelo, hasta se le había revuelto la tripa, sin duda a causa de los nervios, por lo que se había visto obligado a pasar más rato en el retrete que en las demás habitaciones. Para ir al retrete había un peldaño: diez veces lo subió y diez veces tropezó. Y cada vez que tropezó, le propinó un puntapié. Hacia el mediodía se le hinchó el pie y empezó a cojear. No comió. A las tres de la tarde despertó a su mujer, que estaba echando la siesta.

—Voy a salir.

—¿Y adónde vas a ir, renco como estás?

—Al campo.

—Por lo menos llévate un bastón.

Al llegar a la casa del campo, don Memè entró en el dormitorio, abrió el cajón de la mesilla y sacó la caja de municiones para el revólver que guardaba en el bolsillo, que estaba descargado desde la víspera. Había veinticuatro cartuchos, es decir, cuatro cargadores completos.

Bajó al patio y, mientras cargaba el arma, llegó un viejo que apacentaba sus cabras en la finca, un setentón a quien todos conocían sólo por su apellido, Aliquò, y de quien se decía que en su juventud había tenido problemas con la ley.

—Beso sus manos —dijo éste, quitándose la boina.

Don Memè ni siquiera le contestó. Aliquò se sentó en una silla de paja desfondada y depositó el zurrón a su lado. Sentía curiosidad por ver qué quería hacer don Memè con el revólver que sostenía en la mano.

Memè Moro colocó sobre un murete una vasija de barro de las que se utilizaban para conservar fresca el agua y después se alejó, contando veinticinco pasos. Disparó el primer cargador, apuntando cuidadosamente entre disparo y disparo: la vasija permaneció intacta.

Don Memè, procurando dominar su irritación, entró en la casita, se bebió un vaso de vino dulce, salió, volvió a cargar el tambor, contó veinte pasos y disparó. La vasija no se movió. Don Memè entró de nuevo en la casa, se bebió otro vaso de vino, salió, volvió a cargar el tambor, contó diez pasos y disparó. El único daño que provocó fue la muerte de un gato que estaba sentado en el murete a unos diez metros de la vasija.

Don Memè, a quien le temblaba todo por dentro, los nervios, los músculos, el cerebro, las venas, la sangre, todo le temblaba, se acercó al pozo, sacó un cubo lleno de agua, se lo echó por encima de la cabeza, se quedó empapado, volvió a cargar el arma y contempló el blanco.

Tenía un velo rojo delante de los ojos. Cuando el velo desapareció, la vasija ya no era una vasija sino el padre Carnazza en persona, y las asas eran dos brazos con los puños apoyados en las caderas. Lanzó un grito y disparó tan rápido que los seis tiros parecieron uno solo. Pero el padre Carnazza seguía vivo.

—Venga para acá —dijo Aliquò.

Rebuscó en el zurrón, sacó una enorme pistola de casi medio metro de largo y efectuó un disparo casi sin apuntar. La vasija estalló, alcanzada de lleno.

—Usía se lo toma demasiado a pecho —dijo Aliquò—. No se dispara con el corazón, sino con el cerebro. Y el cerebro, cuanto menos se caliente, tanto mejor funciona. Si usía me permite, yo le enseño cómo se hace.

El *cavaleri* Brucculeri no pudo echarse la siesta del carnero. Le quemaba la ofensa sufrida en su honor, pero, en determinado momento, los nervios se le empezaron a alterar por otro motivo, es decir, porque su mujer, después de que el muy cerdo del cura la hubiera hecho pasar por lo que la había hecho pasar, pudiera dormir como si tal cosa, roncando suavemente como tenía por costumbre. ¿Cómo podía? ¡Cualquiera

comprendía a las mujeres! Llegó un punto en que no consiguió permanecer acostado, así que se levantó, se lavó, se vistió y salió. Bajó a pie al valle de los templos y regresó a casa cuando ya era la hora de comer. Al entrar vio a doña Romilda sentada a la mesa, con un tenedor en la mano, delante de un plato de espaguetis al ragú.

—¡Yo no comprendo cómo puedes dormir y comer después de lo que te ha pasado! —le dijo en voz baja, pues la criada estaba en la cocina friendo los salmonetes del segundo plato.

—¡Ay! —exclamó su mujer, lanzando un suspiro—. ¡Tengo que darme ánimos! ¿Es que no lo entiendes? ¡Necesito fuerza! Y tú, ¿qué haces, vas a comer?

—No.

Se encerró en el estudio y sacó, por este orden, el *Orlando furioso*, el *Guerin el mezquino* y el *Hector Fieramosca*, buscando las páginas en las que se describían los más sangrientos duelos. Reconfortado por la lectura, a las seis de la tarde abrió el cajón de la izquierda del escritorio, cogió el revólver, se lo guardó en el bolsillo y salió sin decirle nada a Romilda. Ya había tomado la decisión de vengar la ofensa a su honor. Empezó a pasear arriba y abajo por la acera de la iglesia, esperando a que finalizara el oficio religioso. La lata era que, al ser domingo, la gente había salido a dar el consabido paseo: a cada cinco minutos tenía que descubrirse e inclinarse para responder a un saludo o para saludar él en primer lugar a alguna persona de respeto. Cuando tuvo la certeza de que la última feligresa ya había abandonado el templo, entró con gesto decidido. La iglesia estaba desierta. Hizo ademán de dirigirse a la sacristía, pero se detuvo en seco al ver que el padre Carnazza estaba saliendo de ella en aquel momento. El cura llegó al pie del altar mayor, se arrodilló y se puso a rezar con las manos juntas. El *cavaleri* se le acercó y se situó un poco de lado para poder observarlo de perfil. Entre tanto, el padre Carnazza se había cubierto el rostro con una mano mientras con la otra se golpeaba fuertemente el pecho.

—*Mea curpa! Mea curpa!*

Bajo la luz de las velas, el *cavaleri* observó que el cura se había echado a llorar y, entre sollozos, murmuraba algo. Para poder oírlo mejor, el *cavaleri* se adelantó un paso.

—¡Perdóname, Señor! ¡Perdona esta carne pecadora!

¿Cómo era posible que un desvergonzado, un canalla como aquél, fuera capaz de rezar con tanta fe? ¿Y si se había arrepentido sinceramente de sus grandes pecados? Turbado, el *cavaleri* retrocedió y volvió a guardarse el arma en el bolsillo. Tal como hizo unos cuantos siglos atrás un príncipe de Dinamarca (aunque el *cavaleri* no conocía la historia), llegó a la conclusión de que no se puede matar a alguien que está rezando. Le bastaron los veinte pasos que dio hasta alcanzar el pórtico y salir a la calle para comprender otra cosa, es decir, que él no era capaz de matar a nadie, tanto si rezaba como si no.

Pero de que otro lo matase, de eso sí era capaz.

El padre Carnazza aguzó el oído hasta que ya no oyó resonar los pasos del

cavaleri en el interior de la iglesia. Al salir de la sacristía había reconocido de inmediato al marido de Romilda y había adivinado sus malas intenciones. Entonces se puso a hacer la comedia de la oración y el arrepentimiento en la esperanza de que el otro fuera lo bastante imbécil como para creérsela. Pero la situación no podía prolongarse de aquella manera; si al señor director de correos le habían picado los cuernos una vez, aquel hecho se podía repetir peligrosamente. Había que ponerle remedio.

Los pueblos de la provincia que dependían de la delegación de Hacienda de Montelusa eran treinta y cinco, según dedujo Giovanni de los documentos de Bendicò, mientras que los molinos eran más de ochenta. Del inspector jefe de Montelusa dependían diez subinspectores, entre los cuales se había repartido todo el territorio. Bendicò había elaborado una lista por orden alfabético de sus subinspectores y, al lado de cada nombre, había descrito la localización de los molinos que le correspondían.

Ni un solo molino de viento; el último de ellos, situado junto a la carretera Montelusa-Vigàta, llevaba bastante tiempo abandonado. Ni un solo molino de agua, ya escasos en principio por falta de corrientes apropiadas. Sólo dos molinos sobre más de ochenta eran de vapor, todos los demás se utilizaban para la molienda gruesa con pares de muelas que funcionaban movidos por equinos enyugados. En Reggio Emilia y provincia ya casi se había perdido su recuerdo. Giovanni experimentó una especie de oleada de melancolía y tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Entre sus papeles había conservado también un recorte del semanario *La Concordia*, que se imprimía en Montelusa. En el artículo, muy crítico con el Gobierno, se repasaba la historia del impuesto sobre la molienda: se decía, en concreto, que todos los propietarios de molinos de agua que habían declarado en Sicilia el cese de la actividad seguían estando obligados a pagar el impuesto de su ejercicio.

Un auténtico abuso. Habían recurrido a la delegación de Hacienda, y la delegación había presentado a su vez un informe al Ministerio, el cual se había mostrado inflexible: el impuesto se tenía que pagar de todos modos, si no en especie, en dinero. En 1872, el impuesto sobre la molienda se había multiplicado por diez, y, a consecuencia de ello, aumentó el coste del pan. Bajo las ventanas de la prefectura de Montelusa tuvo lugar una violenta manifestación que se saldó con cuatro muertos y dieciocho heridos. La tensión, no sólo en la isla, alcanzó unas proporciones tan considerables que el 10 de diciembre de aquel mismo año el Gobierno abolió el impuesto sobre la molienda, aunque decretó su nueva entrada en vigor exactamente cinco días después. La rabia ante aquella descarada tomadura de pelo estalló con toda su fuerza, pero se reprimió al precio de doce muertos y cuarenta heridos. En aquellos momentos, terminaba diciendo *La Concordia*, el malestar de la población discurría

como una corriente subterránea. Finalmente, planteaba la hipótesis de que el asesinato del inspector jefe Tuttobene hubiera obedecido a un sordo rencor contra el representante de un Estado que mataba de hambre a los ciudadanos.

El artículo terminaba así, pero, al lado de la frase referente al homicidio de Tuttobene, Bendicò había puesto un signo de exclamación en lápiz azul.

¿Qué significado tenía aquel comentario? Decidió no seguir leyendo. Subió al dormitorio y cubrió los colchones con las sábanas de la viuda. La lectura de los papeles le había quitado el apetito, por lo que sólo comió un poco de fruta de la que había cogido Michilinu. Había oscurecido, y encendió la lámpara. Demasiado pronto para acostarse. Cogió papel de cartas y un lápiz de mina indeleble y empezó a escribir: «Tía y mamá queridísima...»

—¡Señor Bovara!

Aquella voz *a gh'à faeto fâ un botto da-a carega*, le hizo pegar un brinco en la silla, y procedía de detrás de la puerta que se había quedado abierta. Bajó y se acercó al vano.

—¿Quién es?

—Amigos.

Sólo conseguía ver dos sombras no muy lejanas.

—¿Qué queréis?

No era asustadizo, pero aquella intrusión le producía cierta inquietud.

—Nos envía don Cocò Afflitto, que vive justo al lado de su casa. Quisiera tener el honor de conocerlo personalmente. Dice don Cocò que si usía quiere honrarlo.

—Honrarlo, ¿cómo?

—Que si acepta la invitación de ir a cenar con él esta noche.

—Ah, no. Ya he cenado. Dadle las gracias.

—Como quiera usía. Buenas noches.

Las dos sombras se perdieron en la oscuridad de la noche. Pero ¿es que el bueno de don Cocò estaba empeñado en darle de comer a toda costa?

Por si acaso, cerró la persiana de la ventana y atrancó la puerta.

Lunes, 3 de septiembre de 1877

Estaban sentados a la mesa de las negociaciones, el cura, con su bata bordada, y doña Trisina, vestida correctamente. El pecho del padre Carnazza subía y bajaba, parecía que se estuviera asfixiando por falta de aire. Los globos oculares se le salían de las órbitas, como los de un pez recién pescado.

—¿Los dos candelabros de plata del altar mayor?

—Sí, señor.

—Pero ¡es que los dos candelabros son un regalo de la marquesa de Torrenova!

—Me importa un carajo quién los haya regalado. Los quiero.

—Trisinè, trata de razonar, preciosa mía, corazón mío. ¡Esos dos candelabros no son míos, pertenecen a la iglesia!

—¿Y la iglesia de quién es? ¿No es suya?

—Pero ¡la marquesa seguro que se da cuenta de que los candelabros han desaparecido! ¡Viene todos los días! ¡Y pedirá explicaciones! ¿Y yo qué coño le digo, eh? ¡Con lo pelmaza que es, es capaz de recurrir al comisario y después al obispo!

—Es muy fácil: usía dice que se los han robado y que usía no sabe nada.

—Pero, si por casualidad...

—Mire, padre, las cosas están así. Usía me regala los dos candelabros, y yo, a cambio, le regalo lo que usía desea. Hacemos el acto completo como marido y mujer tumbados en la cama del dormitorio. Si no, si tiene algo en contra, aquí termina la historia. Y yo seguiré viniendo a la iglesia, claro, pero ya no subiré a verlo. Piénselo. Le doy hasta el miércoles.

Se levantó y salió. La escalera crujió. El cura estaba empapado de sudor. ¿Los dos candelabros de seis brazos de plata maciza? ¿Acaso se había vuelto loca aquella mujer? Sí, y él, desde luego, también estaba loco por aquella mujer. Se levantó de un salto y se dirigió a la puerta. Trisina ya había llegado al pie de la escalera.

—¡Trisì!

—¿Sí?

—¿Dos veces?

—Sólo una.

La mujer hizo ademán de marcharse.

—¡Espera! —le imploró el cura.

Veía a sus pies la escalera de madera y tenía la sensación de estar asomado al abismo del infierno.

—¿Lo ha decidido, sí o no? —le preguntó Trisina.

Lo decidió.

—No es necesario esperar al miércoles. Ven mañana por la mañana.

Llegó a la delegación a las ocho en punto; *Stiddruzzo* había tardado tres cuartos de

hora en recorrer la distancia entre su casa y Montelusa. Desmontó, llevó el caballo a la cuadra de la delegación y lo dejó en manos de los mozos.

Subió directamente al despacho del delegado, que aquella mañana parecía especialmente malhumorado.

—Buenos días, contable. La verdad es que hoy no estoy...

—No le robaré mucho tiempo, señor delegado. Tan sólo le pido saber quiénes son La Mantia y Fasulo.

—¿Qué? —preguntó el *commendatore* La Pergola.

—Se llaman La Mantia y Fasulo, según lo que me ha dicho el ujier Caminiti, los dos señores que vinieron a revolver los papeles de Bendicò, debidamente autorizados por usted.

—Ah, sí. Ahora lo recuerdo —dijo el *commendatore*, tratando de esbozar una sonrisa y fingiendo muy mal—. Tenían efectivamente mi permiso. La Mantia es el subcomisario del comisario Spampinato, que confiaba en encontrar algún indicio que contribuyera a descubrir al autor del homicidio.

—Entiendo. ¿Encontró algo?

—No, nada.

—¿Y el otro?

—El abogado Fasulo es un hombre muy piadoso, ¿sabe?, siempre dispuesto a desvivirse por los demás.

—Perdone, no lo entiendo.

—Verá, es una cuestión muy delicada... Al pobre Bendicò le gustaban las mujeres... Le gustaban muchísimo... Al parecer, tenía una amante muy joven...

—Sí, de acuerdo, pero ¿por qué razón ese tal Fasulo...?

—Ya le he dicho que es un hombre piadoso, generoso... Temía que entre los papeles de Bendicò hubiera cartas, notas comprometedoras... No quería que la pobre viuda de Bendicò, aparte del dolor de la pérdida del consorte, tuviera que sufrir otro disgusto.

Estaba claro que todo aquello eran cuentos chinos. Giovanni no quiso ir más allá, de momento.

—Le doy las gracias, señor delegado.

El *commendatore* no consiguió reprimir un suspiro de alivio.

—Señor contable, quiero avisarle de que he convocado a sus subinspectores para las once de esta mañana.

En cuanto lo vio aparecer en el pasillo, Caminiti se levantó para ir a su encuentro.

—Beso sus manos.

—Oiga, Caminiti, cuando quiera saludarme, diga simplemente buenos días o buenas tardes.

—Como quiera vucencia —dijo fríamente el ujier.

—¿Se ha ofendido?

—¡Pues sí, señor, me he ofendido! ¡Eso quiere decir que usía no me quiere dar ninguna confianza! ¡Buenos días y buenas tardes sólo se le dice a un desconocido!

—En ese caso, Caminiti, haga lo que quiera.

Estaba a punto de entrar en su despacho, pero se detuvo en la puerta, perplejo.

—Todos los lunes por la mañana, a las seis, vienen las mujeres a limpiar —le explicó Caminiti a su espalda—. Esta mañana he venido yo también, tenía miedo de que ésas se llevaran los papeles que a usted le interesaban. He ordenado que los colocaran sobre el escritorio.

El balcón resplandecía; los cristales, también. Habían sacado brillo incluso a la madera del escritorio, y no había ni una mota de polvo en las carpetas de los expedientes.

—Se lo agradezco —dijo Giovanni, cerrando la puerta entre él y el ujier.

Se sentó y se acercó los papeles de Bendicò. Había un dibujo muy tosco de la provincia a gran escala, en el que estaban indicados los ochenta y dos molinos, divididos por zonas. En cada una de las zonas figuraba escrito a lápiz el nombre del subinspector responsable de ellas: le resultaría útil cuando sus subordinados le presentaran sus informes. Observó que, a cada movimiento que hacía, el escritorio se tambaleaba, por lo que se inclinó para ver qué ocurría: una de las dos patas de la izquierda, la más cercana a él, era visiblemente más corta que la otra. Y, en efecto, vio a su lado un trozo de papel doblado varias veces que se utilizaba para equilibrarla; puede que, al limpiar la estancia, lo hubieran desplazado sin querer. Se levantó, se arrodilló y trató infructuosamente de colocar de nuevo el trozo de papel bajo la pata de la mesa. Habría que doblarlo de otra manera; por lo visto, con la humedad del suelo fregado se había dilatado en cierto modo. Lo desdobló y vio que era un mapa de la provincia exactamente igual que el que acababa de guardar poco antes, sólo que en éste los cuadraditos que representaban los molinos estaban rodeados por unos círculos a lápiz, unos rojos y otros azules. ¿Qué significaría aquello? Seguro que tenía un significado. Cogió un trozo de papel cualquiera y lo colocó debajo de la pata más corta del escritorio. Dejó el mapa topográfico sobre el escritorio, lo alisó varias veces con las palmas de las manos y empezó a estudiarlo.

A las once y cuarto llamaron a la puerta. Volvió a doblar el mapa y lo guardó en el cajón del centro del escritorio.

—Adelante.

—Están aquí los subinspectores —dijo Caminiti, asomando sólo media cabeza—. Falta uno que está enfermo.

—Muy bien, que pasen —dijo Giovanni, levantándose.

Esperaba que entraran en grupo, pero, en vez de eso, se presentaron de uno en uno, siguiendo un riguroso orden alfabético.

—Nicola Abbate.

Una especie de enano de cabeza descomunal.

—Pietro Abbate.

Otro enano, pero con cabeza de alfiler.

—¿Son ustedes hermanos? —no pudo menos que preguntar Giovanni.

—No —contestó el enano Pietro, apartándose un paso del enano Nicola y mirándolo con una punta de desprecio.

—Gerlando Bongiovì.

Un tercer enano en forma de tonel.

Giovanni empezó a sospechar. ¿Era una burla? ¿Querían ponerlo a prueba?

—Ettore Brancato.

Cuarentón, estatura media, normal. Giovanni lanzó un suspiro de alivio.

—Gesualdo Carcarò.

Marcado estrabismo, pero, por lo demás, más bien insignificante.

—Antonio Cumella.

Larguirucho, tuvo que inclinar la cabeza para pasar por debajo de la puerta.

—Emanuele Errore.

Era verdaderamente un error, un fallo de la naturaleza. Un mono que, por una serie de tics nerviosos conectados entre sí, conseguía levantar el pie izquierdo cerrando el ojo derecho, torciendo la boca a la izquierda y separando el brazo derecho de la cadera. Todo ello, de manera convulsa.

En lugar del siguiente subinspector, apareció la cabeza de Caminiti.

—Falta Filippo Fragapane, es el que le he dicho que está enfermo.

—Salvatore Grasso.

Era fiel a su apellido, un poco grueso, eso sí, pero, por lo demás, todo en regla, gracias a Dios.

—Ottavio Stracuzzi.

Uno de tantos.

—¡Caminiti! ¡Traiga unas sillas para los señores! —dijo Giovanni.

—No hace falta —dijo Carcarò, con un ojo a oriente y otro a occidente. Era el portavoz de la alegre compañía.

—Como ustedes saben, hace apenas tres horas que he tomado posesión de mi cargo y aún no he tenido ocasión de comprobar los problemas que sin duda tiene que haber. Considero prematura esta convocatoria, pero la ha decidido el señor delegado sin consultar conmigo. Examinando algunos papeles de mi difunto predecesor, he observado que presentaban ustedes sus informes mensualmente. Sobre la base de esos informes, Bendicò redactaba a su vez un informe al señor delegado para que éste pudiera tomar las medidas oportunas. ¿He entendido bien?

—Lo ha entendido usted muy bien —contestó Carcarò.

—Una pregunta: ¿cada cuánto tiempo acudía Bendicò personalmente a sus correspondientes zonas para la verificación de sus observaciones?

—¿Pregunta si el difunto contable acudía personalmente a visitarnos? —inquirió Carcarò para asegurarse de que había entendido bien antes de responder.

—Exactamente.

—¿Nos permite que lo discutamos un poquito entre nosotros? —inquirió de nuevo Carcarò.

—Adelante.

Se colocaron en círculo. Primero empezaron a discutir en susurros, después elevaron el tono, pero, aun así, Giovanni no entendió ni una palabra. De vez en cuando, los tres enanos se ponían de puntillas para hacer llegar mejor su voz a los demás. Cuando terminaron, volvieron a colocarse como al principio.

—Nunca lo vimos en nuestras zonas, jamás se movía de su despacho —dijo Carcarò. Giovanni no se sorprendió, no hizo ningún comentario, había comprendido que las cosas se desarrollaban de aquella manera—. Se fiaba de nosotros, tenía una confianza absoluta en nosotros —añadió Carcarò.

¡Por eso habían querido discutirlo entre sí! ¡Le habían preparado una trampa! Querían liarlo con aquellas palabras aparentemente inocentes: si tú cambias la situación actual, quiere decir que no te fías de nosotros y, por consiguiente, nos tendrás por enemigos; si, por el contrario, no cambias la situación, quiere decir que eres una persona con la cual se puede tratar.

Estaban esperando su respuesta y lo miraban con tal intensidad que hasta los ojos bizcos de Carcarò intentaban converger en el centro.

—No se trata de tener confianza o no —replicó, procurando no parecer grosero—, sino de hacer el trabajo por el que se nos paga.

—Es justo que así sea —reconoció Carcarò.

—Por consiguiente, yo, cuando y como considere oportuno, me trasladaré personalmente a sus zonas para controlar los molinos. Repito: no se trata de falta de confianza con respecto a ustedes.

—¿Nos avisará antes de ir?

—No, naturalmente.

—¿Y eso no le parece a usted una falta de confianza?

Se oyeron unas risitas y unos murmullos entre los subinspectores. Carcarò se enorgulleció del efecto logrado.

—Este primer encuentro termina aquí —dijo con firmeza Giovanni—. Tengo que hacerles una última advertencia: para presentar los informes serán ustedes convocados cada quince días y no mensualmente, como se hacía hasta ahora.

Oyó materialmente cómo se les cortaba la respiración a los subinspectores.

—Buenos días —dijo en nombre de todos Carcarò.

En cuanto se retiraron, Giovanni cerró la puerta con llave y abrió la ventana: el despacho era espacioso, pero, aun así, la presencia de tantas personas enrarecía el aire. ¿O tal vez quería disipar la pésima impresión que sus subordinados le habían causado? Volvió a sacar el mapa topográfico que previamente se había utilizado para equilibrar la pata del escritorio y buscó la zona de Carcarò. Era la mayor de todas y se extendía desde Santa Elisabetta a Canicattì, pasando por Aragona, Comitini, Grotte,

Racalmuto y Castروفilippo. Incluía diez de los ochenta y dos molinos. Sacó del archivador los informes mensuales de Carcarò y empezó a examinarlos. Algo no encajaba, pero no sabía qué.

Llamaron a la puerta. Volvió a dejar el mapa en el cajón del centro, lo cerró con la llave, se la guardó en el bolsillo, volvió a colocar los informes de Carcarò en el archivador y fue a abrir.

—No es necesario que usía cierre con llave. Yo estoy delante de la puerta y no dejo entrar a nadie —dijo con tono pausado Caminiti.

¡Virgen santa, qué susceptible era toda aquella gente!

—¿Qué hay?

—Hay que su excelencia el delegado quiere verlo.

—Muy bien, después me paso por allí.

—Pero ¡si ya es la una! ¡Después su excelencia se va a comer!

¿Ya era la una?

El *commendatore* parecía un poco incómodo.

—Disculpe, contable, que lo haya mandado llamar. No quisiera dar la impresión de que quiero entrometerme en su forma de actuar...

—Eso ni se me ocurre pensarlo. Usted es mi superior.

—Mire, contable, ése no es el tono adecuado para esta charla. Nada de superior y nada de subordinado. Desearía, ¿cómo lo diría?, invitarlo paternalmente a reflexionar acerca de una disposición que usted ha tomado con respecto a sus subinspectores.

—¿Han venido a protestar ante usted?

—¡No, por Dios! ¡Protestar! ¡Jamás se atreverían! Han venido no a protestar, sino a manifestar serenamente cierta..., cierta...

—¿Perplejidad? —apuntó Giovanni.

El delegado no captó la ironía.

—¡Eso es, muy bien! ¡Perplejidad es la palabra apropiada!

—¿Y esa perplejidad la experimentan porque yo les he dicho que iré personalmente a controlar sin previo aviso su actuación? ¿O acaso se debe al hecho de que quiero un informe quincenal?

—Mire, contable, yo mismo le había pedido repetidamente a Bencicò que llevara a cabo personalmente las inspecciones... Pero, verá, el difunto estaba muy enfermo del corazón, puede creerme, y el menor movimiento le provocaba un grave quebranto.

Pero, ¡¿cómo?! ¿Bencicò tenía un pie en la tumba, estaba más muerto que vivo y, a pesar de todo, iba incordiando a diestro y siniestro?

—Y, si usted recuerda —prosiguió el *commendatore*—, yo puse a su disposición un coche porque considero que el principal deber de un inspector jefe de la delegación de Hacienda, repito, el principal...

—O sea, ¿que se quejan de la convocatoria quincenal? —preguntó Giovanni, interrumpiendo groseramente a su superior.

—Mire, contable, usted tiene que comprender que aquí las comunicaciones no son como las de Reggio Emilia... Las carreteras para vehículos son muy escasas y, en general, se trata de incómodos caminos de mulas, de infames senderos... y las distancias son muy largas, ¿sabe? O sea, que obligarlos a venir a Montelusa cada quince días significa someter sin motivo a esa pobre gente a unos viajes no digo peligrosos, pero...

—Por consiguiente, me ha parecido entender que usted no está de acuerdo.

—No se trata de estar de acuerdo o no, sino de examinar el asunto desde el punto de vista del sentido común y de la humanidad. Como usted ya debe de saber, no se trata de empleados fijos, sino de personal con contrato temporal que complementa el bajo salario con un porcentaje mínimo sobre las multas.

—Tengo una curiosidad. ¿Quién los contrató?

—Bendicò. Es la costumbre. Cada nuevo inspector jefe puede, si así lo desea, elegir a personas de su confianza.

—O sea, ¿que yo podría despedirlos?

—Ahora mismo, no, no podría. Tiene que esperar a que expire el contrato anual. El de esos hombres expira el próximo treinta de diciembre. Si usted quisiera actuar en ese sentido, y habida cuenta de que aquí no conoce a casi nadie, le aconsejo que haga lo que hicieron sus predecesores Tuttobene y Bendicò.

—¿Qué hicieron?

—Recurrieron al abogado Fasùlo. Tratándose de un hombre muy piadoso, siempre tiene una lista de personas necesitadas pero honradas de toda la provincia.

—Señor delegado, yo, si usted lo desea, anularé la convocatoria quincenal de los subinspectores. Pero tenga en cuenta que, si lo hago, comprenderán que basta con que acudan a protestar ante usted para que yo me vea obligado a tragarme las órdenes.

«Este Bovara es un cabrón —pensó el delegado, que sabía navegar tanto en aguas favorables como en las adversas—, y es un cabrón que se las da de listo. Pero aún no ha nacido el que a mí me la pueda dar con queso.»

—Mire, contable, yo me he limitado a plantearle el problema. Decida usted lo que le parezca mejor.

A las nueve de aquella misma mañana del lunes 3 de septiembre, don Memè Moro se presentó en el despacho del abogado Fasùlo. Tardó media hora en exponerle la causa de su desazón.

—Lo comunicaré —dijo finalmente el abogado— y ya le diré algo.

A las diez y cuarto de aquella misma mañana del lunes 3 de septiembre, se presentó el director de la oficina de correos, *cavaleri* Brucculeri. Éste tardó menos de una hora en poner al abogado al corriente del asunto que le había arrebatado el honor y el

sueño.

—Lo comunicaré —dijo finalmente el abogado— y ya le diré algo.

Pasado el mediodía de aquella misma mañana del lunes 3 de septiembre, apareció el padre Carnazza. Tardó unos diez minutos escasos en explicar la inquietud que le causaba el muy cornudo de Brucculeri, al cual le picaban los cuernos.

—Lo comunicaré —dijo finalmente el abogado— y ya le diré algo.

Y, como era un hombre piadoso, se levantó, hincó la rodilla en el suelo y besó la mano del cura.

—¿Quiere que baje a buscarle algo para comer? —le preguntó Caminiti a Bovara.

—No, gracias, ya se puede ir. Nos veremos más tarde.

Giovanni tenía apetito, pero no quería que se repitiera la historia del sábado con el misterioso don Cocò que lo invitaba a comer y a beber y lo obligaba a declinar la invitación.

Cuando calculó que el ujier ya no estaba por allí, salió del edificio y entró en la taberna que se encontraba a un tiro de piedra de la delegación. Había una mesa ocupada por cuatro albañiles.

—*C'avemu?* ¿Qué tenemos? —se sorprendió preguntándole en dialecto al patrón, que era también el camarero.

Comió canelones hechos con aceite, pimienta negra y queso de oveja; después pidió un plato de sardinas saladas aliñadas con aceite, vinagre y orégano. Se echó medio litro al coletto.

—*Cuantu veni u cunttu?* ¿A cuánto sube la cuenta?

—Nada, usía no paga.

—¿Qué quiere decir?

—¿Usía se llama Bovara y es el nuevo inspector jefe?

—Sí.

—Pues entonces, ya está todo pagado.

—¿Y quién ha pagado?

Ya conocía la respuesta.

—Don Cocò Afflitto me ha ordenado que, si usía ponía los pies aquí dentro y comía, usía no debía sacar el billetero.

—Mire, yo no puedo aceptar, eso ni soñarlo. ¡Dígame qué le debo y acabemos de una vez con esta persecución!

—Oiga, señor inspector. Es inútil que usía se ponga a hablar conmigo en italiano. Yo su dinero no puedo cogerlo, ¿está claro?

—Buenos días —dijo Giovanni.

Y se fue. Tenía la sensación de que le salía humo de las ventanas de la nariz como

a un toro furioso.

Todavía lunes, 3 de septiembre de 1877

A las cuatro de la tarde, el coche de doña Trisina se detuvo ante la puerta de la pequeña verja de madera, que estaba entornada. La mujer asomó la cabeza por la ventanilla y contempló la casa. Las puertas y las ventanas estaban cerradas, pero ella no se fiaba, no quería quedar mal.

—Ve a llamar a la puerta —le dijo a Michilinu.

El muchacho soltó las riendas y bajó corriendo por el sendero. Doña Trisina lo vio llamar varias veces, pero nadie le abrió. Tranquilizada, bajó y se acercó a la puerta; sacó una llave de un bolsillo de la enagua —dos se las había entregado al inquilino y la tercera se la había quedado ella porque nunca se sabe—, abrió y entró. El forastero llevaba apenas un día y medio viviendo en la casa y ya se observaba el desorden que suelen armar los hombres. Subió al dormitorio: el inquilino no se había hecho la cama. Se la hizo ella amorosamente, dejando las sábanas tan tirantes que parecían pegadas con cola. Abrió la puerta del retrete y torció la boca a causa del pestazo: el orinal estaba lleno.

—¡Michilinu!

—Mande —contestó el muchacho desde la planta baja.

—Sube, coge el orinal, vacíalo en el foso de detrás de la casa y lávalo después con el agua del pozo.

Mientras Michilinu hacía lo que el ama le había ordenado, doña Trisina arregló el comedor.

—¡Michilinu!

—¡Mande!

—Coge los paquetes del coche y tráelos aquí.

Diez minutos después había sobre la mesa una bolsita con cien gramos de café del bueno, otra con trescientos de azúcar, medio kilo de harina, un kilo de pasta fina de Nápoles, tres tacitas de porcelana con sus correspondientes platitos, una cucharilla de plata auténtica, un rollo de tejido de muselina finísima para confeccionar camisas y una lámpara de bronce.

Doña Trisina lo contempló todo con semblante satisfecho. Al día siguiente le llevaría también dos resplandecientes y pesados candelabros de plata maciza de seis brazos. ¿Qué le estaba ocurriendo? Lo que sentía por aquel hombre, medio forastero y medio paisano, era algo que jamás había experimentado.

A las cinco de la tarde, con la cabeza ardiendo a causa del cansancio, los ojos casi bizcos de tanto cotejar los informes de los subinspectores con el mapa topográfico que había encontrado bajo el escritorio y el índice y el pulgar entumecidos de tanto accionar la manivela metálica de la calculadora automática Super Velox que llevaba siempre en el bolsillo, descubrió finalmente el significado de los pequeños círculos

rojos y azules. Los círculos rojos indicaban las veces que un molino había sido multado por infracciones leves, mientras que los azules indicaban auténticos delitos, como la alteración del libro de contabilidad y la no declaración de la molienda, infracciones todas ellas que daban lugar a multas muy elevadas o a la clausura del molino durante un mes o más e incluso a la detención del titular. Sólo que los círculos rojos y los azules se marcaban en plazos determinados, siguiendo un turno evidentemente prefijado.

Todo lo cual significaba, hablando en plata, que, sobre la base de un acuerdo, los titulares pagaban, mediante aquellas multas pactadas, una suma fija a los subinspectores, los cuales, naturalmente, se guardaban mucho de llevar a cabo auténticas inspecciones; puede que ni siquiera conocieran la localización del molino y dejaran que los molineros hicieran lo que les diera la gana. Era un auténtico mapa de la prevaricación el que Bendicò mantenía ingeniosamente oculto en un escondrijo que el bueno del abogado Fasùlo y el subcomisario La Mantia no habían conseguido encontrar, porque estaba claro que lo que habían ido a buscar al despacho era aquel papel, nada de aquellos indicios que pudieran facilitar la investigación criminal o de las cartas de amor de los que le había hablado el delegado.

¿Qué podía hacer después de ese descubrimiento?

Se devanó un poco más los sesos y, al final, encontró también la solución. Necesitaba disponer de una prueba indiscutible para poder mostrársela a su superior. Efectuó más cálculos y después tomó una hoja de papel con membrete de la delegación de Hacienda y escribió:

Montelusa, 3 de septiembre de 1877

Yo, el infrascrito Giovanni Bovara, inspector jefe de los molinos adscrito a la delegación de Hacienda de Montelusa, afirmo que en la reunión con los subinspectores convocada por mí para el próximo 18 de septiembre ocurrirá lo siguiente:

El subinspector Nicola Abbate declarará en su informe haber descubierto una infracción grave en el molino San Giuseppe.

El subinspector Ettore Brancato declarará dos infracciones leves en los molinos Santa Lucia y Cristo Re.

El subinspector Antonio Cumella, una infracción leve y una grave respectivamente en los molinos San Gerlando y San Calogero.

El subinspector Filippo Fragapane (cabe señalar que no he tenido ocasión de conocerlo, pues no se ha presentado por repentina enfermedad), dos infracciones graves en los molinos Santa Rosalia y Sant'Agata y una leve en el molino Santissimi Cosma e Damiano.

Los demás subinspectores no declararán en sus informes ninguna infracción. De esta carta, que me envió a mí mismo, dará fe el sello postal.

Firmó, cogió un sobre sin membrete, escribió su dirección en la delegación y lo cerró. Consultó el reloj, ya eran las seis.

—¡Caminiti!

—¡A sus órdenes!

—Me voy, me quedan muchas cosas que arreglar en casa.

—De todos modos, en los despachos no hay nadie.

—Pero ¿el horario no es hasta las ocho?

—Pues claro. Pero ¿qué quiere decir con eso? A las seis aquí dentro ya no queda nadie.

—Mire, yo primero tengo que ir a la oficina de correos y después a que me corten el pelo. ¿Qué hago con el caballo?

—El caballo puede dejarlo en la cochera. El señor delegado ha dado orden de que permanezca abierta hasta la medianoche porque algunas veces necesitamos el coche. Por eso siempre hay un mozo.

—¿Puede indicarme dónde está la oficina de correos?

—Deme la carta a mí y la enviaré con el resto de la correspondencia del despacho.

—No, es de carácter privado.

—¿Y qué? El contable Bartolino le escribe a su novia, el encargado Crisafulli le escribe a su hermano, el...

—Mire, no me interesa lo que hacen los demás. Dígame dónde está la oficina de correos.

—Como usía quiera. Nada más salir de la delegación, gire a la izquierda, hágase toda la calle, gire otra vez a la izquierda y encontrará la oficina de correos.

—Gracias. ¿Un buen barbero?

—El mejor del pueblo. ¿Sabe dónde está el hotel Gellia? Dos puertas más abajo, verá escrito Salón Ingrassia.

El sacristán tocó la campanilla y el padre Carnazza salió de la sacristía para el oficio de vísperas. Dio tres pasos en dirección al altar mayor, se detuvo, se acercó una mano a la altura del corazón, se tambaleó hacia la derecha y la izquierda y dobló las rodillas.

—¡Madre santísima! ¡El padre se encuentra mal! —dijo una feligresa, inmediatamente histérica.

Cuatro o cinco personas entre hombres y mujeres corrieron al otro lado de la balaustrada y sujetaron al padre Carnazza, que parecía a punto de desplomarse.

—¿Qué le ha pasado, padre?

—¿Qué tiene, padre?

—¡No nos asuste, padre!

El padre Carnazza parecía asfixiarse y no conseguía hablar.

—¡Aire! ¡Aire! —dijo alguien.

—¡Que llamen al médico! —dijo otro.

Ambas voces quedaron ahogadas por la de la señora Ersilia Cuccurullo de Imbrò, una mujer proclive a la tragedia que en cierta ocasión había confundido una solemne pedorrera de su marido con un terremoto.

—¡No hay nada que hacer! ¡Nada! Está muerto —afirmó la mujer.

Y entonó, con voz estridente, el *Himno para un alma que abandona el mundo*, con letra y música del propio padre Carnazza, que, de vez en cuando, se deleitaba con las cosas del espíritu.

*Mundo, tú no existes para mí,
¡yo he perdido ya tu luz!
Ya todos mis afectos di
a mi dulce y buen Jesús.*

—¡Ya basta! ¡Me encuentro mejor! —gritó el padre, que era muy supersticioso y se había aterrorizado ante la iniciativa de la señora Cuccurullo.

Se bebió el vaso de agua que alguien le había llevado y, señalando el altar mayor con un trémulo dedo índice, habló en voz tan baja que muchos no pudieron oírlo:

—¡Los candelabros!

Sólo en aquel momento los fieles se dieron cuenta de que los candelabros de plata ya no estaban en su sitio.

—¡Los han robado! —dijo el padre Carnazza.

—¡Los han robado! —repitieron a coro los fieles, santiguándose.

—¡Sacrilégio! —gritó el padre Carnazza.

—¡Sacrilégio! —repitió el coro.

Inmediatamente, la señora Ersilia Cuccurullo de Imbrò entonó el himno *El fruto del pecado*, originariamente en latín, pero que, en su versión, sonaba más o menos así:

*¿Cuale fructum habuiste
del pecado que tú hiciste?
En las llamas del infierno
ardes ya con fuego eterno.*

—¡Vamos a denunciar este robo sacrílego! —ordenó el padre Carnazza, el cual parecía haberse recuperado un poco del desmayo.

—¡A denunciar! ¡A denunciar! —gritó el coro.

Salieron todos de la iglesia. Alguien pensó que era una procesión y se arrodilló.

Una vez franqueada la carta, Giovanni volvió a subir por la Via Atenea, ya casi desierta, y se tropezó con los tres jovencitos que holgazaneaban tristemente, al no haber nadie a quien saludar. Localizó la barbería y entró. No había clientes, pues los cortes de barba y cabello se concentraban mayoritariamente los sábados. Había un hombre en bata blanca casi de la misma edad que Bovara y un niño que se miraba en el espejo con un cepillo en la mano.

—Tome asiento —dijo el hombre, señalándole una de las tres sillas del salón.

—Cortar un poco el cabello y arreglar el bigote —dijo Giovanni, sentándose.

—¿Y no vamos a afeitarnos?

—También —dijo Giovanni, aceptando.

El barbero le anudó alrededor del cuello una toalla tan grande como una sábana y empezó a trabajar. Y, como es natural, a hablar.

—¿Usía es forastero?

No supo por qué razón no tuvo el valor de engañarlo.

—La verdad es que nací en Vigàta, pero después...

—¡Espere un momento! —lo interrumpió el barbero, dejando las tijeras en suspenso en el aire—. ¿Usía no será por casualidad el nuevo inspector jefe que viene de Reggio Emilia?

—Sí —contestó, irritado, Giovanni.

¡Imposible pensar que un pueblo como ése no se supiera todo de todos! ¡Y, encima, con la curiosidad que suele despertar un forastero!

—Esta mañana estábamos hablando de usted aquí, en el salón. Pero no entendí bien su apellido.

—Bovara —dijo Giovanni, apretando los dientes.

Ya no se trataba de una simple cháchara de barbería, sino de un interrogatorio policial.

—¿Ah? —dijo el barbero, reanudando su trabajo en un silencio que Giovanni intuyó transitorio. En efecto—. Perdona, señor inspector. ¿Su padre se llamaba Pietro y su madre Carmela di Stefano?

¡Hasta habían conseguido averiguar con toda exactitud sus datos personales! ¿Cómo demonios se las habrían arreglado?

—Sí, pero usted ¿cómo se ha enterado...?

—Mi madre se llamaba Giuseppa di Stefano y era la hermana mayor de su madre, Carmela. Después se casó con Filippo Ingrassia, que era mi padre. Somos primos hermanos en primer grado.

¡Un primo! Fue arrollado por el ciclón Fefè Ingrassia, levantado de la silla con la sábana alrededor del cuello, abrazado, besado, estrujado, zarandeado.

—¡Ahora cierro el salón y vienes a comer a mi casa y a conocer a mi mujer y a mis hijos!

—¿Éste es uno de ellos? —preguntó Giovanni, señalando al muchacho, que se había quedado petrificado con el cepillo en la mano.

—No, éste es un sobrino. ¡María santísima! ¡Me entran ganas de llorar de emoción! ¡Ya basta, vamos a cerrar!

—¿No terminas de cortarme el pelo? —le preguntó tímidamente Giovanni.

—No puedo, primo mío, te aseguro que no puedo. ¿Lo ves? Me tiembla demasiado la mano. Te haría unos trasquilones tremendos.

El comisario Spampinato hizo firmar al padre Carnazza la denuncia por el robo de los dos candelabros y después preguntó al sacristán:

—¿A qué hora cerraste la puerta de la iglesia?

—A las dos de la tarde, y volví a abrirla a las cuatro, cuando la señora Ersilia ya estaba esperando para entrar.

—Y, por consiguiente, encendiste los candelabros.

—No, señor.

—¿Por qué? ¿Es que los candelabros ya no estaban?

—No, señor, yo ni vi si estaban o no estaban. Los candelabros sólo se encienden para la santa misa del domingo por la mañana.

—Hay que hacer una inspección —dijo el subcomisario La Mantia.

—¿Dónde? —preguntó, alarmado, el padre Carnazza.

Tenía los candelabros justo sobre la mesa del comedor, ya expuestos y preparados para la visita de Trisina de la mañana siguiente.

—¿Cómo dónde? En la iglesia y, en caso necesario, también en la sacristía y en la vivienda de usía —dijo, ofendido, La Mantia.

—¡Jamás, señor! —reaccionó el cura—. ¡Un registro en mi casa sería un sacrilegio!

—Pero ¿cómo? —inquirió La Mantia con semblante ensombrecido—. ¿En la iglesia sí y en su casa no?

—La iglesia es de todos, pero mi casa es mía. Y os lo advierto: ¡si registráis mi casa, las llamas del infierno os quemarán por toda la eternidad! ¡Anatema sobre vosotros, sobre vuestros hijos y sobre los hijos de vuestros hijos!

—¡Sobre los hijos de vuestros hijos! —repitió el coro en voz baja y con tono amenazador.

—Bueno, bueno —los interrumpió Spampinato, que no creía en nada, pero era de la opinión de que, por si acaso, siempre era mejor nadar y guardar la ropa—. Echaremos un vistazo sólo en la iglesia.

Salieron en procesión de la comisaría. E inmediatamente corrieron por el pueblo dos rumores contradictorios. El primero era que el comisario había decidido detener finalmente al muy sinvergüenza del padre Carnazza. El segundo era que el comisario Spampinato, descreído y blasfemo, a consecuencia de una aparición nocturna de la Virgen, se había convertido de repente y había ido a la iglesia para pedir perdón por sus grandes pecados.

Arrastrado a la casa de Fefè Ingrassia, Giovanni fue presentado a la mujer de su primo, Serafina, madre dolorosa de dos pequeños delincuentes comunes, Michele, de diez años, y Saverio, de ocho, los cuales se pasaron el rato pegándose, llorando, persiguiéndose de una habitación a otra y dando portazos. Comieron pasta con salsa, conejo a la cazadora y queso con especias. Temiendo las inevitables pesadillas nocturnas provocadas por una digestión pesada, Giovanni trató de rechazar una ración gigante de *cassata*, el típico bizcocho siciliano relleno de requesón, azúcar, frutas confitadas, chocolate y licor, pero no hubo manera. Estaba claro que al primo Fefè, con su oficio de barbero, no le iban muy mal las cosas. En el transcurso de la cena hablaron de la familia, pero no había ninguna posibilidad de que ambos tuvieran recuerdos comunes. Más tarde, la señora Serafina, a base de bofetones y algún que otro puntapié, obligó a los dos delincuentes a irse a dormir y ella también se fue a la cama, agotada. Ambos hombres se quedaron a solas. La charla, que había empezado a las ocho y media, terminó tres horas después. Charla por llamarla de alguna manera, pues el que se pasó casi todo el rato hablando fue Fefè Ingrassia. De esta manera Giovanni averiguó que:

- El insulto o apodo con el cual era conocido su superior en Montelusa era «escarabajo pelotero», y se le explicó el motivo con abundantes ejemplos.
- Su patrona, doña Trisìna Cìcero, era sin la menor duda una grandísima puta. Guapa, eso no se podía negar, pero una desvergonzada. En vida de su pobre marido le había puesto los cuernos primero con Arazio Stancampiano, comerciante de frutas y verdura; después, con Totò Lopresti, rentista, y más tarde, con el aparejador Trimarchi. Tras la muerte del marido, se había liado primero con Gnazio Spampinato, el hermano del comisario; después, con el abogado Fasùlo y, a continuación, con el padre Carnazza, el párroco de la iglesia mayor.
- El susodicho padre Carnazza era conocido no sólo por ser un mujeriego como la copa de un pino, sino también por su costumbre de prestar dinero. A las feligresas les cobraba en especie. A los hombres, en cambio, los desollaba vivos. El pobre Tinino Fiannàca se había atado una piedra de gran tamaño alrededor del cuello y se había arrojado al mar frente a Vigàta precisamente porque, a causa de un préstamo de cinco mil liras, el cura lo había dejado en la ruina.
- El tal padre Carnazza, siempre él, antes o después, lo pagaría todo con un palmo y el repliegue. («¿Cómo?», dijo Giovanni. «¿Has olvidado el dicho? Es la medida de los tejidos: un palmo y un pulgar doblado de propina», contestó el primo.) Algún marido celoso. O alguien que hubiera recibido un préstamo de diez y tuviera que devolver mil. Ah, una noticia calentita: antes que con doña Trisìna, el cura se acostaba con doña Romilda Brucculeri, la mujer del director de la oficina de correos. Pues bien, ¡la víspera habían visto al señor director de la oficina de correos paseando muy nervioso por delante de la iglesia cuando ya habían terminado los oficios! ¡Él, que jamás ponía los pies en la iglesia! Los del pueblo pensaron que el

director se había enterado con retraso de la aventura de su mujer y quería pedirle cuentas al cura. El cornudo complaciente es muy peligroso cuando pierde la paciencia.

- El susodicho padre Carnazza, siempre él una y otra vez, estaba volviendo loco a su primo don Memè Moro, el cual se había visto privado de una importante herencia por culpa de los manejos del cura. A Memè Moro sólo le quedaba la finca Pircoco, pero la opinión más generalizada era la de que ésta también acabaría en los bolsillos del padre Carnazza. Entonces, ¿quién podría contener la furia de don Memè Moro? Tan cierto como la muerte que le pegaría un tiro a su primo el cura.
- Hablando de tiroteos, Bendicò, el predecesor de Giovanni, había sido asesinado, al parecer porque le había entrado demasiado apetito, es decir, porque ya no se conformaba con la parte que le entregaban a cambio de no inspeccionar los molinos. («Entonces, a tu juicio, ¿fueron los molineros los que lo mataron?», preguntó Giovanni. Y Fefè, sorprendido: «¿Los molineros? Pero ¡qué ideas se te ocurren! ¡Bendicò no les exigía más dinero a ellos! Los de los molinos, si alguien les ordena decir que el vino es agua, lo dicen.»)
- A propósito del agua, el predecesor del predecesor, Tuttobene, no se había caído al mar, sino que lo habían arrojado por las mismas razones por las cuales Bendicò había sido encontrado en el fondo de un barranco devorado por los perros.
- Que si alguien quería vivir tranquilo en Montelusa, tenía que procurar simplemente no molestar al abogado Fasùlo, el cual...

—¿Quién es don Cocò Afflitto? —preguntó Giovanni, interrumpiéndolo.

No esperaba provocar la reacción que se produjo. Fefè Ingrassia saltó literalmente de la silla y corrió a cerrar la ventana.

—¿Por qué me has hecho esa pregunta, eh?

—Pero es que yo quería...

—¡Tú a mí esa pregunta no me la tenías que hacer! Es mejor que nos vayamos a la cama. Ya es tarde.

Una vez en la puerta, Fefè abrazó de repente con fuerza a su primo.

—¡Cuídate! —le susurró al oído.

Giovanni esbozó una sonrisa.

—¿Creen que estoy destinado a acabar como Tuttobene y Bendicò?

Fefè Ingrassia simuló sorprenderse.

—Pero ¡qué cosas se te ocurren! Yo te he dicho que te cuides porque esta noche hace un poco de humedad.

¡Qué noche tan bonita! *O ciaeo da lunn-a o s'allargava in sciâ campagna, paiva de giorno, no passava unna fia de vento, giusto quarche baietto de can, quarche grillo cantadô*, el claro de luna se extendía hasta la campiña, parecía que fuera de día, no

soplaba el menor viento, sólo se oía algún que otro ladrido de perro, algún grillo cantarín...

Giovanni subía a caballo hacia la casa de Vigàta y se agarraba con la misma fuerza de alguien que hubiera extraviado en el mar a su lengua genovesa, aquella en la cual había aprendido a vivir y a pensar, para salvarse del inmenso mar de las burlas, los rumores, las sospechas, los chistes... en los que no se percibía casi la menor simpatía por el habla siciliana de su primo Fefè.

Expediente A

(en mano)

Al Excelentísimo
Delegado de Hacienda
Montelusa

Montelusa, 10 de septiembre de 1877

ASUNTO: Informe del inspector jefe de los molinos Giovanni Bovara

Después de un escrupuloso, atento y reiterado examen de la distribución de los molinos en activo en la provincia de Montelusa, estudio llevado a cabo gracias a los mapas topográficos oficiales que la amabilidad de Vuestra Señoría Ilustrísima hizo llegar a mi despacho en respuesta a mi petición formal, descubrí de inmediato, a vista de pájaro, un espacio vacío que se podía deber tanto a la casualidad cuanto a un humano si bien criminal propósito.

Vuestra Señoría Ilustrísima está ciertamente al corriente de que a la jurisdicción fiscal de esta delegación se encuentra sometida, entre los pueblos de Zammùt y de Caltabellotta, la inmensa finca llamada Terrarossa, que, por su producción de trigo y cereales, figura entre las más feraces de toda la isla. Limita, a lo largo de la línea terminal meridional, con la no menos feraz finca vulgarmente conocida con el nombre de Funnacazzo, popular distorsión del peyorativo *fondacaccio*, de *fondaco*, almacén.

Pues bien, ¡ni en el interior de las susodichas fincas ni en los territorios circundantes se encuentra situado molino alguno! Todos los trabajadores de la finca que precisaran de molienda deberían recorrer unos incomodísimos senderos durante casi un día de camino para alcanzar los molinos más próximos, que se hallan uno en Zammùt y otro en Caltabellotta. De una comprobación que yo mismo he efectuado se deduce que sólo una mínima parte de los cereales se envía a los molinos de Zammùt y Caltabellotta.

Decidí entonces, impulsado más por un deseo de aclarar la situación que por la sospecha, ir personalmente a realizar una inspección sin decirle nada a nadie para no causar molestias y dar lugar con ello a algún contratiempo para mi persona. Le pongo al corriente de este descubrimiento por simple sentido de la honradez.

Anteayer, antes de que amaneciera, emprendí camino a caballo hacia Zammùt. Por un desdichado accidente que me robó mucho tiempo (la pérdida de una herradura de mi caballo), tuve el pueblo a la vista cuando ya estaba

cayendo el ocaso, pero, al llegar a la encrucijada de Roccella, decidí adentrarme por abruptos senderos en la finca Funnacazzo. Justo en la linde de la finca Terrarossa, me tropecé con un pajarero nocturno, el cual, interrogado en mi habla natal, me dijo que algo más hacia el interior se encuentra un maltrecho camino de carros. Auxiliado por la luz de la luna llena, cabalgué aproximadamente una hora más, tras la cual mi fatigada montura se negó a seguir adelante. Me vi obligado por tanto a vivaquear. Tras prestar la debida atención al caballo, me tumbé bajo un frondoso algarrobo y no tardé en caer dormido. Me despertó, antes de que hubiera transcurrido una hora, un ininterrumpido chirrido de ruedas de carro y un bufido de equinos. Tras haberme levantado y haber dado cautelosamente unos pasos, observé que estaba vivaqueando a pocos metros del camino del que me había hablado el pajarero.

Por la ruta avanzaba una procesión infinita de carros junto a la cual caminaba al paso una hilera de personas silenciosas. Usando el catalejo de bolsillo que siempre llevo conmigo, observé que los cascos de los cuadrúpedos estaban vendados para evitar que hicieran demasiado ruido y que todos los carros estaban llenos a rebosar de sacos de los que habitualmente se suelen utilizar para el transporte de trigo y cereales. El desfile de los carros duró media hora larga, y pude contar más de cien.

En cuanto hubo pasado el último carro, dejé el caballo atado al algarrobo y me puse a seguir de lejos la caravana, procurando no perder de vista la débil lucecita que colgaba del eje del último vehículo. La caminata duró aproximadamente una hora, tras la cual la procesión de carros se detuvo. Abandoné prontamente el camino y anduve en silencio a lo largo de él, ocultándome detrás de algún árbol o bien arrojándome al suelo, al amparo de algún espeso matorral. Así llegué casi a la cabeza de la columna.

El primer carro se había detenido para que lo descargaran un grupo de hombres que allí se encontraban con tal fin: los sacos se transportaban al interior de una especie de almacén de madera, desde el cual, al poco rato, se empezó a oír el típico ruido de las ruedas de molino en movimiento.

¡Un molino oculto a todo el mundo se estaba revelando ante mis atónitos e incrédulos ojos!

¡El espacio vacío que yo había observado en el mapa topográfico hallaba una racional explicación que confirmaba mi sospecha!

Mi ánimo me impulsó de inmediato a levantarme y, con el arma en la mano, dar el alto a los malhechores, que tales eran y tales se tienen que considerar semejantes evasores, pero la razón, nada más recuperarse del aturdimiento en el que la había sumido la susodicha visión, se mostró de otro parecer muy distinto, suplicándome que no me expusiera a ulteriores peligros y no interviniera.

¡Demasiado fácil les hubiera resultado a aquellos malvados vencerme y sumirme en un eterno silencio!

Por prudencia me retiré y, llegado finalmente al algarrobo, monté de nuevo el caballo y, sin perder tiempo, galopé hacia Montelusa. A mi llegada, a última hora de la mañana, solicité audiencia a Su Excelencia el Prefecto Gran Oficial Cesare Giulio Palasotto, el cual generosamente me la concedió. Tras la detallada exposición de los hechos, éste, manifestando su gran asombro y mostrándose duramente contrario a los transgresores de la ley, me facilitó un billete para que lo entregara personalmente al comandante del puesto local de los Reales Carabineros, capitán Alfano Lostracco.

El ya mencionado señor capitán, que inmediatamente me recibió, a pesar de sus sinceros deseos de obedecer las órdenes de Su Excelencia el prefecto, me manifestó la absoluta imposibilidad de enviar al lugar de los hechos un destacamento de carabineros, por cuanto éstos ya se encontraban ocupados en otro sitio. Me sugirió por tanto que me dirigiera al señor jefe superior de policía, *commendatore* Silvano Marcuccio.

Personado en la Real Jefatura de Policía, un centinela me comunicó que el señor jefe superior se encontraba en cama desde hacía unos días a causa de la gripe. Entonces conseguí ser recibido por el subjefe superior *cavaliere* Arnaldo Zichichì, el cual, una vez leído el billete de Su Excelencia el prefecto, consideró inoportuna cualquier otra intervención, pues ello hubiera podido significar una indebida injerencia de la Real Jefatura Superior con respecto al Arma de los Reales Carabineros. ¡De nada sirvieron mis súplicas!

No se me ocurrió nada mejor que regresar al puesto de los Reales Carabineros y pedir nuevamente audiencia al capitán Lostracco.

Imponiéndome el más estricto silencio, éste me comunicó entonces que se encargaría del asunto dentro de un plazo máximo de tres días y quiso que yo le señalara en el mapa topográfico la localización exacta del molino clandestino.

Confío por tanto, Excelentísimo señor delegado, en poder hacerle llegar en muy breve tiempo un nuevo informe con los resultados que me hayan comunicado los Reales Carabineros.

Con el testimonio de mi mayor consideración,

Contable Giovanni Bovara

2

Al Contable
Señor Giovanni Bovara
Inspector jefe de los molinos locales

Montelusa, 10 de septiembre de 1877

Acabo de recibir ahora mismo su no solicitado informe.

De ahora en adelante, deberá usted tener la amabilidad de informarme de todos los pasos que vaya a dar en el desempeño de sus funciones, habida cuenta sobre todo de que usted se siente en la obligación de poner al corriente a otras autoridades de hechos de competencia exclusiva de su superior directo, que, hasta que se demuestre lo contrario, es el abajo firmante delegado de Hacienda.

Comm. Felice La Pergola

3

Al Contable
Señor Giovanni Bovara
Inspector jefe de los molinos locales

Montelusa, 15 de septiembre de 1877

Le adjunto para su conocimiento el billete que me acaba de enviar el capitán de los Reales Carabineros señor Alfano Lostracco y el informe que le hizo llegar el sargento primero de los Reales Carabineros Giacomo Purpura.

Considero superfluo por el momento cualquier otro comentario.

EL DELEGADO DE HACIENDA
Comm. Felice La Pergola

Número de anexos: 2

Anexo I

PUESTO DE LOS REALES CARABINEROS DE MONTELUSA EL
COMANDANTE

Al Excelentísimo
Comm. Felice La Pergola
Delegado de Hacienda
Montelusa

Montelusa, 15 de septiembre de 1877

Ilustrísimo commendatore:

Le adjunto copia del informe que acaba de enviarme mi subalterno, confieso que no sin cierto titubeo.

El día 10 del corriente compareció ante mi presencia a última hora de la mañana su subordinado el contable Giovanni Bovara, que, en la delegación de Hacienda, ocupa el cargo de inspector jefe.

Provisto de las correspondientes recomendaciones de S. E. el prefecto y con un comportamiento un tanto alterado que yo en aquel momento atribuí al cansancio y a un comprensible estado de nerviosismo, me comunicó que había descubierto un gran molino clandestino ubicado en la finca Terrarossa, y exigió una inmediata intervención del cuerpo. Yo entonces le signifiqué la imposibilidad de atender su urgente petición puesto que mis soldados estaban ocupados en otro lugar, por lo cual lo invité a acudir a presentar su denuncia a la Real Jefatura Superior de Policía. Poco después volvió a presentarse, señalándome que el subjefe superior se había negado formalmente a intervenir con pretextos que yo debo considerar no sólo confusos sino también infundados.

Acuciado por la insistencia de Bovara y movido por el decidido propósito de cumplir las órdenes de S. E. el prefecto, me hice señalar en el mapa topográfico la localización exacta del presunto molino, asegurándole mi voluntad de encargarme del asunto en cuanto me resultara posible.

A consecuencia, entre otras cosas, de las violentas tormentas que desde hace días se abaten sobre nuestra provincia haciendo imposible cualquier desplazamiento, sólo anteayer pude disponer la puesta en práctica de la operación que se me había solicitado.

El informe de mi subalterno, que le ruego lea con atención, plantea un inquietante interrogante acerca del equilibrio de su subordinado el contable

Giovanni Bovara.

Como es natural, tendré que comunicar los resultados a S. E. el prefecto.
Reciba mi militar saludo.

EL COMANDANTE DEL PUESTO DE LOS RR.CC.
de Montelusa
Cap. Alfano Lostracco

Anexo 2

*Al Señor
Capitán Alfanio Lostracco
Comandante del Puesto
de los RR.CC.
Montelusa*

Montelusa, 15 de septiembre de 1877

ASUNTO: Informe del sargento primero de los RR.CC. Giacomo Purpura

¡Señor capitán!

Tras haber recibido su orden, el abajo firmante, sargento primero Giacomo Purpura, con la ayuda del sargento Mariano Ballonetto, calculó de inmediato la distancia entre Montelusa y el lugar señalado en el mapa topográfico en que habría tenido que encontrarse el susodicho molino anónimo.

Teniendo en cuenta también los terrenos embarrados a causa de los diluvios de estos días, que dificultarían sin duda la marcha de nuestros caballos, decidimos ponernos en camino de noche con el pelotón.

Al llegar pasado el mediodía a la vista del pueblo de Zammùt, en lugar de seguir hasta la encrucijada de Roccella decidimos dirigirnos al pueblo con el propósito de comer un rancho rápido en la taberna de un tal Filippo Sarcuto, sita en la Via Nino Biscio (se adjunta cuenta). Desde allí regresamos a la encrucijada, seguimos el sendero indicado en el mapa y, a continuación, desde la finca Funnacazzu, pasamos a la finca Terrarossa, donde localizamos e identificamos sin la menor sombra de duda el susodicho algarrobo, desde donde, en apenas cien pasos, se llega al indicado camino de carros, el cual, sin embargo, en determinado momento describe un recorrido distinto del que a usted le señaló el citado inspector jefe. En efecto, el camino, justo en el lugar donde se hubiera tenido que encontrar el molino anónimo, describe una curva y sigue adelante por su cuenta.

El lugar donde hubiera tenido que encontrarse el mencionado molino anónimo se halla ocupado por un pedazo de tierra que dos campesinos estaban arando para la siembra de la temporada.

En respuesta a nuestras preguntas, ambos nos contestaron que el pedazo de tierra les fue concedido hace más de dos años a partes iguales gracias a la generosidad del propietario de la finca y que jamás habían visto ni en aquel lugar ni en los parajes circundantes un cobertizo o molino como el descrito

por el inspector Bovara. Una vez examinado por mis soldados el mencionado territorio, no se encontraron en el lugar ni ruedas de molino ni cualquier otra instalación de molienda.

Para más seguridad, nosotros mismos recorrimos a caballo los parajes circundantes sin observar siquiera la presencia de una sola construcción ni de madera ni de mampostería.

En determinado momento de nuestra labor de reconocimiento pasó un guardia privado de la finca, el cual, tras habernos saludado, nos preguntó qué estábamos buscando, poniéndose a nuestra entera disposición, pues aquel paraje se encontraba bajo su vigilancia. Una vez averiguado el objeto de nuestra búsqueda, el hombre se echó a reír, señalando que los molinos más próximos se encontraban uno en Zammùt y el otro en Caltabellotta.

A nuestra pregunta respondió que el propietario de la finca Terrarossa (antiguamente propiedad del marqués de Borsellino) y el propietario de la finca Funnacazzu (antiguamente en posesión de la familia de los barones de Baucina) es desde hace cinco años el señor Nicola Afflitto (don Cocò), domiciliado en Montelusa.

Con el testimonio de mi mayor consideración,

EL SARGENTO PRIMERO DE LOS RR.CC.
Giacomo Purpura

URGENTE

entrega en mano

*Al Excelentísimo
Delegado de Hacienda
Montelusa*

Montelusa, 17 de septiembre de 1877

Excelentísimo señor delegado:

Puesto que desde hace una semana no me ha sido posible despachar con usted, habiéndome informado el ujier, cada vez que lo he solicitado, de que usted estaba especialmente ocupado, deseo comunicarle que mucho agradecería su presencia en la reunión por mí convocada con los subinspectores para mañana, 18 de septiembre.

De no mediar su opinión en contrario, aprovecho la ocasión para comunicarle que tales reuniones tendrán una periodicidad quincenal, dada la gravedad de la situación que he descubierto en este despacho.

Día a día se intensifica mi convencimiento de que este despacho ha sido el centro de actividades ilícitas que han desembocado incluso en dos homicidios cuyos ejecutores e instigadores siguen hasta la fecha sin haber sido identificados.

Usted ha tenido oportunidad en tiempos muy recientes de encarecerme el cumplimiento de una norma por encima de cualquier otra: es decir, la de informarlo de antemano de todos mis pasos.

Mi petición de su presencia en la reunión de mañana obedece precisamente a sus deseos.

En cuanto a la hipótesis que se deduce del billete adjunto del comandante del puesto de los Reales Carabineros, capitán Alfano Lostracco, acerca del precario estado de mi salud mental en el sentido de que aquella noche yo hubiera podido sufrir una confusión, le ruego considere una cosa.

La inspección de los RR.CC. en la finca Terrarossa tuvo efectivamente lugar, pero con muchos días de retraso con respecto a mi denuncia, ya fuera porque el cuerpo no estaba en disposición de llevarla a cabo, ya fuera por las adversas condiciones atmosféricas. Pues bien, ¿por qué no aceptar la suposición sumamente razonable de que los delincuentes dispusieran de un amplio lapso de tiempo para desmontar el almacén de madera que se utilizaba como molino y borrar las huellas con el arado? Se trata de una amarga burla,

no ya contra mí, que soy muy poca cosa, sino contra el Estado al que nosotros representamos.

Ahora la pregunta que cabe formularse a consecuencia de ello es la siguiente: ¿quién avisó con tiempo a los delincuentes?

Ésta es la inquietante pregunta que cabe plantearse espontáneamente en caso de que los hechos se hayan desarrollado en la forma arriba apuntada.

No hay más que una respuesta: alguien habrá leído, a su espalda, el informe que yo le envié con fecha del 10 del corriente y habrá advertido a quien corresponda.

Con mi mayor consideración,

Cont. Giovanni Bovara

*Al Contable
Giovanni Bovara
Local*

Montelusa, 17 de septiembre de 1877

No contento con el impropio daño causado a esta delegación, no satisfecho todavía con haberla hecho caer en el ridículo mediante visionarias y crecientes mentiras (¡ahora ya hemos llegado a una fragua de delitos!) ante todas las autoridades de la provincia, usted se atreve a seguir desvariando y ahora me atribuye la responsabilidad de una negligencia, por la cual los fantasmales delincuentes habrían llegado al conocimiento de la intervención de los RR.CC. en la finca Terrarossa.

¡Usted, cual sierpe venenosa, inculca con risibles fantasías la sospecha de que alguno de mis subordinados haya podido faltar al deber de la discreción al que todo funcionario público está severamente obligado!

Rechazo con rotundo desprecio sus miserables insinuaciones, de las cuales será llamado oportunamente a rendir cuentas.

No podré estar presente en la reunión convocada por usted con sus subinspectores para mañana.

EL DELEGADO DE HACIENDA
Comm. Felice La Pergola

(entrega en mano)

Al Excelentísimo
Delegado de Hacienda
Montelusa

Montelusa, 18 de septiembre de 1877

ASUNTO: Informe del inspector jefe de los molinos Giovanni Bovara

Habida cuenta de que mi invitación a asistir a la reunión por mí convocada para esta mañana no ha sido aceptada por usted, me apresuro a comunicarle lo siguiente:

1. A consecuencia del hallazgo absolutamente casual de un documento importante en el despacho de mi difunto predecesor Benticò, llegué a la amarga conclusión de haber descubierto un grave fraude consistente en una rotación previamente acordada de las multas que deberían pagar los molinos en plazos fijos a consecuencia de un *pactum sceleris* entre los subinspectores y los propietarios de los molinos. Dicho sistema, heredado tal vez por Benticò de su predecesor Tuttobene, eximía a los molinos de las inspecciones y daba lugar a unas sustanciosas ganancias que Benticò se repartía con sus socios los subinspectores. El cálculo aproximado que yo mismo he efectuado estos días eleva la evasión del impuesto a niveles inauditos.
2. Gracias a dicho hallazgo y mediante un cuidadoso estudio conseguí averiguar la periodicidad de las fingidas multas notificadas. Con lo cual estuve en condiciones de prever con anterioridad a la fecha de la reunión los nombres de los subinspectores que declararían haber descubierto infracciones, la gravedad de dichas infracciones y el nombre y la ubicación de los molinos en los que se habrían producido las mencionadas infracciones. A continuación, me escribí a mí mismo una carta para que el sello postal diera fe, en la que detallaba mis suposiciones. Me permito adjuntarle copia de la carta, cuyo original me he encargado de depositar en lugar seguro.
3. Una vez escuchados los informes de los subinspectores, todos ellos perfectamente coincidentes con mis suposiciones, rasgué en su presencia el sobre y di lectura a su contenido, tras lo cual los mandé retirarse. Al

salir, algunos de ellos profirieron confusas amenazas.

Tengo el firme propósito de seguir adelante con esta investigación que, a mi juicio, podría sacar a la luz una temible asociación para delinquir.

Es por otra parte imposible, y de ello estoy absolutamente seguro, que los subinspectores a cuyas jurisdicciones pertenecían los pueblos de Zammùt y Caltabellotta no estuvieran al corriente de las actividades clandestinas que tenían lugar en el volatilizado molino de Terrarossa.

Solicito, por tanto, el despido inmediato de todos los subinspectores sin excepción a la espera de una denuncia penal ante los órganos competentes.

Para su sustitución acudiré directamente al puesto de los RR.CC. de Montelusa, para pedir que tengan la amabilidad de indicarme nombres de personas de intachable conducta. Como usted comprenderá, en la actual situación no tengo la menor intención de recurrir, según la costumbre, al abogado Fasùlo para que éste me facilite una lista de las personas que contratar.

Con el debido respeto,

Cont. Giovanni Bovara

(entrega en mano)

*Al Inspector Jefe
Cont. Giovanni Bovara
Delegación*

Montelusa, 19 de septiembre de 1877

Distinguido contable:

Lamento en grado sumo verme en la necesidad de tener que comunicarle que nuestro delegado, el *commendatore* Felice La Pergola, experimentó anoche un fuerte y repentino malestar, por cuyo motivo su médico de cabecera dispuso su inmediato ingreso en un hospital de Palermo.

Por consiguiente, su solicitud de despido de los subinspectores no podrá ser contrafirmada por el delegado para que surta el debido efecto.

Habrá que esperar a que se produzca su próxima reincorporación a su despacho o, desgraciada hipótesis, a que se nombre a un regente o a alguien que ejerza provisionalmente sus funciones.

En la certeza de que querrá usted unirse a las plegarias por el restablecimiento de nuestro amado delegado, aprovecho para saludarlo.

El secretario particular del delegado,
Augusto Borzacchini

CURIA EPISCOPAL DE MONTELUSA

*Al Ilmo. Cont.
Giovanni Bovara
Inspector jefe de los molinos
Real Delegación de Hacienda
Montelusa*

Montelusa, 21 de septiembre de 1877

Ilustre contable:

Su Eminencia el obispo de Montelusa, Aristide La Volpe, del cual yo, Eustachio Parlato, soy indigno siervo amén de secretario, no duda por mi mediación en apelar, no a su *christiana charitas*, desconociendo sus sentimientos religiosos, sino a su *humana pietas* para suplicarle tenga a bien reconsiderar generosamente la amenaza de despido que pesa sobre sus subordinados los subinspectores de los molinos.

No cabe duda de que éstos han cometido un error y merecen un inequívoco y justo castigo, pero arrojar al arroyo a diez padres de familia constituye, a juicio de Su Eminencia Revma., un peligroso exceso que hundiría en la miseria a unas personas que ya se encuentran al borde de ella.

Entre sus diez subinspectores se cuenta uno que es queridísimo y dilecto sobrino de Su Eminencia Revma. cuyo nombre, sin embargo, Su Eminencia Revma. me ha prohibido rigurosamente revelar, pues considera a los diez que han incurrido en su justa ira hijos suyos amadísimos sin preferencia alguna.

Su Eminencia Revma., en la certeza de que sabrá usted acoger su paternal sugerencia, le propone que, en lugar del despido con que se les amenaza, tenga a bien tomar en consideración la posibilidad de un traslado de zona, de tal forma que cada subinspector se vea obligado a desarrollar sus funciones en un territorio que le sea completamente desconocido, donde no esté por ello sujeto a presiones, amenazas o conminaciones.

Cierto que ello supondrá cambios de domicilio y traslado de familias enteras, con grave perjuicio económico. Pero ¡por desgracia, todos ellos han fallado!

Su Eminencia Revma. confía en que dicho traslado les sirva de advertencia, de tal forma que jamás vuelvan a degradarse, desviándose del luminoso camino de la justicia y la honradez.

Acogiendo la meditada y cuidadosa propuesta de Su Eminencia Revma., usted demostrará *coram populo* no haber olvidado aquel *Et rege eos et extolle*

illos que es prenda del buen gobierno de los hombres.

Dígnese recibir la paternal bendición de Su Eminencia Revma. Aristide La Volpe, obispo de Montelusa.

El secretario particular de Su Eminencia Revma.
el obispo, Mons. Eustachio Parlato

ABOGADO PROF. CAV. GREGORIO FASÙLO

Via della Libertà, n.º 8 - Montelusa

*Al Contable
Giovanni Bovara
Real Delegación de Hacienda
Montelusa*

Montelusa, 21 de septiembre de 1877

Contable:

Han llegado hasta mis oídos unos rumores, según los cuales usted ha manifestado su intención de despedir a los subinspectores que se encuentran a sus órdenes, acusándolos vagamente de unos delitos que van desde el fraude hasta la asociación para delinquir.

Por si usted no lo supiera, los nombres fueron amablemente facilitados por mí *gratis et amore Deo* a la delegación, que los había solicitado.

Indirectamente, por lo tanto, usted me acusa de haber proporcionado de forma deliberada a la delegación una pandilla de malhechores, una acusación concretamente confirmada por el hecho de que usted ha decidido, al parecer, no volver a recurrir a mis servicios para la contratación del nuevo personal, sino solicitar la colaboración de los Reales Carabineros.

Quiero advertirle que, en caso de que dichos rumores se confirmaran, tengo intención de hacer uso de las vías legales apropiadas para la defensa de mi honor.

Ab. cav. Gregorio Fasùlo

DOCT. PROF. CAV. HON. GERARDO CASUCCIO
Diputado del Parlamento

Montelusa

*Al Ilmo. Cont.
Giovanni Bovara
Inspector jefe de los molinos
Real Delegación de Hacienda
Montelusa*

Montelusa, 23 de septiembre de 1877

Ilustre y estimadísimo contable:

Justo ayer regresé de una larga estancia en Roma para el cumplimiento de mis deberes parlamentarios (entre otras cosas, he tenido ocasión de conocer a S. E. el ministro de Hacienda, que, con extremada sensibilidad, se ha mostrado especialmente atento a las informaciones que yo he tenido ocasión de facilitarle acerca de los problemas de nuestra provincia).

He tenido inmediato conocimiento de la enojosa situación que se ha creado entre usted y sus subinspectores.

De la misma manera que todo buen pastor de almas se preocupa por la salud de sus ovejitas, un buen representante ante el Parlamento tiene que cuidar de las situaciones terrenales de todos aquellos que, mediante sus votos y la consiguiente elección, han arrojado de hecho sobre sus hombros una onerosa carga de deberes, quejas, peticiones, apoyos y recomendaciones.

Le diré sin ambages que mucho me duele la intención por usted manifestada de despedir a los subinspectores que de usted dependen. Éstos, electores míos, me han informado inmediatamente de ello, no con rabia o propósitos de venganza, sino con el espíritu afligido por el error que les indujeron a cometer.

En efecto, distinguido contable, ¡ésta es la situación!

¡Arrepentidos, los subinspectores me han revelado que, en contra de su voluntad y con profunda repugnancia, tuvieron que inclinar la cabeza ante las órdenes de los siniestros Tuttobene y Bencicò, únicos inventores y beneficiarios del indigno negocio!

Por mi mediación le suplican perdón: el error se cometió por temor al despido con que los amenazaron primero Tuttobene y después Bencicò en caso de que ellos se negaran a participar en sus turbios manejos.

¡Si usted no desistiera de su propósito, los pobrecillos caerían de la sartén

a las brasas!

Quiero proponerle por la presente que, como severa advertencia, cada uno de ellos abandone la zona que hasta ahora tenía asignada y sea trasladado a una nueva zona: la rotación permitiría que todos los subinspectores se librasen de las anteriores trampas. Apelando a su sensatez, le ruego reciba mi más cordial saludo.

Doct. Prof. Cav. Hon. Gerardo Casuccio
Diputado del Parlamento

Posdata: la solución que yo propongo aplacaría, entre otras cosas, las iras de mi fraternal amigo el abogado Fasùlo. Por consiguiente, si usted aceptara la tesis y la propuesta, éste no habría facilitado deliberadamente los nombres de unas personas corruptas, sino de unas personas obligadas a practicar la corrupción en el ámbito de sus actividades laborales.

La Concordia

Semnario montelusano

Director propietario:
Salvatore Afflitto

23 de septiembre de 1877

¿QUÉ OCURRE EN LA DELEGACIÓN DE HACIENDA?

Un pajarillo que revoloteaba de tejado en tejado se posó ayer en el nuestro, trayéndonos unas nuevas que podrían ser harto divertidas si no fueran trágicas. Parece ser que el nuevo inspector jefe de los molinos, un tal Giovanni Bovara, llovido aquí desde Reggio Emilia para causar daño, tiene por costumbre vagar de noche por los campos provisto de un catalejo y de por lo menos dos litros de vino del bueno. De tal manera que muy a menudo le ocurre, mirando de reojo a través del catalejo, confundir las luciérnagas con linternas o la sosa con la potasa, si ustedes prefieren. Habiendo sido objeto de justificadas burlas, se ha propuesto vengarse de sus subordinados, haciendo alarde de sus proezas. Desde aquí preguntamos al apreciado delegado de Hacienda, *commendator* Felice La Pergola (al cual enviamos nuestros deseos de una pronta recuperación), qué opina él de su inspector. ¿Ignora el apreciado delegado que en el Ministerio de Hacienda de Roma existe el correspondiente departamento de disciplina? ¿No cree llegada la hora de poner a dicho departamento al corriente de las alegres andanzas del inspector jefe Bovara?

(S. Af.)

ABOGADO FRANCESCO PAOLO LOSURDO

Via Indipendenza, n.º 33 - Montelusa

*Al distinguido Cont.
Giovanni Bovara
Real Delegación de Hacienda
Montelusa*

Montelusa, 25 de septiembre de 1877

Distinguido contable:

Esta mañana he recibido su larga misiva y le agradezco la confianza que en mí ha depositado.

El articulo del semanario *La Concordia* firmado por S. Af. (es decir, Salvatore Afflitto, propietario director) hace, en efecto, unas ofensivas e indignantes insinuaciones; sin embargo, legalmente no se puede calificar de difamatorio.

Está basado, a juzgar por lo que usted me escribe, en un informe de los Reales Carabineros en el que se certifica la inexistencia de lo que usted había denunciado.

Por desgracia, este informe, negativo para usted, sienta cátedra. Por lo menos hasta que se demuestre lo contrario.

Podríamos actuar contra Afflitto sólo por haber asumido un estado de alteración alcohólica en el momento del descubrimiento del molino clandestino, pero sería muy poca cosa. Si usted pudiera demostrar que es totalmente abstemio, podría haber alguna esperanza, muy leve por cierto; en caso contrario, soy partidario de no emprender ninguna acción legal.

Sí, a su pregunta tengo que responder lo siguiente: el señor Salvatore Afflitto es hermano (menor) de don Nicola Afflitto. Quedo en todo momento a su disposición y, entre tanto, reciba mis mejores saludos.

Ab. Francesco Paolo Losurdo

*Al Exmo. Cav. Oficial
Ottavio Rebaudengo
Fiscal de la Corona
Montelusa*

Montelusa, 25 de septiembre de 1877

Excelentísimo señor fiscal:

El abajo firmante, Giovanni Bovara, actual inspector jefe de los molinos de la delegación de Hacienda local, se permite adjuntar a la presente:

1. Copia de la carta escrita por mí y enviada a mí mismo con fecha del 3 de septiembre de 1877.
2. Copia de mi informe al delegado con fecha del 10 de septiembre de 1877.
3. Copia de la carta enviada con fecha del 15 de septiembre de 1877 por el capitán de los RR.CC. al delegado.
4. Copia del informe del sargento primero de los RR.CC. Giacomo Purpura enviado al capitán Lostracco con fecha del 15 de septiembre de 1877.
5. Copia de la carta enviada por mí al delegado con fecha del 17 de septiembre de 1877.
6. Copia del informe enviado por mí al delegado con fecha del 18 de septiembre de 1877.
7. Copias de los informes a mí entregados y firmados por los subinspectores con fecha del 18 de septiembre y que confirman punto por punto lo que yo me había escrito a mí mismo con fecha del 3 de septiembre de 1877.
8. Copia de la carta de la Curia Episcopal fechada el 21 de septiembre de 1877.
9. Copia de la carta enviada a mi persona por el abogado Gregorio Fasùlo con fecha del 21 de septiembre de 1877.
10. Copia de la carta enviada a mi persona por el Hon. Gerardo Casuccio con fecha del 23 de septiembre de 1877.
11. Recorte del semanario *La Concordia* con fecha del 23 de septiembre de 1877.

Extraiga usted, si así lo desea, las debidas consecuencias.

Pongo finalmente en conocimiento de V. S. Ilma. que, según las

investigaciones llevadas a cabo por mí en las correspondientes oficinas, todos los propietarios de la totalidad de los ochenta y dos (82) molinos activos en esta provincia tienen su sede social común en Montelusa, Via Re Ruggero, n.º 18. Se trata de una sola estancia de la planta baja que resulta ser propiedad del señor Nicola Afflitto.

Además, los ochenta y dos molinos están legalmente representados por un solo abogado: el señor Gregorio Fasùlo, el mismo que facilitaba a la delegación de Hacienda los nombres para la contratación temporal de los subinspectores.

Quedo a su disposición para cualquier ulterior aclaración.

Reciba el testimonio de mi mayor consideración,

Cont. Giovanni Bovara

REAL FISCALÍA DE MONTELUSA EL FISCAL DE LA CORONA

URGENTE

*Al Señor
Capitán Gustavo Francescon
Cuerpo de la Real Policía Fiscal*

Montelusa, 27 de septiembre de 1877

Comandante:

Ruego por la presente el envío, tras una exhaustiva investigación, de un detallado informe sobre el volumen patrimonial de los señores Nicola Afflitto y abogado Gregorio Fasùlo, ambos residentes en Montelusa, donde ejercen sus actividades.

Además, debería usted enviar a esta Fiscalía las actas constitutivas de las sociedades abajo indicadas con la correspondiente lista de los nombres de los socios, de los nombres de los integrantes de los posibles consejos de administración y de los nombres de todos aquellos que ocupen algún cargo en los citados consejos bajo cualquier concepto:

1. Sociedad La Concordia para la gestión del homónimo semanario.
2. Sociedad Molini Novi.
3. Sociedad Il Buon Seminatore para la administración de las fincas Terrarossa y Funnacazzu.

Sepa usted que todas estas sociedades y todas las que administran los molinos de la provincia tienen su sede social en Via Re Ruggero, n.º 18, en un solo local situado en la planta baja de un inmueble propiedad del señor Nicola Afflitto, que en él tiene su domicilio. En cambio, la sede legal de todas las sociedades arriba citadas es el despacho del abogado Gregorio Fasùlo.

Entre tanto, se encargará usted de ordenar una inspección de los registros contables.

Con todo mi aprecio,

EL FISCAL DE LA CORONA
Ottavio Rebaudengo

DOCT. PROF. CAV. HON. GERARDO CASUCCIO
Diputado del Parlamento

Montelusa

Al Ilmo. Gran Oficial
Eframio Focosi
Jefe del Departamento de Disciplina
Ministerio de Hacienda
Roma

Montelusa, 29 de septiembre de 1877

Ilustrísimo señor Focosi:

Por la presente quiero comunicarle lealmente mi intención de entregarle una interpelación parlamentaria a su ministro a propósito de la culpable desidia del delegado de Hacienda de Montelusa *comm.* Felice La Pergola y del departamento que usted dirige, por su pasividad ante las no sólo ofensivas sino también devastadoras fantasías del inspector jefe de los molinos de Montelusa y provincia, un tal contable Giovanni Bovara, el cual, con un infundado afán persecutorio, se ensaña con una eminente personalidad de nuestra ciudad, el señor Nicola Afflitto, calificado recientemente por S. E. Revma. el obispo de Montelusa como «un hombre piadoso y generoso, honor y orgullo de este país».

Por otra parte, en todos los bandos políticos, exceptuando algún que otro intrigante, es unánime el consenso en torno al señor Afflitto, tanto por sus cualidades personales como por sus numerosas iniciativas, siempre encaminadas al desarrollo civil de nuestro país.

El desconsiderado ensañamiento demostrado por Bovara sólo tiene una posible explicación: la obnubilación mental que no le permite el sereno y equilibrado desempeño de sus funciones.

Pero, entre tanto, esta insensata persecución ya ha dado lugar a un primer efecto negativo. La aguda sensibilidad del señor Afflitto ha resultado tan seriamente dañada que, al parecer, el señor Afflitto ha manifestado al círculo más íntimo de sus allegados (al cual me honro en pertenecer) su intención de poner término a sus actividades, liquidando todas las sociedades actualmente en funcionamiento.

Dicha intención, si desgraciadamente se cumpliera, significaría un gravísimo perjuicio, un auténtico desastre económico, por cuanto el señor Nicola Afflitto, con sus múltiples actividades, que van desde la construcción

al ejercicio de la pesca, desde la agricultura a la publicación del semanario ciudadano, ofrece la posibilidad de un trabajo seguro a centenares de cabezas de familia.

En la certeza de que sabrá comprender el problema que acabo de exponerle, le ruego acepte mis mejores saludos.

El Diputado del Parlamento
Doct. Prof. Cav. Hon. Gerardo Casuccio

DOCT. PROF. CAV. HON. GERARDO CASUCCIO
Diputado del Parlamento

Montelusa

URGENTE Y PERSONAL

*Al Exmo. Gran Oficial
Salvatore Bonafede
Jefe del Gabinete
de S. E. el Ministro
de Gracia y Justicia
Roma*

Montelusa, 29 de septiembre de 1877

Mi querido y amadísimo Totò:

Deseo darte a conocer una situación muy grave que se ha creado en Montelusa por culpa de nuestro fiscal de la Corona, Ottavio Rebaudengo, el cual, a pesar de ser piamontés, se comporta peor que un siciliano. Es de Cuneo, donde, según me han dicho, tienen la cabeza más dura que los calabreses. Te escribo esto porque justo ayer, habiéndole solicitado el amigo Fasùlo una entrevista para tratar de hacerlo entrar en razón, sólo consiguió que le cerrara la puerta en las narices. Este fiscal Rebaudengo, dando desconsideradamente crédito a los delirios (demostrados por los RR.CC.) de un inspector de los molinos de la delegación de Hacienda local, ha desencadenado la persecución de la Policía Fiscal contra nuestro queridísimo amigo Cocò Afflitto.

Tú sabes muy bien el papel que desempeñó Cocò en mi entrada en la contienda política: que yo pudiese entrar en liza se lo debo concretamente a la generosidad de Cocò. Y que tú ocupes el puesto que ocupas me lo debes en buena parte a mí, a mi apoyo. Es como una cadena de san Antonio, cuya interrupción suele resultar tan peligrosa.

Fasùlo está muy preocupado por los acontecimientos que podrían derivarse de esta situación. Juntos Rebaudengo y Bovara (así se llama el inspector de los molinos) amenazan con causar más daño que una ballena en una almadraba.

Para nosotros (y también indirectamente para ti) es de vital importancia pararle los pies a ese Rebaudengo y colocarlo en una situación tal que no pueda seguir adelante.

Deberías ponerte en contacto con el ministro. Yo lo conozco y me parece una persona con la cual se puede hablar.

Dentro de dos días estaré en Roma y te contaré los hechos con todos sus detalles. Si te los adelanto por escrito es porque no hay ni un solo minuto que perder.

Te hago saber que el propio Cocò se ha acordado de ti, sugiriéndome tu nombre para que, con una decisiva intervención, nos quitemos de los cojones a ese fiscal, quizá mediante su traslado a algún pueblo del Piamonte, donde el aire natal será beneficioso sin duda para su salud y su cabeza. Hasta pronto, Totò.

Te abraza y te besa tu

Gegè

*Al Ilmo.
Don Emanuele Moro
Via della Libertà, n.º 15
Montelusa*

Palermo, 29 de septiembre de 1877

Queridísimo don Memè:

Acabo de enterarme, con carácter totalmente oficioso y reservado, de que el laudo solicitado por nosotros sobre la legitimación de la propiedad de la finca Pircoco nos será desfavorable.

Por consiguiente, y siempre según esa voz oficiosa, la finca Pircoco será legalmente adjudicada a la parte contraria, es decir, al padre Carnazza.

Ahora bien, puesto que unos asuntos relacionados con mi profesión me van a retener unos cuantos días en Palermo, le suplico, en caso de que el fallo del laudo tuviera lugar en mi ausencia, que no manifieste ninguna opinión acerca de la sentencia y tanto menos se abandone a actos o palabras contrarios a lo establecido en el laudo y, especialmente, a su primo, el padre Carnazza.

Todas sus palabras, todos sus gestos podrían actuar en detrimento de cualquier ulterior acción legal que yo pudiera emprender.

Lo que le escribo es en su personal interés, tenga la bondad de comprenderlo.

En cuanto regrese a Montelusa dentro de unos días pondré especial empeño en reunirme con usted para estudiar qué pasos emprender.

Entre tanto quedo de usted affmo.

Abogado Francesco Paolo Losurdo

REAL FISCALÍA DE MONTELUSA EL FISCAL DE LA CORONA

URGENTE

*Al Señor Capitán Gustavo Francescon
Cuerpo de la Real Policía Fiscal
Montelusa*

Montelusa, 30 de septiembre de 1877

Comandante:

Tenga la amabilidad de añadir a la lista de las sociedades del señor Nicola Afflitto estas otras dos:

1. Sociedad La Pesca Miracolosa (que incluye, al parecer, una veintena de barcos de vela de Vigàta).
2. Sociedad La Grotta di Nazaret (adjudicataria de numerosas obras públicas).

He sido informado, además, de que el señor Afflitto cuenta con una importante participación accionarial en los diarios *La Voz de la Isla* y *La Gaceta de Palermo*.

¿Sería tan amable de comprobarlo?

Con mi mayor aprecio,

EL FISCAL DE LA CORONA
Ottavio Rebaudengo

Al señor Bovara

Querido primo:

Esta mañana, cuando viniste al salón para afeitarte, me dijiste que deseabas que te invitara a cenar cualquier noche para hablar conmigo. Querido primo, con disgusto te digo que, al volver a casa, he encontrado a mis hijos uno con la escarlatina y el otro con el sarampión y, por si fuera poco, a mi mujer le ha dado un ataque de malaria.

Por eso he decidido cerrar durante algún tiempo el salón e irme con toda la familia al campo a casa de un pariente de mi mujer y por eso no podré tener el placer de invitarte.

Te abraza tu afectísimo primo,

Fefè

PUESTO DE LOS REALES CARABINEROS DE MONTELUSA EL
COMANDANTE

*Al Exmo. Caballero. Com.
Ottavio Rebaudengo
Fiscal de la Corona
Montelusa*

Montelusa, 1 de octubre de 1877

Excelentísimo señor fiscal de la Corona:

Dada la delicadeza de la misión asignada por V. S. Ilma. a este mando de los RR.CC. de Montelusa, he querido llevar a cabo personalmente la investigación, entre otras cosas porque la denuncia de un presunto molino clandestino en la finca Terrarossa (propiedad, junto con la colindante finca Funnacazzu, del señor Nicola Afflitto según pudimos comprobar en el Registro Agrario local) había sido recibida y archivada por mí sobre la base de los datos contenidos en el informe que me fue remitido por el sargento primero de los RR.CC. enviado expresamente por mí al lugar.

Al regresar al paraje indicado por el contable Bovara con la ayuda y la guía del propio sargento primero Purpura, que ya había estado allí, comprobé efectivamente una notable discrepancia entre el trazado del camino descrito por el contable Bovara y el realmente existente. De hecho, el sendero no termina allí sino que, tras describir una curva, sigue adelante unos cuantos centenares de metros más hasta llegar al pie de una pedregosa colina donde queda bruscamente interrumpido. La explanada donde hubiera tenido que encontrarse el molino existe, pero se trata de un campo de cultivo.

Hasta aquí, todo coincidía con los datos del informe del sargento primero Purpura.

Y, sin embargo, un estudio más detallado del aspecto del lugar permitió observar unas notables incongruencias. La primera de ellas era que el campo había sido arado aproximadamente en dos tercios; la tercera parte, del todo idéntica por su configuración a las otras dos, ¿por qué motivo no había sido rozada por el arado? Tanto más teniendo en cuenta que habría precisado de una vigorosa arada, siendo así que la superficie presentaba un aspecto perfectamente liso y compacto, como si encima de ella se hubiera apoyado un peso excesivo durante mucho tiempo. En efecto, no se observa en ella el menor rastro de hierba. La explicación de la interrupción de la arada sólo podía ser una: ya no era necesaria, pues su propósito no era la labor agraria,

sino la modificación del aspecto del terreno. Cuando ello ya no se consideró necesario (es decir, tras la visita efectuada por mis soldados), se suspendió.

Otra incongruencia: ¿cómo es posible que, veinte días después de la visita del sargento primero, ambos campesinos aún no hubieran llevado a cabo la tarea de la siembra?

Una última observación: unos cien metros antes de llegar a la explanada parcialmente arada, el camino de carros se bifurca: si a partir de ahí se sigue el brazo secundario del sendero, éste no lleva a ninguna parte, sólo al pie de la colina pedregosa. ¿Cuál sería su propósito en tal caso? Parecería mucho más lógico que dicho brazo condujera a un lugar determinado, es decir, al desaparecido molino.

Cabe por tanto la posibilidad de que se haya producido, en el lapso de tiempo transcurrido entre la denuncia del contable Bovara y el envío de mis soldados al lugar, un diabólico juego de prestidigitación, haciendo desaparecer la construcción de madera y alterando la topografía.

Quedo a su disposición.

EL COMANDANTE DE LOS RR.CC.
de Montelusa
Cap. Alfano Lostracco

Miércoles, 3 de octubre de 1877

Salió de casa a las tres de la madrugada para llevar a cabo la inspección que se proponía hacer en el molino San Benedetto, por la parte de Cianciàna. Calculó tres horas escasas de caballo y tres horas tardó. Attilio Lagùmina, el que se presentó como propietario, le mostró el registro perfectamente en regla: al parecer se había corrido la voz de que con él *gh'ëa picca da fâ di schersci*, no se podían gastar muchas bromas. Durante el camino de vuelta, ya en el término de Sanfilippo, se puso repentinamente a llover, un aguacero muy fuerte. Después volvió a salir el sol, pero sus ropas se *gh'ëan assammarati*. Estaba claro que no podía presentarse en el despacho con semejante pinta, por lo que, al llegar a la encrucijada entre Montelusa y Vigàta, lo pensó un momento y decidió hacer un *sàto a cà pe cangiâse o vestî*, acercarse a casa un momento para cambiarse. Menos de quinientos metros después, dejó el camino de carros y enfiló un atajo solitario entre el sorgo: era una especie de pedrera de la que se elevaban enormes masas rocosas puntiagudas que parecían montañas en miniatura, como de pesebre gigante.

Stiddruzzu llevaba apenas cinco minutos avanzando con gran dificultad cuando un disparo, tremendamente fuerte y cercano, atronó de pronto el transparente aire. Una decena de serretas asustadas levantó el vuelo graznando. *Stiddruzzu* se encabritó, pegó dos brincos hacia delante, se desvió a la izquierda y se detuvo con las orejas tensamente levantadas. Giovanni saltó del caballo y buscó protección detrás de una roca, sacando el revólver que guardaba en el bolsillo, en la certeza de haber caído en una emboscada. Mantenía la cabeza agachada; antes de mirar a su alrededor quería calibrar la situación. Con cierta amargura, *s'è dîto che fòscia l'ëa vegnùo o sò San Martin*, se dijo que a lo mejor le había llegado su San Martín. Después de Tuttobene y Bendicò, le tocaba el turno a él. A continuación oyó un estruendo de cascos de caballo que se alejaba a toda prisa y entonces comprendió que el disparo había ido dirigido a otro.

Se levantó muy despacio sin soltar el arma. El tiro de revólver se había disparado con toda certeza desde detrás de la roca con forma de tenedor roto que había a la izquierda. Se movió, pero se detuvo casi de inmediato. No lejos de allí, cerca de la roca, había visto una mula enjaezada, aunque sin jinete. *Cös'ò voeiva dî?* ¿Qué quería decir? ¿Una trampa? *Unna ghimmin-a?* ¿El estruendo de los cascos de caballo que se alejaban habría sido una estratagema para que saliera de su escondrijo mientras un segundo hombre permanecía oculto? Se tumbó casi cuerpo a tierra, levantó el brazo y disparó al aire: que supieran que él también iba armado y no estaba dispuesto a *lasciâse ammassâ*, a dejarse matar. *Scilensio*. Entonces, en lugar de acercarse directamente a la roca, empezó a dar un cauteloso rodeo, describiendo un semicírculo. Sacó el catalejo y miró. Había efectivamente una persona, pero no estaba escondida, sino tendida boca arriba en el suelo con los brazos en cruz y una gran mancha de sangre en la parte superior del pecho, justo *sott'a-a göa*, bajo la garganta.

Instintivamente echó a correr hacia el cuerpo, pero se detuvo, petrificado. Jamás había visto a alguien que hubiera recibido un disparo, jamás había visto tanta sangre. Volvió a moverse *squaexi in punta de pê, e zenogge mòlle*, casi de puntillas, con las rodillas temblando. Cuando estuvo más cerca, oyó el estertor o, mejor dicho, una especie de ronco silbido, interrumpido por unos chirriantes gorgoteos. No era una mujer, como en determinado momento le había parecido, sino un cura; había confundido la sotana con una falda.

Se arrodilló junto al herido, se sacó del bolsillo el *mandillo* y trató de taponar con el pañuelo el orificio situado justo por debajo de la nuez. El sombrero del *praeve* había rodado a escasa distancia. Giovanni estaba empapado de sudor, no sabía qué hacer. Lo ayudó el propio cura, abriendo los ojos que antes mantenía cerrados y mirándolo fijamente. Fue entonces cuando Giovanni lo reconoció: era el famoso padre Carnazza que alguien de la delegación le había presentado y del cual tanto le había hablado su primo Fefè.

Sin dejar de mirarlo, el cura trató de articular algo.

—*Spa... ato... spa... iii... ato...*

¿*Spaiato*? ¿Qué significaba? A lo mejor quería decir *sparato*, disparado.

Giovanni pasó una mano por debajo de la cabeza del herido para levantársela un poco. De repente, el cura le agarró la mano derecha, que Giovanni mantenía en suspenso en el aire porque no sabía dónde colocarla, y la atrajo hacia sí, obligándolo a acercar el rostro al suyo. Pero el esfuerzo debió de ser excesivo, pues cerró los ojos, exhausto. Giovanni creyó que había muerto, pero la presa del herido era todavía muy fuerte. El cura abrió los ojos y trató nuevamente de hablar.

—*Mo... ro... mo... ro... cu... scinu... Fu... fu... moro... cuscinu...*

—¿Quiere un *cuscino*, una almohada? —le preguntó Giovanni, perplejo.

—*Ffffff... aaaa... nnnnn... cu... lo* —dijo el cura, soltándole la mano.

Cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado y murió.

¿Cómo era posible que un *praeve*, por muy sinvergüenza que fuera, lo mandara a tomar por culo estando a punto de morir? No, no era posible, cualquiera sabía que le habría querido decir, habría entendido mal.

—¡Padre! ¡Padre! —lo llamó, sacudiéndolo.

El otro no contestó. O no le quedaba *sciòu pe parlâ*, aliento para hablar, o no quería *asgreiâ* palabras con alguien que no entendía un carajo. ¿O acaso había muerto?

Le tomó el pulso, horrorizado. No le latía.

Pero ¿qué estaba haciendo allí todavía? Se levantó, se quitó el manto, cubrió el cuerpo del cura, corrió al caballo, montó y se dirigió al galope a Montelusa.

La víspera, el abogado Gregorio Fasùlo había cumplido la parte que le correspondía en todo aquello que le había ordenado hacer don Cocò. Había acudido personalmente

a la rectoría para decirle al padre Carnazza que don Cocò, sobre todo después del laudo que privaba a don Memè de la propiedad, quería evitar que se produjeran salidas de tono tanto por una parte como por la otra: en resumen, quería que no hubiera resquemores entre él y su primo don Memè. Según don Cocò, era posible llegar a un acuerdo. Para evitar rumores y habladurías en el pueblo, don Cocò había organizado una reunión en el campo, en la casita de Ciccio Peralta junto a la carretera de Vigàta, a las diez de la mañana del día siguiente. Don Cocò moderaría personalmente la reunión entre los dos *cuscini*.

Torciendo la nariz, el cura había aceptado. No sabía que don Cocò no había organizado ningún encuentro pacificador con don Memè: o mejor dicho, el padre Carnazza, en el sendero que conducía a la casita de Peralta, encontraría efectivamente a su primo Memè, el cual, sin embargo, no quería hablar de nada con él, sino simplemente pegarle un tiro y se acabó. De sacarlo de posibles apuros se encargaría don Cocò, se lo había prometido solemnemente.

Cuando Sciaverio Pipitone, encargado de seguir desde lejos todo el asunto del asesinato, se presentó en el despacho del abogado Fasùlo, éste comprendió de inmediato que algo no había salido del todo bien.

—¿Qué ha pasado?

—Don Memè encontró al cura, lo llevó detrás de la roca y le pegó un tiro.

—Pues entonces, ¿ha ido todo bien?

—Sí y no. Cuando don Memè escapaba y yo me estaba acercando para ver si el cura había muerto o no, apareció de pronto el inspector de los molinos, ese que se llama Bovara y que...

—¡Santo Cristo! ¡Lo que faltaba! ¿Y qué hizo el muy cabrón?

—Pensó que estaban tirando contra él. Disparó al aire. Pero se estaba cagando de miedo. Después se acercó al cura. Y el padre Carnazza debió de susurrarle algo.

El abogado Fasùlo palideció.

—¿Estás seguro? ¿Los dos se hablaron?

—A mí me pareció que sí.

—¡Virgen bendita! ¡Es capaz de haberle dicho el nombre! ¡Es capaz de haberle dicho que el que le ha pegado el tiro ha sido don Memè! ¡Y don Cocò le ha asegurado que no le ocurriría nada de nada! ¡Si ese cabrón de Bovara compromete a don Memè, don Cocò perderá todo su prestigio!

—Quizá habría sido mejor que yo lo hubiera matado mientras estaba al lado del cura —comentó en voz baja Pipitone.

—No, Sciavè, hiciste bien en no complicar las cosas. Espérame aquí. Voy un momento a casa de don Cocò y vuelvo enseguida.

Llegó a la comisaría, ató a *Stiddruzzu*, que estaba muerto de cansancio por la carrera, a un poste de madera, entró como una exhalación hasta el extremo de que un

vigilante no consiguió detenerlo y abrió la puerta del despacho del comisario.

—Pero ¿qué coño de modales son éstos? —gritó Spampinato, levantando los ojos de una hoja que estaba leyendo.

Pero no añadió nada más, simplemente contempló el tenso rostro de Bovara, su chaqueta y su camisa manchadas de sangre y sus pantalones endurecidos por el barro.

—Se ha producido un homicidio —dijo Giovanni, respirando afanosamente.

Sin decir oxe ni moxte, el otro reanudó la lectura.

—¿Me ha oído, sí o no? Ha habido...

—Lo he oído, estimado contable. Perdone que me lo tome con calma. ¿Sabe cuántos asesinatos ha habido en lo que va de año en esta sola provincia? Treinta y ocho. Y con ése que usted me dice, son treinta y nueve. Muy bien pues, cuénteme qué es esa historia.

—Esta mañana regresaba a casa para cambiarme de ropa tras haber inspeccionado un molino... Pasada la encrucijada de Vigàta...

—Eso me lo explica después. ¿Ha presenciado los hechos?

—Presenciado exactamente, no. Oí el disparo de un arma de fuego, muy cercano, hasta el punto de que me indujo a pensar que iba dirigido contra mí.

—Ya. O sea, ¿que usted cree que alguien puede pegarle un tiro cualquier día de éstos? —Giovanni se desconcertó, abrió la boca y volvió a cerrarla—. Disculpe, contable. Continúe.

—Eché a correr hacia una roca, desde la cual me había parecido que procedía el disparo. Y entonces descubrí a un moribundo. Pero antes había oído al asesino huir a caballo.

—¿Le vio la cara?

—No, le he dicho que sólo oí...

—¿Por qué dice que era el asesino?

—Porque estaba huyendo del lugar donde... Y, por otro lado, no había nadie más.

—Pues no, mi estimado amigo. Estaba también usted. Pero no huyó. Adelante, ¿qué hizo a continuación?

—Intenté ayudarlo, traté de taponarle la herida con un pañuelo... Después comprendí que todo era inútil y he venido a denunciar los hechos.

—¿Por qué no ha acudido al puesto de sus amigos los carabineros?

—Porque la comisaría estaba más cerca. Y, además, los carabineros...

—¿No habría sido mejor cargar al herido en su caballo e ir en busca de un médico?

—Pensé que no hubiera sobrevivido.

—Usted, naturalmente, no conoce a la víctima del disparo.

—¡Pues claro que la conozco! Es el padre Carnazza.

La expresión del rostro del comisario cambió de golpe. En ese momento parecía un podenco siciliano apuntando hacia la presa.

—¿Consiguió decir algo el cura?

—Sí. Primero dijo algo que sonaba como «disparado». Pero la verdad es que resultaba difícil entenderlo, pues le habían alcanzado justo bajo la garganta. Después pronunció un nombre. Al principio no entendí nada, pero después, mientras corría hacia aquí, lo he comprendido con toda claridad.

—Explíquese mejor —dijo Spampinato, tan tenso que se había medio levantado del sillón.

—Verá, lo primero que me dijo fue *spaiato* o *sparato*, disparado.

—Eso ya lo ha dicho.

—Después me agarró la mano y añadió: «*Moro, fu moro* cuscinu.» Entonces yo pensé que quería una almohada, se lo pregunté y él...

Giovanni interrumpió sus palabras.

—¡Siga adelante, por Dios bendito!

—Y él me mandó a tomar por culo; a lo mejor le atacó los nervios que yo no comprendiera lo que quería decir.

—¿Está seguro? —inquirió el comisario, sorprendido.

—Bueno, seguro, no; eso, no. De todos modos, mientras venía hacia acá, pensando en todo lo que me habían contado acerca de las tensas relaciones entre el cura y su primo Moro, comprendí que me estaba diciendo que el que lo había matado había sido precisamente su primo Moro.

—¿Dónde han ocurrido los hechos? —le preguntó Spampinato sin ocultar su preocupación—. Intente ser lo más claro posible.

Giovanni se lo explicó y después añadió:

—¿Puedo ir a casa a cambiarme?

Spampinato no le contestó.

—¡Mellùso! —llamó, levantando la voz. Apareció un agente—. Ponte a disposición del contable. Cómprale todo lo que quiera, pero bajo ningún concepto tiene que salir de aquí.

Mientras el comisario se estaba acercando a la percha donde tenía la capa y el sombrero, entró precipitadamente su hermano Gnazio.

—El padre Carnazza...

Se quedó paralizado al ver la mirada que le dirigió el comisario. Ambos salieron juntos. Ya en la calle, Gnazio le dijo a su hermano que en el pueblo corría la voz de que el cura había sido víctima de un disparo. Decidieron, sin necesidad de utilizar palabras, que lo primero que había que hacer era informar de lo ocurrido al abogado Fasùlo, el cual se pondría en contacto con quien correspondiera.

—Ah, ¿sí? Han perdido el tiempo —fue la reacción del abogado Fasùlo cuando Spampinato le comunicó la noticia de que el cura había sido víctima de un disparo.

El abogado se había calmado; media hora de conversación con don Cocò, que era un auténtico dios en la tierra, lo había arreglado todo. De momento, tenía que dejar

que las cosas siguieran su curso, limitándose si acaso a guiarlas un poquito.

Y, por consiguiente, supo también cómo reaccionar cuando el comisario le reveló que el padre Carnazza, antes de morir, había tratado de explicarle al contable Bovara que el tiro se lo había pegado su primo don Memè Moro.

—¡Ah, no! ¡Ese señor contable se inventa las cosas! ¡Tiene tendencia a fantasear! ¿Recuerda, señor comisario, cuando se sacó de la manga la historia del molino fantasma y trató de arrastrar por el barro a ese digno caballero que es don Cocò Afflitto? Señor comisario, don Memè Moro no tiene nada que ver con esta historia. ¡Puedo afirmarlo con toda seguridad! He sabido que esta mañana estaba en cama, con cuarenta de fiebre. Me lo ha dicho hace apenas una hora el doctor Landolina, que ha ido a visitarlo al campo. ¿Vamos a poner en duda la palabra de un hombre ejemplar como el doctor Landolina? Don Memè, cuando mataron al cura, no se podía levantar de la cama ni siquiera para ir a mear. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo el comisario—. ¿Y yo qué tengo qué hacer ahora?

—¿Y a mí me lo pregunta? ¡Usted tiene que cumplir con su deber! Coge un coche para dirigirse al escenario de los hechos, rescata al pobre cura, tanto si está vivo como si está muerto, y lo lleva al hospital.

Giovanni estaba rendido, no tenía apetito y, a pesar de que ya era bien pasado el mediodía, había rechazado el pan, el queso y el vaso de vino que le había llevado el agente Mellùso. Sin embargo, notaba la cabeza muy despejada.

Hacia la una regresó Spampinato con el rostro ensombrecido, seguido de una persona a la que Giovanni no conocía.

—Éste es La Mantia, mi subcomisario —dijo Spampinato, presentándolo.

Giovanni se puso en guardia. Era sin la menor duda el mismo La Mantia que había entrado en el despacho de Bendicò con el abogado Fasùlo con la esperanza de encontrar el mapa topográfico de los molinos.

Spampinato se sentó detrás de la mesa y La Mantia acercó una silla y se sentó al lado de Giovanni. Él también estaba muy serio.

—¿Han encontrado al padre Carnazza? ¿Aún estaba vivo? —les preguntó Giovanni.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—De eso ya hablaremos después —dijo el comisario.

—Mi superior —terció La Mantia— me ha contado todo lo que usted le ha dicho esta mañana. Quisiera aclarar una cosa.

—Estoy a su disposición.

—Usía tiene un revólver, puesto que efectuó un disparo al aire.

—Sí —contestó Giovanni, acercándose una mano al bolsillo. Estaba vacío—. No —rectificó, enrojeciendo.

—¿Lo tiene o no lo tiene?

—Pues veré —dijo Giovanni, turbado—. Lo tenía y efectué un disparo al aire. Pero ahora ya no lo tengo en el bolsillo.

—¿Y por qué?

—No lo sé. La única explicación posible es que cuando me arrodillé para socorrer al herido, debí de dejarlo en el suelo y después no lo recogí. ¿Lo han encontrado?

—Sigamos adelante —dijo Spampinato como si no hubiera oído la pregunta de Giovanni—. Usted ha declarado esta mañana que el cura habló con usted y le dijo que quien le había pegado el tiro era su primo Moro. ¿Es así?

—Veré, señor comisario, lo que el cura intentó decirme no estaba muy claro.

—¿Cómo, ahora se desdice? —dijo La Mantia.

—¡Yo no me desdigo! ¡Me ratifico en todo lo declarado! Pero es que dijo otras cosas que no entendí... En determinado momento, agarrándome la mano, pronunció con gran dificultad: «Moro... moro... fu moro... cuscinu». Eso lo entendí perfectamente.

—Contable, ¿usted se maneja con nuestro dialecto? —le preguntó Spampinato.

—Bastante, nací en Vigàta, pero...

—Eso ya lo sabemos. ¿Usía me quiere decir qué significa en nuestra tierra la palabra *moro*?

—Uno que es moreno.

—¿Sólo eso?

—No, también significa un moro de verdad, un árabe.

—¿Y nada más?

—Bueno, también quiere decir me muero.

—¿Ve usted la de cosas que hay, antes de que *moro* se convierta en un apellido? —replicó La Mantia—. Usía dice que el cura apenas podía hablar, tanto es así que usted confundió la palabra *cuscinu* con *cusscinu*.

—Pero ¡si es lo mismo! —objetó Giovanni.

—No, señor —dijo el comisario—. No es lo mismo. Cuando yo quiero decir «almohada», pongo dos eses: *cusscinu*. Si, por el contrario, quiero decir «primo», pongo sólo una: *cuscinu*. ¿Me explico?

Giovanni notó que su cabeza estaba empezando a echar humo.

—Tengo una curiosidad —terció La Mantia—, ¿el cura le dijo «fue Moro», todo de un tirón?

—No comprendo la pregunta —dijo Giovanni, aturdido.

—Usía es una persona instruida e inteligente y sabe cómo se habla —señaló La Mantia—. Una cosa es decir «fue Moro» todo de un tirón, y otra completamente distinta decir «fue... moro». Son dos cosas distintas.

—¡El significado no varía!

—Eso lo dice usía. ¿Está de broma? ¡Vaya si varía! Si entre «fue» y «moro» hago una pausa, puede significar que yo estaba a punto de revelar el nombre de la persona que me había pegado el tiro, pero un repentino dolor me induce a decir que me estoy

muriendo y no el nombre del asesino. Y por consiguiente, «*moro*» sería en tal caso un verbo, no un apellido. Por eso yo le pregunto: ¿hubo una pausa o no la hubo?

—¿Ustedes me están volviendo loco con sus sofismas! —se rebeló Giovanni.

—¿No, mi estimado amigo! ¡Usía es el único testigo! ¡Nada de sofismas! ¡Nosotros tenemos el deber de establecer hasta qué extremo dice usted la verdad o nos está contando la verdad que le conviene!

—¿La verdad que me conviene? ¿Se han vuelto locos?

—Usía habla demasiado de locura —observó serenamente La Mantia—. Y a usía no le conviene utilizar esa palabra.

—Pero ¿qué interés podría yo tener en acusar a Moro, el primo del cura?

—Sus intereses todavía no los conocemos —dijo Spampinato—. Pero quiero decirle una cosa: métase bien en la cabeza que don Memè Moro no tiene absolutamente nada que ver con esta historia. Nada de nada.

—¿Están ustedes seguros?

—Pongo la mano en el fuego. Y, además, contamos con un testigo totalmente respetable. Y ahora, estimado contable, ¿qué me dice usted?

—Que quisiera un vaso de agua —contestó Giovanni, notando que le ardía la garganta.

—¿Lo has hecho todo? —le preguntó el abogado Fasùlo a Sciaverio—. ¿Ha habido alguna dificultad?

—No ha habido ninguna. Todo está en orden.

—Sciavè, ahora tienes que hacer una última cosa para que el señor contable Bovara se vaya a tomar por culo *in saecula saeculorum*.

—Amén —dijo Sciaverio.

—¿Sabes dónde vive doña Trisina Cìcero?

—¿Y cómo no voy a saberlo? Cuando usía, con respeto, se la tiraba, yo...

—Eso es agua pasada, Sciavè. Tienes que olvidarla.

—Ya la he olvidado.

—Bueno, pues, ¿sabes dónde vive Trisina?

—Pues claro que lo sé. Tiene tres casas, una en el campo, otra en el pueblo y después está la de Vigàta donde...

—Sé de buena tinta que Trisina vive ahora en la casa de aquí, de Montelusa...

—Mejor así. Si tengo que ir, me ahorro el camino.

—Tienes que ir y hablar con ella.

—¿Y qué tengo que decirle?

El abogado Fasùlo le explicó con todo detalle lo que tendría que decirle.

—¿Y si me dice que no?

—Entonces le explicas que no te queda más remedio que retorcerle el cuello como a una gallina, allí mismo y en ese mismo momento.

Sciaverio se levantó con una ancha sonrisa en los labios.

—¡Coño! Pero ¡qué listo es este don Cocò!

El agente Mellùso le llevó una vasija de barro con agua fresca, y Giovanni se bebió la mitad de un solo trago.

—¿Se encuentra mejor? ¿Podemos seguir adelante? —le preguntó el comisario. Giovanni asintió con la cabeza; había bebido demasiada agua y se le había cortado la respiración—. Yo sólo quisiera saber por qué razón usía quiere divertirse tanto.

—¿Que yo me divierto? ¿Cómo?

—Diciendo bobadas —contestó La Mantia.

—Inventándose cosas —puntualizó Spampinato.

—¿Yo? ¿Y qué es lo que me he inventado?

—Por ejemplo, la historia del molino inexistente —dijo el comisario.

—Por ejemplo, que el que ha disparado contra el cura ha sido don Memè —añadió La Mantia.

—Por ejemplo, que al padre Carnazza le han pegado un tiro.

Giovanni pegó un brinco en la silla y, de pronto, sintió que le faltaba el aire.

—Por lo menos —explicó La Mantia—, en el lugar que nos ha indicado no hemos encontrado al padre Carnazza ni vivo ni muerto. Y eso que hemos explorado el paraje palmo a palmo. ¿Quiere saber una cosa? Usía se ha inventado lo del tiroteo.

La estancia empezó a dar vueltas alrededor de Giovanni. Éste se levantó, pero las rodillas de requesón no lo sostuvieron y se desplomó, desmayado.

Todavía miércoles, 3 de octubre de 1877

—Abogado, tiene que creerme —dijo Spampinato—. Yo y La Mantia hemos examinado cada centímetro detrás de la roca que el contable nos había indicado. Y hemos buscado también en los alrededores. Nada. No sólo no hemos encontrado el cadáver del padre Carnazza, sino que ni siquiera hemos descubierto la mínima manchita de sangre.

—¿Y qué dijo Bovara cuando le comunicaron que el muerto no estaba?

—No dijo nada. Se desmayó y cayó redondo al suelo.

—¿Qué hicieron entonces?

—Llamamos al médico. Le dio a beber un jarabe para dormir. Dice que dormirá por lo menos cuatro horas. ¿Qué hacemos cuando se despierte?

—Cuando se despierte, lo acompañan a su casa. Sus delitos no son para enviarlo a la cárcel. Por lo menos, hasta que se le condene. Lleva sobre los hombros una carga muy pesada. Alteración del orden público, propagación de rumores falsos y tendenciosos, difamación... Pero yo, como cristiano que soy, me paso una mano por la conciencia y me pregunto: ¿son verdaderos delitos? ¿O bien se trata de un pobre loco que dice cosas sin saber ni siquiera lo que dice?

—De acuerdo, he comprendido: de momento, nosotros no podemos hacer nada.

—No, mi estimadísimo amigo, usted puede hacer algo. Es más, tiene el deber de hacerlo.

—Explíquese, abogado.

—Usted tiene que redactar un informe por cuadruplicado acerca del asunto. Inmediatamente, ahora mismo. Tiene que describir los hechos tal y como son, sin una palabra de más o de menos. La primera copia la enviará usted directamente en mano al jefe superior de policía. Las otras tres las enviará, para su conocimiento, al señor prefecto, al comandante de los carabinieri y al fiscal de la Corona. De esta manera, si alguien estaba haciendo algo sobre la base de las denuncias de ese loco, se podrá detener a tiempo y evitará caer en el ridículo. ¿Está claro?

—Lo está. Pero, señor abogado, ¿querría hacerme un favor?

—Si puedo...

—¿Podría redactar usía el informe? Yo tardaría todo un día.

—Muy bien. Pero con una condición: todos deberán recibirlo dentro de un plazo máximo de dos horas.

La trampa urdida por don Cocò estaba funcionando de maravilla. El abogado Fasùlo mojó la pluma en el tintero con una sonrisa en los labios.

Mientras contemplaba cómo escribía el abogado, quien, de vez en cuando, le hacía alguna pregunta, a Spampinato se le ocurrió una idea y la expresó en voz alta.

—¿Y si no hubiera muerto?

El abogado dejó la pluma en suspenso en el aire. Sabía muy bien que el cura había pasado a peor vida y conocía incluso el lugar donde se encontraba el cadáver en

aquel momento, pero tenía que fingir no saber nada, participar en el juego.

—Pero ¿cómo?, ¿es que no ha muerto?

—Escúcheme bien, abogado. Nosotros, de toda esta historia sólo sabemos lo que nos ha dicho el contable. ¿Me sigue?

—Lo sigo.

—Pero, puesto que se trata de un loco, podría ser que el padre Carnazza no hubiera recibido un disparo y ahora mismo estuviera en la iglesia rezando avemarías. O a lo mejor es verdad que le han pegado un tiro, pero no ha muerto. Quizá al cabo de un rato se levantara y fuera a que le curaran la herida. En este segundo caso, sin embargo, el contable ya no estaría tan loco. Y yo, con este informe, no puedo andar diciendo por ahí que Bovara está como una regadera.

—Su argumento es impecable —dijo Fasùlo, simulando estar de acuerdo—. ¿Por qué no se acerca un momento a la iglesia mientras yo termino el informe y averigua si ha vuelto el cura? Podría enviar también a alguno de sus hombres a preguntar a todos los médicos de Montelusa y al hospital si han visto al padre Carnazza. Si en la iglesia no lo han visto y si nadie sabe nada, enviamos el informe.

La iglesia estaba tan abarrotada de gente como durante la fiesta de San Gerlando. En el altar mayor, en lugar del cura, había una mujer que cantaba mientras los fieles la escuchaban.

No sólo todo el pueblo se había enterado de que al cura le habían pegado un tiro, sino que ya se sabía también que el cuerpo no se había encontrado. De esa segunda noticia la señora Ersilia Cuccurullo había deducido con toda claridad un hecho, es decir, que, como Jesús, el padre Carnazza había resucitado y por eso no lo encontraban. Sin duda se aparecería a sus fieles. De ahí que el himno que estaba entonando en aquellos momentos se llamara *Resurrèchisit*.

El comisario no tuvo necesidad de preguntar para comprender que el cura no había regresado a la iglesia. Se dirigió a la comisaría, donde Bovara seguía durmiendo en el diván del despacho, llamó a cuatro de sus hombres y los envió a preguntar a los médicos y al hospital. Regresaron al cabo de un cuarto de hora. Nadie había visto al padre Carnazza. Salió con los cuatro hombres y les ordenó esperar en la calle delante de la puerta del despacho del abogado Fasùlo. Subió solo.

—Podemos enviar los informes, mis hombres esperan aquí abajo. Nadie sabe nada del cura.

Mantén los ojos cerrados, pero no dormía; lo que le había dado a beber el médico no le había hecho el menor efecto. Dudaba que pudiera haber un medicamento capaz de ofrecerle el sosiego del sueño. De vez en cuando, unos prolongados y violentos estremecimientos le sacudían el cuerpo. Debía de tener fiebre. Un insistente

pensamiento le torturaba el cerebro como un taladro: el recuerdo del tío Pitrinu, un hermano de su madre. No era un verdadero recuerdo, porque él jamás lo había conocido, pero en su familia se hablaba de cuando en cuando de él. De aquella vez que, en Palermo, bajó del tren completamente desnudo y con un *paegua*, un paraguas, abierto... De aquella otra vez que, por Navidad, mientras se representaba en la iglesia *La Natividad de Nuestro Señor*, se había situado de un salto entre los actores, le había estrechado la mano a la actriz que interpretaba el papel de María para felicitarla y le había preguntado si la criatura recién nacida era niño o niña... El tío Pitrinu había muerto en el manicomio cuando él tenía doce años. ¿Y si la locura fuera hereditaria?

Tras leer el informe del comisario Spampinato, el jefe superior de policía se sintió en la obligación de acudir a toda prisa a entrevistarse con su excelencia el señor prefecto.

—Excelencia, acabo de recibir ahora mismo un informe del comisario Spampinato acerca del inspector jefe de los molinos Giovanni Bovara, que...

—Yo también lo he recibido y lo he leído —dijo su excelencia—. ¿Se le ocurre alguna idea a propósito de este asunto?

—Yo me permitiría sugerirle que, a la espera del desarrollo de los acontecimientos, se apartara a Bovara del servicio.

Su excelencia mandó llamar al jefe de su gabinete.

—Dígame, Curtopassi, ¿el delegado de Hacienda ha regresado a su despacho?

—No, señor, se encuentra todavía en Palermo, enfermo en el hospital.

—¿Quién lo sustituye?

—Está el señor Barreca, que ejerce provisionalmente las funciones del futuro encargado de ejercer las funciones.

—Muy bien. Ahora mismo le escribo dos líneas a Barreca. ¿Es uno alto, rubio y con bigote?

—No, señor, excelencia, es bajo, gordo y moreno.

—Da igual. Se encargará de hacérselas llegar de inmediato. El contable Bovara no está en pleno uso de sus facultades mentales y puede provocar alteraciones en el despacho y fuera de él. Hay que suspenderlo inmediatamente de empleo y sueldo, a la espera de su ingreso en un centro.

Delante del palacio, el fiscal de la Corona Rebaudengo se tropezó con el presidente del Tribunal, el gran oficial De Magistris. Ambos se estrecharon la mano. El presidente parecía tener prisa.

—Disculpe que no me entretenga. Debo regresar corriendo a casa para cambiarme. ¿No asistirá usted a la recepción de la marquesa de Papia? Al parecer, esta noche nos distraerá *monsieur* Ducrot, un ilusionista y prestidigitador que todos

consideran extraordinario.

—No, no iré. Mi mujer está indispuesta. Y, además, a mí no me gustan los juegos de prestidigitación —explicó Rebaudengo, que acababa de leer el informe del comisario Spampinato.

A pesar de todo, en determinado momento debió de quedarse dormido, porque, cuando se despertó, una mano estaba sacudiéndolo.

—¡Contable!

—¿Eh?

—Soy Spampinato. Despierte, ya es casi de noche. Vamos a acompañarlo a su casa.

La noticia lo llenó de alegría. Bajó las piernas del diván, pero no consiguió mantenerse en pie. Se tambaleó y La Mantia lo sostuvo, sujetándolo por un brazo. Al salir de la comisaría, Giovanni no vio a *Stiddruzzo*.

—No se preocupe por la bestia —dijo La Mantia, comprendiendo el motivo de su titubeo—, la hemos llevado a nuestro establo. Por otra parte, usía no está en condiciones de montar a caballo.

—¿Y qué voy a hacer sin la montura?

—Usía esta noche descansa. Mañana a primera hora de la mañana mandaremos que vayan a recogerlo, usía regresará a la comisaría y le devolveremos el caballo.

—Pero ¿por qué tengo que regresar a la comisaría?

—Porque han quedado muchas cosas en el aire —le cortó Spampinato.

No podía dejar de ser un policía y, por consiguiente, a pesar de ser un corrupto, sucio por dentro y por fuera, siempre razonaba como un policía. Las posibilidades eran dos, y no había vuelta de hoja: si el contable estaba loco y se había inventado el asesinato, ¿por qué había desaparecido el cura? Si, por el contrario, el asesinato se había producido de verdad, ¿qué motivo había podido tener el contable para indicar un lugar por otro?

Subieron al coche y tuvieron que ayudar a Giovanni a colocar el pie en el estribo, que era muy alto. La Mantia se sentó al lado de Giovanni, y Spampinato lo hizo de cara a él. Cuando ya llevaban un ratito de camino, Giovanni preguntó:

—¿Han encontrado al padre Carnazza?

—No —contestó secamente Spampinato.

Fueron las únicas palabras que se intercambiaron durante todo el trayecto.

Siete horas de veloz carrera sin detenerse ni siquiera para orinar; Michilinu había obligado a la bestia a correr tanto que ésta echaba espumarajos por la boca. A causa del traqueteo en el interior del coche, doña Trisina notaba la espalda rota y un dolor en la rabadilla. Pasado Valledolmo, Michilinu enfiló el sendero que conducía a

Liminùsa, la localidad situada en el interior de la finca Roccella, de la cual Pino, el marido de la hermana de doña Trisìna, Agata, era el vigilante principal. Michilinu, que ya había llevado una vez a su ama a aquel lugar, bajó y llamó a la puerta mientras doña Trisìna se esforzaba en recuperar el uso de las piernas. Se abrió la puerta y apareció Pino con una lámpara en la mano. Intercambió unas palabras con Michilinu y luego dijo, levantando la voz:

—Agata, aquí está tu hermana Trisìna.

Y corrió a ayudar a bajar a la cuñada, que siempre le había gustado y con la que, hasta aquel momento, sólo le había faltado una buena ocasión.

—¿A qué viene esta agradable visita imprevista?

—¡Ah, Pinuzzo mío! ¡Muerta vengo! ¡De miedo y de cansancio!

—¿Y tú de qué tienes miedo, Trisinè? ¡Aquí está tu cuñado Pinuzzo para defenderte!

Y la abrazó. Trisìna se dejó abrazar. Pinuzzo la estrechó un poquito más de lo necesario. Trisìna se dejó estrechar un poquito más de lo necesario. El cuñado la besó castamente en la frente. Trisìna apoyó la cabeza en su pecho.

Y en ese instante apareció Agata en la puerta con la capa del marido echada sobre los hombros y una lámpara en la mano.

—¡Trisinè! ¡Alegría de mi corazón! ¿Qué te ha pasado?

Pino se soltó del abrazo. No faltaría la ocasión.

Attilio Lagùmina, propietario oficial del molino San Benedetto, estaba cerrando en aquel momento la puerta para regresar a casa y acostarse, pues cada mañana se levantaba a las cuatro para reanudar su trabajo, cuando oyó que un caballo se acercaba al galope.

—¡Lagùmina!

—¡Está cerrado! ¡Vuelve mañana por la mañana!

No podía quedarse allí a la disposición de cualquiera que se presentara fuera del horario normal, quizá con medio saco de garbanzos.

—¡Para mí tu molino está siempre abierto!

Reconoció la arrogante voz de Sciaverio Pipitone, el que de vez en cuando acudía allí para transmitirle órdenes.

—Con lo oscuro que está, no te había reconocido, Sciavè.

Pipitone desmontó y se le acercó.

—¿Qué estás haciendo?

—¿No lo ves? Estoy cerrando.

—Abre.

Sin preguntar por qué, Lagùmina obedeció. Entraron en el molino.

—Enciende la lámpara y cierra la puerta.

Attilio hizo lo que le mandaban sin abrir la boca.

—¿Quieres un vaso de vino?

—No. ¿Esta mañana ha venido el inspector?

—Sí.

—¿Lo ha encontrado todo en regla, tal como yo te dije que debía encontrarlo?

—Pues claro.

—Esta mañana no ha venido.

—¿Qué?

—¿Te has quedado sordo? Esta mañana tú no lo has visto.

—Pero ¿a quién no he visto, Dios bendito?

—A Bovara, a ese inspector. No ha venido al molino.

—Ah, ¿no? ¿Y adónde ha ido?

—¿Y a mí qué carajo me importa adónde coño ha ido? Lo importante es que no ha venido aquí. ¿Quién había esta mañana y lo ha visto?

—No había gente para moler... Lo han visto 'Ntonio Pirrera y Mimì Catalano, los que trabajan aquí.

—¿Gente de confianza?

—Totalmente.

—¿Y dónde están ahora?

—Han vuelto a casa, mañana a las cuatro tienen que estar aquí.

—Muy bien. En cuanto terminemos, vas a su casa y les dices que esta mañana ellos tampoco han visto al inspector.

—De acuerdo.

—¿Nos podemos fiar de esos dos?

—Como de mí mismo.

—Y de ti, ¿nos podemos fiar?

Attilio Lagùmina se quedó helado. Con Sciaverio no se podían gastar bromas.

—¿Estás de guasa?

—Muy bien, entonces, todo arreglado. Yo me vuelvo a Montelusa. Buenas noches.

—Espera —dijo Lagùmina.

—¿Qué hay?

—El registro.

—¿De qué registro me hablas?

—El registro en el que se anotan las inspecciones. Figura la fecha de hoy, y está la firma del inspector.

—Hazlo desaparecer.

—No puedo. Si hago una cosa así, me meten en la cárcel.

—Pues entonces, lo quemas.

—¡Es lo mismo!

—No, si el registro se quema solo. ¿Me explico?

—¿Y cómo se hace para que se queme solo?

—Se hace así. Tú mañana, cuando vienes a abrir, enciendes la lámpara. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Y después?

—Después la lámpara se te cae de la mano. Y el registro, que estaba justo en el sitio donde se te ha caído la lámpara, se quema. Basta que se quemen sólo dos o tres páginas, pero una tiene que ser la de esta mañana. ¿Entendido?

—Sí, pero ¿y si, por casualidad, el incendio se convierte en auténtico y se quema todo?

—Tienes que decirles a tus dos ayudantes que lleguen aquí al cabo de cinco minutos. Y ellos te ayudarán a apagar el fuego. Pero después tienes que ir corriendo a los carabineros de Cianciàna para denunciar el incendio. Sobre todo. ¿Puedo comunicar que cumplirás con tu deber?

—Siempre a las órdenes —dijo Attilio Lagùmina.

Don Memè Moro estaba recorriendo con una lámpara en la mano todas las habitaciones de la casa de la finca Pircoco, que ahora ya no se sabía a quién pertenecía, después de muerto el muy mariconazo del cura, que se la había robado. Se la había robado, pero no había podido disfrutarla: él le había pegado un tiro, tal como solemnemente había jurado. Le había apuntado a la cara, eso lo había visto con toda claridad, pero le había alcanzado en el pecho. Las lecciones de Aliquò le habían resultado muy útiles. Oyó que un coche entraba en el patio y corrió a acostarse. Debía parecer que tenía fiebre, tal como el doctor Landolina le había aconsejado. Oyó una voz.

—¿Hay alguien en casa? ¡Don Memè!

La reconoció. Era la del abogado Losurdo.

—Suba, abogado. Estoy en la cama.

Losurdo entró en la estancia con semblante alterado.

—¿Por qué está acostado a esta hora?

—Buenas tardes, abogado. Estoy acostado porque tengo un poco de fiebre. Esta mañana ha venido el doctor Landolina, me ha visitado y me ha aconsejado guardar cama.

Si al abogado le quedaba alguna duda, aquella explicación la disipó: si el doctor Landolina, un notorio hombre de don Cocò, había declarado que don Memè tenía fiebre, eso significaba que don Memè rebosaba de salud. Y, por tanto, su cliente no había sabido contenerse y había matado al cura.

—¿Sabe que por lo visto le han pegado un tiro al padre Carnazza?

—Sí, me lo ha dicho uno que ha venido a verme... —don Memè dejó la frase sin terminar y miró al abogado con los ojos entornados—. ¿Qué significa eso de que por lo visto?

—Bueno, verá, el contable Bovara fue a decirle a Spampinato que había

encontrado al padre Carnazza moribundo.

—Eso me lo han contado.

—Pero el caso es que cuando Spampinato fue a buscar al cura, o su cuerpo, no lo encontró.

Eso don Memè no lo sabía. Empezó a sudar.

—¿Que no lo encontró?!

—No, señor. No estaba allí. Por lo menos, eso se dice en el pueblo. Lo más probable es que el padre Carnazza estuviera simplemente herido, pero al contable le pareció que se estaba muriendo. Se ve que el cura se recuperó, se levantó y fue a esconderse para que lo curaran. Mal lo va a pasar el que le ha pegado el tiro y ha creído que estaba muerto cuando se lo encuentre de cara, resucitado. —Don Memè empezó a lanzar gemidos como de perro desconsolado—. ¿Se encuentra mal?

El abogado pensó que se le había ido un poco la mano en su afán de meterle miedo. Por su parte, don Memè estaba perplejo. Tenía la certeza de haber alcanzado al cura directamente en el pecho. A lo mejor, ya herido de muerte, el cura había dado unos pasos tras haber sido descubierto por Bovara y había acabado muriendo en el fondo de algún barranco. La idea lo reconfortó.

—Abogado, querría preguntarle una cosa.

—Dígame.

—En caso de que el padre Carnazza haya muerto sin herederos, ¿la finca volverá a ser mía? ¿Hay alguna esperanza?

—Tengo que pensarlo muy bien. Tal y como están las cosas justo en este momento, no sabría decirle. Pero antes...

—¿Antes...?

—Tendremos que asegurarnos de que el padre Carnazza ha muerto, ¿no le parece?

Al llegar a la altura de la verja de madera, el agente que conducía el coche bajó, la abrió y volvió a subir. El coche reanudó la marcha y se detuvo justo delante de la puerta de la casa de Giovanni.

—Ya hemos llegado —anunció La Mantia.

La oscuridad era total. Giovanni buscó la llave en el bolsillo y la encontró.

—Buenas noches —dijo.

—Entonces estamos de acuerdo: mañana por la mañana pasaremos sobre las ocho a recogerlo —dijo Spampinato.

Giovanni hizo ademán de abrir, pero se dio cuenta de que la puerta ya estaba abierta. Se debía de haber olvidado de cerrarla, le ocurría algunas veces.

Entró y se acercó a la mesita donde estaba la lámpara, pero tropezó y cayó, dando un grito.

Spampinato y La Mantia, que estaban a punto de subir al coche, entraron

corriendo en la casa. No se veía nada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Spampinato.

Giovanni no contestó, pues se había echado a llorar.

La Mantia encendió una cerilla. Bajo la débil luz, vieron que el contable había tropezado y había caído. Debajo de él se encontraba el cadáver del padre Carnazza.

Expediente B

COMISARÍA DE LAS FUERZAS DE SEGURIDAD DE MONTELUSA

*Al Exmo.
Señor Jefe Superior de Policía
Montelusa*

Montelusa, 4 de octubre de 1877

ASUNTO: Informe sobre la detención de Giovanni Bovara
Hago referencia al informe del comisario abajo firmante enviado ayer por la tarde.

En el transcurso de dicha tarde, habiendo informado el abajo firmante y el subcomisario La Mantia a Bovara de que no se había encontrado el cadáver de Carnazza en el lugar por él mismo indicado, éste no hizo el menor comentario sino que experimentó un visible malestar que nos indujo a llamar a un médico, el cual le administró una bebida somnífica para aliviar su estado de agitación.

Cuando finalmente se despertó, Bovara no modificó en modo alguno la información que nos había proporcionado acerca de los hechos que, según él, se habían producido.

Al anochecer, el abajo firmante y el subcomisario La Mantia decidieron acompañarlo en coche, no estando él en condiciones de cabalgar solo, a la casa situada en el término de Vigata que le había sido alquilada por la viuda Teresina Cìcero.

Llegamos a la casa cuando ya había oscurecido, nos despedimos de él junto a la puerta y, cuando estábamos a punto de subir al coche, oímos un fuerte grito procedente del interior de la casa en la que Bovara había entrado.

Dada la oscuridad arriba mencionada, no comprendimos lo que estaba ocurriendo, pese a oír que Bovara había estallado en sollozos.

Encendimos la luz y observamos que Bovara había tropezado con el cadáver del padre Carnazza, que allí yacía.

Tras levantar a Bovara, lo sentamos en una silla y no procedimos a esposarlo, pues parecía un muñeco de trapo.

Don Carnazza había muerto de un disparo que le había alcanzado la parte superior del pecho, tal como el propio Bovara había declarado por la mañana. El sombrero descansaba sobre una mesa situada muy cerca de allí, puesto que la sala es un comedor.

Sobre la misma mesa se encontraba también un revólver que, según la licencia de armas concedida a Bovara, pertenece al propio Bovara.

En el tambor del arma se encontraron cinco cartuchos, es decir, que estaba completamente cargada. De los cinco cartuchos, sólo uno se había disparado.

Recordamos a V. S. Ilma. que don Carnazza recibió un solo disparo mortal.

Una vez enviado el coche de regreso a Montelusa para informar de los hechos al señor juez de primera instancia, *cav.* Alfio Zagarella, y al doctor *cav.* Graziano Puma, el abajo firmante y La Mantia decidieron, tras haber atado a una silla a Bovara, que seguía pareciendo un muñeco de trapo, proceder a un registro. Pero, antes, La Mantia efectuó un recorrido por la casa y, justo en la parte de atrás de ésta, atada a un árbol, descubrió la mula notoriamente propiedad de don Carnazza.

Al mirar a mi alrededor, mis ojos se posaron de inmediato en el aparador de dicho comedor, en el cual destacaban dos candelabros de seis brazos de plata maciza. La desaparición de dichos candelabros de la iglesia de la cual era párroco había sido denunciada unos días atrás por el propio don Carnazza.

Al subir al dormitorio, descubrimos que las sábanas de la cama en la que dormía Bovara llevaban bordadas las iniciales del nombre y el apellido de don Carnazza, lo cual quiere decir que también pertenecían a su ajuar.

De todo lo cual, el abajo firmante y La Mantia dedujeron el cómo y el porqué del delito de sangre en cuestión.

Era notorio en el pueblo que la viuda Teresina Cìcero mantenía desde hacía algún tiempo relaciones carnales con don Carnazza y acudía todas las mañanas a su casa del piso de arriba de la iglesia en cuanto terminaba la primera misa.

Tras haber conocido a Bovara a causa del alquiler de su casa sita en Vigàta, la viuda debió de prendarse del inspector de los molinos y entre ambos debió de surgir una relación, pues la Cìcero es mujer ligera de cascos.

Posteriormente, instigada por Bovara o por su propia voluntad, la Cìcero debió de inundar a su nuevo amante de todo aquello que obtenía del cura o que ella lograba escamotearle en su casa.

Por consiguiente, la idea que de inmediato viene a la mente es la de que el cura, tras haber descubierto la aventura de su amante con Bovara, acudió al domicilio de éste para hablar con él de hombre a hombre, pero, a la vista de los candelabros robados, debió de enfurecerse en gran manera, por lo que, tras un altercado, Bovara debió de extraer el revólver con el que disparó contra él y acabó con su vida.

Posteriormente, debió de ocultar la mula en la parte de atrás y debió de dirigirse a la comisaría de Montelusa, donde expuso unos hechos distintos de los que verdaderamente habían ocurrido.

Pero ésta es la pregunta que yo me planteo: ¿por qué dio ese paso? No he sabido, de momento, encontrar la respuesta.

Entre tanto, después de que el médico certificase la muerte del cura y de que el señor juez dispusiera su levantamiento, el abajo firmante, allí presente para tal fin, tras haber mandado acompañar a Bovara a la comisaría y haber enviado a un agente al término de Zuccarello, donde hállase localizada la casa de campo de la citada Teresina Cìcero, acudió personalmente al domicilio de la señora Cìcero, sito en Vicolo Garibaldi. A pesar de las llamadas a la puerta, no apareció nadie. Una vecina, Antonia Luparello, me reveló que la señora Cìcero había salido en coche la víspera y aún no había regresado a su casa. Poco después, el agente enviado al término de Zuccarello me comunicó que la casa de campo estaba vacía.

La desaparición de la señora Cìcero daba claramente a entender su complicidad en el delito de sangre cometido por su amante Bovara.

Pero, precisamente por ello, se abría paso en mi cabeza la respuesta a la pregunta de por qué Bovara había organizado todo aquel teatro.

La respuesta es: porque Bovara se quiere hacer pasar por loco, siendo así que se trata de un asesino totalmente cuerdo.

El homicidio no se cometió en un arrebato en el transcurso de una discusión, sino que fue premeditado y se había preparado desde hacía mucho tiempo.

Tras haber iniciado casi el mismo día de su llegada su relación carnal con la señora Cìcero, Bovara, de acuerdo con la mujer, decidió la prolongación de la relación de su amante con el cura para poder despojarlo de todos sus bienes.

Pero el cura debió de percatarse de la nueva relación de la señora Cìcero con Bovara y, evidentemente, debió de pedir la devolución de los regalos que le había hecho a ésta, amenazando con denunciar el robo de los dos candelabros. Así pues, Bovara y su amante, habida cuenta del gravísimo peligro que corrían en caso de que el cura hubiera optado por cumplir su propósito, decidieron quitarlo de en medio.

Pero, antes, Bovara quiso dejar bien clara ante todo el mundo su presunta locura, de tal manera que el posterior descubrimiento del asesinato de don Carnazza se atribuyera a su desvarío.

¡Por eso denunció la existencia de un molino en el lugar donde el cuerpo de carabineros no encontró ni rastro de él!

¡Por eso se presentó en la comisaría declarando haber sido testigo de un homicidio en un lugar jamás visto y atribuyendo la autoría a don Emanuele Moro, que precisamente aquella mañana (cosa que Bovara ignoraba) se hallaba en cama aquejado de una elevada fiebre!

¡Por eso dejó que encontraran al muerto en su casa, cuando habría podido arrojarlo a un barranco sin que nadie lo supiera!

¡Por eso se echó a llorar cuando tropezó (a propósito) con el cadáver y cayó encima (a propósito), rompiendo en sollozos: quería hacer creer al abajo

firmante y a La Mantia que sólo en el momento de caer sobre el cadáver se había percatado de que aquella muerte la había provocado él mismo!

En su fingida e insensata denuncia de aquella mañana, Bovara nos había dicho que había ido a inspeccionar el molino San Benedetto de Cianciàna. Envié a un agente al lugar para evitar cualquier laguna en la investigación: pues bien, tanto el propietario del molino como los dos trabajadores niegan rotundamente que aquella mañana Bovara hubiera acudido al lugar. Para confirmar su declaración, gustosamente habrían mostrado el registro de las inspecciones si un conato de incendio no lo hubiera quemado parcialmente. Sin embargo, quedan a nuestra disposición para hacer la debida declaración ante un tribunal.

Por todos estos motivos, Bovara se encuentra bajo arresto en la comisaría; no he podido ordenar que lo trasladen a la cárcel porque San Vito está llena y lo mismo cabe decir de la prisión central.

Doy fe.

El comisario de las F. de S.
Spampinato

REAL TRIBUNAL DE MONTELUSA

*A S. E. Ilma.
el Presidente*

Montelusa, 5 de octubre de 1877

Habiendo acudido a la comisaría de las F. de S. de Montelusa donde hállase provisionalmente arrestado Giovanni Bovara para proceder a su interrogatorio por el delito de homicidio de que se le acusa en la persona de don Artemio Carnazza, el abajo firmante pudo comprobar que el mencionado Bovara se encontraba en un estado de total confusión mental y presa de una manifiesta perturbación. A mi pregunta de dónde había nacido contestó primero que en Génova y después que en Vigàta, pero que se había arrepentido y que, en el momento presente, tendía a considerarse decididamente natural de Vigàta.

A la extrañeza de esta aseveración, tras haber señalado su condición de buen jugador de ajedrez por más que en la actualidad estuviera un poco desentrenado, añadió que, en el transcurso de la noche de insomnio pasada en el calabozo de la comisaría, había reflexionado largo rato acerca del esquema de juego y que por ello consideraba ganadora la jugada del caballo.

Por lo menos así creo que se expresó, pues el abajo firmante no es versado en el juego del ajedrez.

Debo señalar que este vaniloquio tuvo lugar en dialecto siciliano, pues Bovara se negó a hablar en italiano tras haber afirmado ser el siciliano la única lengua para él más segura para no cometer errores.

A mis siguientes preguntas opuso un desolado silencio.

El doctor Ernesto Lojacono, llamado por el abajo firmante, expresó su opinión de que no será posible proceder al interrogatorio de Bovara antes de una semana.

Con mi mayor respeto,

Giosuè Pintacuda
Juez Instructor

REAL FISCALÍA DE MONTELUSA EL FISCAL DE LA CORONA

*Al Señor
Capitán Gustavo Francescon
Cuerpo de la Real Policía Fiscal*

Montelusa, 6 de octubre de 1877

Comandante:

Según los datos de que dispongo, la sociedad llamada Acheronte para la explotación de las minas de azufre llamadas Bucafosso y Terranella tiene su sede social en la Via Re Ruggero, n.º 18, en el mismo local de la planta baja que las restantes sociedades ya anteriormente identificadas.

La sede legal de la sociedad Acheronte se halla ubicada también en el despacho del abogado Gregorio Fasùlo.

Tenga la bondad de contactar conmigo cuanto antes.

Con mi mayor consideración,

EL FISCAL DE LA CORONA

Ottavio Rebaudengo

La Concordia

Semnario montelusano

Director-propietario
Salvatore Afflitto

8 de octubre de 1877

CARTA ABIERTA A LOS CIUDADANOS DE MONTELUSA Y
PROVINCIA

¡Ciudadanos!

¿Recordáis las palabras pronunciadas por el honorable Scoparo en la plaza pública para saludar el advenimiento de la izquierda al gobierno de nuestro país? Conviene repetirlas.

«Después de diecisiete años, el viejo gobierno se retira y el partido de la oposición asciende por primera vez al poder. Las casi apagadas esperanzas de Sicilia renacen, y bajo los mejores auspicios. Nosotros también, como nuestros adversarios y más que nuestros adversarios, queremos que el orden y la libertad sean el primer elemento de la existencia política del país. Nosotros amamos el orden porque amamos la libertad. Amamos el orden, pero sin violencia, sin leyes de excepción, sin arbitrariedades: lo invocamos como salvaguarda de los derechos que hemos conquistado, no como pretexto para cerrar el código de las garantías liberales y abrir el de los expedientes de los antiguos regímenes.»

Eso dijo el honorable Scoparo.

Pero ¡nosotros sabíamos muy bien cuáles eran los hábitos de la izquierda! Ríos de buenas razones, pero obras, muy pocas. ¡Nubes de tormenta se condensan en el cielo de nuestro hermoso país y muy pronto se convertirán en una desastrosa tormenta si todos los ciudadanos de bien no hacen oír su voz ante las fechorías que este gobierno de izquierdas considera manifestaciones de orden y de libertad!

Cualquiera puede ver en qué estado de desorden se encuentra sumida nuestra provincia apenas un año después del comienzo del gobierno de la izquierda.

La indignación de todos los propietarios ha llegado a tal extremo que éstos están firmemente decididos a cerrar sus minas, agobiados por los impuestos, los robos y los sablazos; por el constante temor de ver quemado el mineral extraído, medida que dejaría en la calle sin pan a unas tres mil personas

aproximadamente.

El mismo temor abrigan todos los agricultores que no pueden trasladarse libremente a sus campos por temor a perder la vida, cuestión que da lugar a que los campos estén desiertos y nadie emprenda ninguna labor. Esta falta de trabajo priva de la necesaria subsistencia a muchos desventurados cuyo necesario sustento depende de dichas actividades.

Ya no hablo del comercio porque está totalmente destruido no sólo a causa de los robos, sino también de las leyes de este gobierno y de sus asfixiantes impuestos.

¡Éste es el orden de la izquierda!

En cuanto al noble empeño de no «cerrar el código de las garantías liberales», bastará un solo ejemplo.

Mi civil laboriosidad, mi deseo de consagrarme al desarrollo de nuestro comercio, de nuestra agricultura, de nuestra pesca, siempre dentro del pleno respeto a las leyes y, principalmente, obedeciendo a los dictados de mi recta moral, me han llevado a ser considerado por vosotros un puntal de esta provincia, de lo cual, con humilde modestia, yo soy plenamente consciente. ¡Pues bien, un magistrado sometido al poder actual ha emprendido una campaña de investigación sobre mis actividades, dando a entender que soy la mano que se oculta detrás de cualquiera sabe qué siniestros manejos!

¿Y sabéis, mis queridos conciudadanos, en qué se basa para sus intrigas en contra de mi persona, sólo culpable de haber manifestado siempre a la luz del sol mis criterios contrarios a las ideas de aquellos que hoy nos gobiernan?

Ese magistrado basa su investigación en las palabras del tristemente famoso en las crónicas judiciales de estos días Giovanni Bovara, el cual se encuentra detenido en la actualidad por haber sacrílegamente cometido un homicidio en la persona de un hombre de Dios, el sacerdote Artemio Carnazza.

¡Un delito tanto más horrendo habida cuenta de los abyectos motivos que lo provocaron!

Y yo me pregunto: ¿qué valor puede tener la palabra de un asesino para un magistrado? ¿A ese extremo hemos llegado?

¡Yo os invito por tanto, mis queridos conciudadanos, a alejar de vuestra conciencia de hombres honrados y obedientes cualquier clase de consideración para con unos hombres que son indignos de los cargos que lamentablemente ocupan!

Os invito a uniros a mí para luchar por la recuperación, y no sólo con vagas palabras, de las garantías liberales.

Nicola Afflitto

REAL TRIBUNAL DE MONTELUSA

Ottavio Rebaudengo
Fiscal de la Corona
Local

Montelusa, 8 de octubre de 1877

Señor fiscal:

Acabo de enterarme por la lectura de una carta abierta del señor Nicola Afflitto en el semanario *La Concordia* de que su oficina ha abierto una investigación basada en las declaraciones de Giovanni Bovara, a quien yo deberé interrogar en los próximos días por el asesinato de don Artemio Carnazza.

Considero oportuno tenga usted a bien concederme una entrevista a este respecto.

Con mi mayor aprecio,

Giosuè Pintacuda
Juez Instructor

La Concordia

Semnario montelusano

Director-propietario
Salvatore Afflitto

10 de octubre de 1877

¡EDICIÓN EXTRAORDINARIA!

Tras la carta abierta publicada en nuestras páginas por el señor Nicola Afflitto, nos hemos visto inundados por cartas y notas de adhesión al llamamiento que desde aquí se hizo.

En representación de todas ellas, publicamos la carta del señor Miraglia, alcalde de Montelusa.

«El abajo firmante se siente en la obligación de expresarle su total acuerdo con todo lo escrito por usted.

»Los delirios de un solo individuo, por si fuera poco un asesino, no se pueden tomar seriamente en consideración a no ser que se actúe por otras razones y no ya por las estrictamente relacionadas con la justicia.

»Por lo cual, el alcalde abajo firmante, al tiempo que le agradece todo lo que usted ha hecho y sigue haciendo en favor de sus conciudadanos, se constituye en verdadero intérprete de los sentimientos de todos al ofrecerle un sincero testimonio de gratitud, confiando en que, haciendo oídos sordos a las mezquinas intrigas, siga usted desarrollando su labor por el bien de todos. El alcalde: Alfonso Miraglia.»

Hemos recibido cartas de:

El señor Attilio Garbino, alcalde de Favara.

La Junta Municipal de Comitini.

La Junta Municipal de Grotte.

El clero de la provincia, representado por el canónigo Gibilaro.

La Unión de Comerciantes de la provincia.

Un centenar de ciudadanos particulares, entre los cuales destacan el marqués Pinuardi, el barón Rifirò, el conde Taetàni, el marqués Giabbracone, Salvatore Tancàmo, John Oates, Hans Gottheil, etcétera.

Continuará en el próximo número.

DOCT. PROF. CAV. HON. GERARDO CASUCCIO
Diputado del Parlamento

Montelusa

*Al Exmo. Gran Oficial
Salvatore Bonafede
Jefe de Gabinete de S. E.
el Ministro de Gracia y Justicia
Roma*

Roma, 12 de octubre de 1877

Totò:

La situación en Montelusa se ha agravado considerablemente.

Te la comenté con fecha de 29 de septiembre, pero tú preferiste seguir meneándotela.

Don Cocò ya no atiende a razones.

En tu propio interés, te conviene poner remedio.

Ese cabeza de chorlito de Rebaudengo tiene que ser trasladado de inmediato.

Te advierto que los diputados Minacori, Bellavia, Scimè y Raddusa (y el abajo firmante) presentarán una interpelación a propósito de la actuación del fiscal de la Corona en Montelusa.

¿Le interesa a este Gobierno ganarse la hostilidad de toda una provincia?

Pasaré a verte esta tarde, recíbeme de inmediato.

Gegè

Director: Angelo Rabbito

12 de octubre de 1877

UNAS LÍNEAS DEL DIRECTOR

Un ciudadano de Montelusa conocido en toda la isla por sus actividades empresariales, en el comercio y en la agricultura, ha protestado airadamente desde las páginas de un semanario local por la persecución de que está siendo objeto por parte de un magistrado del tribunal, todo ello sobre la base de las delirantes declaraciones de un delincuente común, actualmente detenido por homicidio.

Nosotros, que tenemos el honor de conocer personalmente al señor Nicola Afflitto y hemos tenido ocasión de apreciar su adamantina honradez, recogemos, junto con la inmensa mayoría de los ciudadanos, su grito de dolor y desprecio.

Una magistratura antes ciega y sorda y ahora recién despertada con el solo propósito de perseguir a un justo no es digna de un país civilizado.

Director: Piro Manfredi

14 de octubre de 1877

ÚLTIMA HORA

Acabamos de recibir la noticia de que el fiscal de la Corona de Montelusa, *cavalier* Ottavio Rebaudengo, ha sido trasladado con efecto inmediato al Real Tribunal de Génova.

Este traslado, que aplaudimos, servirá sin duda para aliviar una situación que tanto en Montelusa como en la provincia amenazaba con degenerar, con grave perjuicio para todos.

El *cavalier* Rebaudengo será sustituido por el *cavaliere* Antonio Lacalamita, actualmente fiscal de la Corona en Catania, donde ha conseguido ganarse el aprecio general por sus destacadas dotes de prudente equilibrio.

*Al Exmo. Cav.
Giosuè Pintacuda
Juez Instructor
Tribunal de Montelusa*

Montelusa, 14 de octubre de 1877

Señor juez:

Me complazco en comunicarle que el detenido Giovanni Bovara ha recuperado el buen estado físico, aunque tras un periodo un poco más largo del que yo había inicialmente previsto.

De la fuerte alteración que antes ponía de manifiesto, ahora sólo le queda la obstinación en expresarse en siciliano.

Pese a ello, en el transcurso del interrogatorio al que usted deberá someterlo, desearía rogarle que tuviera en cuenta el hecho de que, de vez en cuando, Bovara vuelve a caer en sus obsesiones.

Por ejemplo, me ha comunicado que está dispuesto a someterse a su interrogatorio sólo tras haberse enterado del traslado del *cavalier* Rebaudengo, fiscal de la Corona. Sostiene que ahora le toca jugar a él.

Dejando esto aparte, se ha declarado en condiciones de responder a todas las preguntas.

Suyo afectísimo,

Doctor Ernesto Lojacono

Lunes, 15 de octubre de 1877

—Señor Bovara, cuando el secretario judicial y yo lo hemos saludado, usted ha contestado diciendo «*baciamulimani*», beso sus manos. ¿Por qué nos ha contestado en dialecto?

—Porque, mientras me encuentre en esta situación, pensaré y hablaré así.

—Tenga en cuenta que, a los fines del interrogatorio, puesto que tanto yo como el secretario judicial somos sicilianos, eso no tiene ninguna importancia.

—Eso lo dice usía.

—Muy bien, sigamos adelante. ¿Tiene usted algo que modificar en el relato que le hizo al comisario Spampinato acerca del descubrimiento del cadáver?

—No, señor, cuando yo lo encontré, aún no era cadáver. Estaba a punto de convertirse en tal.

—O sea, ¿que usted confirma esencialmente el descubrimiento del padre Carnazza en el sendero, algo más allá de la encrucijada Montelusa-Vigàta?

—Sí, señor.

—¿Cómo explica entonces que el cuerpo se descubriera en su casa?

—Sería mejor que primero me lo explicara usía a mí.

—Mire, contable, aquí el que tiene que dar explicaciones es usted.

—En mi opinión, lo llevaron a mi casa ya muerto. Lo pusieron allí para que yo lo encontrara al volver. Así me hacían caer en la trampa: si había declarado por la mañana que había encontrado al cura en un sitio, no podía volver la misma tarde a la comisaría diciendo que el cura estaba en mi casa. Muerto de miedo, me hubiera visto obligado a esconderlo yo mismo. Y, de esa manera, les habría sido más fácil echarme la culpa del homicidio. ¿Le parece racional?

—Más que racional, me parece novelesco. ¿Tiene enemigos tan inteligentes como para inventarse semejante plan?

—¿Usía cree que no? ¿Le han contado alguna vez la historia del molino que primero estaba en un sitio y después no? ¿No le parece una salida ingeniosa para hacerme creer que estoy loco? Es todo un montaje destinado a quitarme de en medio. A Tuttobene lo ahogaron, a Bendicò le pegaron un tiro y a mí están tratando de hacerme morir en la cárcel o en el manicomio.

—Cambiemos de tema, de momento. ¿Usted conoce a la señora Teresina Cìcero, a quien alquiló la casa en la que vive?

—Sí, señor.

—¿Ha mantenido relaciones íntimas con ella?

—No, señor. Yo a la señora Trisìna la he visto sólo una vez, el mismo domingo en que fui a la casa de Vigàta. Llegó por la tarde en coche, y había también un chico, Michilinu. Me llevó el caballo que necesitaba y también dos juegos de sábanas, pues en la casa no había. Después ya no he vuelto a verla.

—¿Esas sábanas eran las que llevaban bordadas las iniciales del padre Carnazza?

—Ella me dijo que las iniciales eran de su marido.

—En efecto, las iniciales de ambos hombres coinciden... ¿Y cuándo volvieron a verse? ¿En cada uno de sus encuentros la mujer le llevaba alguna otra cosa?

—Señor juez, usía a mí no va a pillarme en un fallo. Yo a la mujer la vi sólo una vez. Las otras cosas las encontré encima de la mesa del comedor unos cuantos días después.

—¿También los dos candelabros de plata?

—Ésos también los encontré una tarde al volver a casa.

—¿No le sorprendió que aquella mujer, sin ningún motivo según usted, le hiciera un regalo de tanto valor?

—Sí, me lo pregunté. Pero le vi una explicación. Ella los regalos no me los hacía a mí sino a la casa. Quería que quedara bonita, quizá para alquilarla mejor cuando yo me fuera. Pero ¿por qué no se lo preguntan también a ella?

—No está localizable. ¿Tiene usted idea de dónde puede estar escondida?

—Yo ni siquiera sé dónde vive en Montelusa.

—¿Qué motivo podría tener la señora Cícero para que no se la localizara, como no fuera el de ser cómplice del delito cometido por usted?

—Si de verdad no se la encuentra, cosa de la cual yo me entero ahora, puede haber algún otro motivo.

—Dígame alguno.

—La han matado. O la han obligado a huir bajo amenaza de muerte.

—Y eso, ¿por qué?

—Señor juez, si usía pudiera interrogarla, ella le diría la verdad. Y todas estas maquinaciones que se han inventado para hacer creer que soy un asesino ya no servirían de nada.

—¿Usted sabía que la señora Cícero era la amante del padre Carnazza?

—Sí, señor. Me lo dijo un barbero de Montelusa que, además, es mi primo. Me dio la lista completa.

—¿De qué?

—De los amantes que la señora Cícero había tenido.

—¿Usted conoció personalmente al padre Carnazza?

—Me lo presentó un compañero en un pasillo de la delegación. El padre estaba allí por un asunto relacionado con los impuestos. Lo vi sólo aquella vez y basta.

—¿Por qué rompió a llorar?

—¿Cuándo?

—Cuando, al volver a su casa de noche, tropezó con el cadáver.

—De rabia.

—Explíquese mejor.

—Cuando tropecé, comprendí en qué lío estaba metido. Había tropezado con un muerto, pero, sobre todo, con una trampa, una estratagema, un lazo corredizo que me haría morir asfixiado. Comprendí enseguida que aquel cuerpo era el del cura y me

eché a llorar. De rabia, de desesperación.

—El comisario Spampinato ha escrito que usted intercambió unas cuantas palabras con el padre Carnazza antes de que éste muriera.

—Es verdad.

—¿Y que algunas palabras no las entendió y otras sí?

—Es verdad.

—Usted declaró que el moribundo le dijo de manera comprensible: «Fue Moro el primo.»

—No, señor, las cosas no ocurrieron así. Yo, al oír la palabra *cuscinu*, pensé que quería una almohada para la cabeza. Pero no le puedo decir si, en aquel momento, el padre decía *cuscinu* en el sentido de *cusscinu*, es decir, almohada, o *cuscinu* con una sola ese en el sentido de primo. La diferencia de pronunciación me la explicó el señor La Mantia, el subcomisario. Yo pensé que *cuscinu* quería decir primo porque sabía que el señor Moro era primo del cura y sabía también que el cura y el señor Moro estaban enemistados por una cuestión de herencia. Sabía también que el señor Moro se la tenía jurada al padre Carnazza. Y por eso, mientras corría a caballo a la comisaría, empecé a atar cabos y a comprender que dos y dos son cuatro. Pero no eran cuatro, tal como me explicó el subcomisario La Mantia.

—¿Por qué razón, según La Mantia, dos y dos no eran cuatro?

—Primero me explicó que una cosa es decir «fue moro» todo seguido y otra es decir «fue», puntitos suspensivos, «moro». Después me explicó que *moro* en dialecto siciliano significa en primer lugar un hombre moreno, pero también significa árabe, igualmente puede ser una forma verbal y, por último, un apellido. Precisamente para evitar el peligro de que una palabra se confunda con otra es por lo que ahora yo sólo hablo en dialecto.

—¿Y por eso ahora está usted convencido de que, al decir «moro», el cura quería decir «me estoy muriendo»? En otras palabras, ¿confirma o retira su acusación contra el señor Moro?

—¡Eso ni hablar! La confirmo. El padre dijo con toda claridad que quien le había pegado el tiro había sido su primo Moro. Tiene que creerme, señor juez: en todo el tiempo que llevo encerrado aquí dentro, no he hecho más que pensar en las palabras del padre mientras se moría... Y sólo ahora puedo declarar que él habló muy claro y que fui yo quien no lo entendió. Tanto es así que al final pensé que me había mandado a tomar por culo, con perdón, desesperado al ver que no lo entendía. Y, en cambio, no me mandó a tomar por culo.

—¿No lo mandó a tomar por culo?

—No, señor.

—¿Qué es lo que le dijo entonces?

—Un momento y enseguida vamos a ello. Empecemos por el principio. Cuando el padre se dio cuenta de que yo estaba a su lado, murmuró una palabra que entonces me sonó algo así como *spaiatu*. ¿Qué quería decir? Nada. Entonces yo pensé que

había pronunciado mal la palabra *sparatu*. Pero ¿qué necesidad tenía de decírmelo cuando se veía muy bien que le habían disparado? ¿Quiere saber una cosa, señor juez? El cura no dijo ni *spaiatu* ni *sparatu*. Pronunció un nombre.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Spampinatu.

—¿Spampinato?!

—Pongo la mano en el fuego. Lo que digo va a misa. Spampinatu.

—¿El comisario?!

—No sé si el comisario o su hermano Gnazio.

—¿El comisario tiene un hermano que se llama Ignazio?

—Sí, señor. Y su nombre también figuraba en la lista. Me lo dijo mi primo el barbero.

—¿Qué lista?

—La de los amantes de la señora Cìcero. Infórmese.

—Entonces, según usted, ¿el cura pronunció los nombres de Spampinato y de Moro?

—De Spampinatu, de Moru y de...

—Siga adelante. ¿Por qué se ha detenido?

—Porque ahora viene lo más gordo. Una bomba. Un cañonazo. El padre pronunció un tercer nombre, no me mandó a tomar por culo.

—Diga ese nombre.

—Fasùlo. No *fa' 'n culo*.

—Vamos, déjese de bromas.

—No bromeo, señor juez. Lo he estado pensando mucho después de que el señor La Mantia me explicase cómo funciona nuestro dialecto. Está clarísimo que el padre Carnazza dijo *ulo*. Apellido. Si hubiera querido decir *culu*, habría dicho *ulu*. Es muy fácil.

—¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Usted se refiere al abogado Fasùlo?

—Yo no me refiero, afirmo. Y, bien mirado, no es ninguna locura que el cura pronunciara ese nombre. Hay que tener en cuenta que él también figura en la lista.

—¿Qué lista? ¿La de los amantes de la señora Cìcero que le facilitó su primo el barbero?

—Sí, señor. En aquella lista está el abogado. Infórmese. Hicieron un pacto.

—Explíquese mejor.

—Spampinatu y Fasùlo se pusieron de acuerdo para matar al cura que les había robado la mujer y los había convertido en cornudos.

—¿El señor Moro también figuraba en la lista?

—Moro no figuraba. Pero tenía cien mil motivos para pegarle un tiro al cura. Se unió a ellos. Hicieron una especie de consorcio.

—Oiga, Bovara, me parece recordar que usted declaró ante el comisario Spampinato que había visto a una sola persona alejarse a caballo del lugar del delito.

—Eso no quiere decir nada. Le debió de pegar el tiro sólo uno, a lo mejor se jugaron a pares y nones quién tendría que matarlo, pero el padre lo comprendió todo y lo dijo.

—¿Usted no reconoció al hombre que huía?

—No, señor juez. Estaba de espaldas y ya se encontraba muy lejos.

—Por consiguiente, ¿afirma usted que Spampinato, Moro y el abogado Fasùlo sellaron un perverso pacto para liquidar a don Carnazza?

—Exactamente. Pero...

—Siga.

—Pero si me pongo una mano en la conciencia...

—¿Y bien?

—¿Sabe lo que ocurre, señor juez? Que uno habla y sigue hablando de lo mismo, y, cuanto más habla, tanto más se le aclaran las cosas en su interior. Es lo que me está ocurriendo a mí. A lo mejor el señor La Mantia tiene razón. Cuando el cura dijo *moro*, quizá sólo quisiera decir «me estoy muriendo». Sí, señor.

—Por consiguiente, ¿usted limitaría el campo sólo a Spampinato y a Fasùlo?

—Exactamente.

—Por desgracia, no tiene usted ningún testigo.

—Acerca de lo que me dijo el padre, Dios es mi testigo.

—Pero Dios no se puede presentar ante un tribunal. Y tampoco hay ningún testigo que pueda declarar que el cadáver fue trasladado a su casa desde el lugar donde usted dijo que lo había encontrado.

—No, señor, testigos de carne y hueso no los hay.

—¿Lo ve?

—Pero se podría demostrar a pesar de todo que ese traslado tuvo lugar.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Mi capa.

—Hable más claro.

—Ahora me explico. ¿El comisario escribió en su informe que yo le había dicho que me había quitado el manto para cubrir el cuerpo del cura?

—Sí, eso escribió.

—Muy bien. Cuando regresé a casa y tropecé con el muerto, La Mantia y Spampinatu encendieron las lámparas. Y yo, a pesar de mi sorpresa y mi perplejidad, vi que mi capa estaba encima de una silla. Y allí se quedó. Si alguien no ha regresado a la casa después de nosotros y se la ha llevado...

—De acuerdo, pero ¿qué importancia tiene esa capa?

—Si es cierto que yo cubrí con esa capa el cuerpo del padre, el forro de la capa, que es de color gris muy claro, tiene que haberse manchado de sangre a la fuerza. Si, por el contrario, las cosas ocurrieron tal como dice el comisario, es decir, que yo lo maté en mi casa, ¿por qué la parte interior de mi capa, y que conste que digo la parte interior, tendría que haberse manchado de sangre? ¿Y precisamente a la altura de la

herida del cura?

—Me encargaré inmediatamente de que se lleve a cabo una comprobación. Este primer interrogatorio termina aquí.

—Como usía quiera.

—Ah, otra cosa. Cuando usted entró en su casa aquella noche, ¿la puerta estaba cerrada con llave?

—No me acuerdo. Me parece que estaba cerrada y que yo la abrí. Pero no tiene importancia.

—¿Por qué?

—Porque al lado de la puerta hay una ventana que yo dejo siempre abierta.

—¿Aquella noche estaba abierta o cerrada?

—No me acuerdo.

—Como usted comprenderá, señor Bovara —dijo el juez, levantándose—, tendré que volver a interrogarlo. Usted, Impallomèni, vaya a buscar al comisario.

El secretario judicial se retiró. Tardó un buen rato en regresar con Spampinato, el cual estaba tan amarillo que parecía un pimiento y sudaba ligeramente. Dirigió una mirada rebotante de rabia a Giovanni. Y éste comprendió que el secretario judicial le había contado lo que él había declarado ante el juez. Aquella misma mañana, de eso estaba seguro, los adversarios serían informados acerca de su jugada. Le tocaba a él y había movido el caballo. Habría que esperar a ver qué pieza moverían los demás... Tuvo que hacer un esfuerzo para que el brillo de sus ojos no dejara traslucir la alegría que experimentaba.

—¿Tiene usted en su poder la llave del domicilio del señor Bovara?

—Sí, señor.

—Vaya a buscarla.

El comisario se retiró y regresó con la llave en la mano. Se la entregó al juez.

—Después de la detención del señor Bovara, ¿regresaron ustedes a su casa?

—No fue nadie.

—Señor secretario, empiece a leer el acta al señor Bovara. Usted, señor comisario, acompáñeme.

Ambos salieron al pasillo. El juez habló en voz baja.

—Quiero que Bovara sea trasladado de inmediato a la cárcel de San Vito.

El sudor del comisario se intensificó.

—¿Puedo saber por qué?

—Por supuesto que puede saberlo. Por razones de seguridad.

—¿No está seguro en la comisaría?

—No, no lo está.

Spampinato se calló, pues no se sintió con ánimos para hacer más preguntas. Había pensado darle su merecido al muy cabrón del contable en cuanto el juez se

marchara y hacerle pagar muy caro el hecho de haber implicado a su hermano Gnazio y al abogado Fasùlo, casi exculpando a don Memè Moro, según lo que le había revelado a toda prisa el secretario judicial, que era pariente lejano suyo.

—Vaya a ver inmediatamente al director y dígame que por orden mía, que confirmaré por escrito, Bovara tiene que ser colocado solo en una celda. No en una celda de aislamiento, que quede bien claro, pero quiero que no haya nadie con él. Ya sé que San Vito está a punto de estallar, pero no puedo hacer nada. Vaya. Ah, espere. Quiero decirle que será usted responsable de la integridad física de Bovara hasta que cruce el umbral de la cárcel. A partir de ese momento, haré responsable al señor director. Buenos días.

Spampinato se quedó paralizado; sus piernas se negaban a moverse. Todo eso significaba que el juez estaba casi convencido de las idioteces de aquel loco. Pero ¿por qué había mencionado el nombre del abogado Fasùlo? ¿Y si los hechos fueran mucho más gordos y a él sólo le hubieran contado de la misa la media? Al final, consiguió caminar.

Cuando finalizó la lectura del acta, Giovanni la firmó. La Mantia volvió a acompañarlo al calabozo. Amabilísimo, casi reverente.

—Impallomèni, que le expliquen dónde está exactamente la casa de Bovara.

Mientras el juez subía al coche, el secretario judicial le dijo al cochero:

—Acompañe al señor juez a Vigàta. Vaya hasta pasado el puente...

—No. Impallomèni, usted viene conmigo. Le facilitará las explicaciones por el camino.

En su fuero interno, el secretario judicial maldijo todo el santoral. El comisario le había rogado que le explicara mejor todo aquel asunto en cuanto pudiera. Paciencia.

—Pero bueno, ¿estamos de guasa? —dijo enfurecido el director de la cárcel de San Vito—. ¿El señor juez Pintacuda no sabe en qué situación nos encontramos? ¿No sabe que en una celda de cuatro hay nueve personas? ¿Qué se ha creído, que esto es el gran hotel?

—Señor director, cada cual tiene sus problemas —replicó sombríamente Spampinato.

—¿No podría ponerlo en una limpia y preciosa celda en la que se encuentran el *cavaleri* Pulvirenti, su socio Inghirò y el tercer socio, Cardillo? Están en chirona por estafa continuada, pero son hombres de bien.

—Director, yo ya le he dicho lo que quiere el juez. Por lo demás, la responsabilidad es suya. Yo me voy.

—Muy bien, entrégueme a ese Bovara.

Spampinato abandonó el despacho del director, volvió a entrar empujando a Giovanni hacia delante, le quitó las esposas, se despidió y se fue.

Giovanni estaba tranquilo y sereno. A lo largo del breve trayecto en coche desde

la comisaría a la cárcel, Spampinato había evitado mirarlo a los ojos y no le había dirigido la palabra. Sólo en el momento de bajar del coche, ya en el patio de San Vito, le había propinado un fuerte empujón, por el cual Giovanni había caído de bruces al suelo. Un guardia lo había ayudado a levantarse.

—¡Jefe de los guardias! —dijo el director, levantando la voz.

El jefe de los guardias se presentó. Era más bien joven y llevaba el uniforme muy limpio.

—Éste es el señor Bovara, un recluso de mucho respeto, según se ha dignado comunicarnos el señor juez Pintacuda. Quiero que esté solo en una celda. ¿Me explica usted cómo coño lo hacemos?

El jefe de los guardias lo pensó un poco.

—Puede que haya una solución. Pero necesito una media hora. Entre tanto, yo podría custodiarlo en el cuerpo de guardia.

—Haga como crea oportuno.

—Sígame.

Giovanni lo siguió. Echaron a andar por un pasillo desierto. Tras dar unos pasos, el jefe de los guardias aminoró la marcha y se situó al lado de Giovanni, el cual oyó una especie de susurro que, al principio, no comprendió de dónde procedía. De pronto, se dio cuenta de que el que estaba hablando era el jefe de los guardias; ni siquiera movía los labios: una persona que se encontrara a un metro de distancia no habría podido oírlo.

—¿Usía es el mismo Bovara que era inspector jefe de los molinos?

—Sí.

Había tratado de hablar de la misma manera que el otro, pero, por falta de costumbre, aquella solitaria sílaba le sonó como un escopetazo.

El jefe de los guardias dio unos cuantos pasos más en silencio y después añadió:

—¿Necesita alguna cosa? Papel, lápiz, cigarros...

—No tengo dinero, no puedo pagar el favor.

—Yo no he hablado de dinero —replicó el otro—. Usía téngalo en cuenta, si necesita algo, llame al jefe de la guardia.

—Gracias —dijo Giovanni, aturdido.

¿Estaban tendiéndole otra trampa? ¿En qué otro agujero querían hacerlo caer?

Ya habían llegado a la altura de la puerta del cuerpo de guardia.

—Me llamo Caminiti —dijo el jefe de la guardia—. Mi padre siempre ha dicho que es usted un caballero.

Todavía lunes, 15 de octubre de 1877

—¡Ése me dijo la pura verdad cuando se presentó en la comisaría! ¡El contable me contó toda la santísima verdad! ¡Y, en cambio, usted, distinguido abogado Fasùlo, me dio dos veces por culo!

—Cuide el lenguaje, comisario.

—La primera, haciéndome creer que no había sido don Memè Moro quien le había pegado un tiro al cura porque don Memè había sufrido un ataque de malaria y estaba acostado en su cama...

—¡Calma, comisario, calma!

—¡Calma, una mierda! ¡Y la segunda, cuando trasladó el cadáver del cura desde el sendero a la casa del contable para que se acusara del homicidio al propio contable! ¡Y yo me creí que lo había matado el contable! ¡Me ha hecho jugar el papel de cabrón! ¿A quién se le ocurrió esa idea tan ingeniosa?

—A don Cocò.

—¡Pues me alegro de que la haya cagado!

—¡Spampinato, no mee fuera del orinal!

—¡Yo meo donde me da la real gana!

—Comisario, calma, en momentos como éste...

—¿Calma? ¡Yo le pedí a La Mantìa, que habla mejor que yo, que convenciera al contable de que el autor del disparo no podía haber sido don Memè! ¡Y aquél se puso a hablar como un profesor! ¡No sabe la lección que le dio al contable! Mire, eso en dialecto se dice así, en dialecto se dice asá... ¡Y el otro se aprendió la lección y ahora, poquito a poco, nos la está metiendo toda entera por el culo!

—Comisario...

—¡El contable también lo ha metido a usted en el follón, pero usted puede estar tranquilo y mandarlo todo al carajo!

—Por consiguiente, estamos en el mismo barco.

—¡No me haga reír, hombre! ¡Usted es el único que no se puede ahogar en este barco! ¡Porque usted siempre tiene a don Cocò preparado para arrojarle el salvavidas!

—¡A este salvavidas también se puede agarrar su hermano!

—¿También? ¡Agárrese usted! ¿Por qué se tiene que salvar mi hermano antes que nadie? ¡En este historia Gnaziu no pinta un huevo!

—¿Por qué lo dice, acaso yo sí pinto algo?

—¡Dejémoslo correr, abogado! Se lo voy a decir muy claro: ¡a mi hermano Gnaziu yo a la cárcel no lo mando! ¡Es tan inocente como Jesucristo!

—Comisario, nadie irá a la cárcel.

El comisario se levantó de la silla, dio dos o tres pasos por la estancia y volvió a sentarse.

—Abogado, el secretario judicial me ha revelado no sólo lo que el contable le dijo al juez durante el interrogatorio, es decir, que quienes mataron al cura fueron usted,

Gnaziu y Memè Moro, sino también lo que el juez encontró en la casa del contable. A saber, la capa con la parte interior manchada de sangre tal y como había dicho el propio Bovara.

—Eso no significa nada.

—Abogado, puede no significar nada y puede significarlo todo. Según como lo interprete el juez.

—¿Y a ese señor juez no podemos hacerle interpretar las cosas a nuestra manera? ¿No podemos hablar con él?

—No, señor, no podemos. Yo lo conozco muy bien. Hablar con él podría ser peor. Yo sé a ciencia cierta que, antes de interrogar a Bovara, se reunió varias veces con el fiscal Rebaudengo.

—¡Coño!

—¡Así que hay que acabar de inmediato con esta historia, antes de que nos lleve a todos a la ruina!

—Comisario, ¿me puede esperar media hora, aquí en mi despacho? De todos modos, no tiene que venir a verme nadie. Voy a hablar con don Cocò y vuelvo.

Al entrar en su despacho después de su reunión con don Cocò, el abogado Fasùlo casi se ahogó: Spampinato se había fumado cuatro cigarros puros en treinta y cinco minutos.

—¿Y bien?

—Todo arreglado. Don Cocò ha decretado que las cosas tienen que solucionarse sin que nadie sufra el menor daño.

—¿Cómo?

—Comisario, vuelva a la comisaría. Es mejor que usted quede al margen.

—¿Puedo saber cómo quieren ustedes solucionar las cosas?

—No. Por su propio interés.

—Usted ya conoce mi opinión acerca de todo este asunto —dijo el fiscal Rebaudengo.

—Y yo estoy totalmente de acuerdo con usted —contestó el juez Pintacuda—. Ya no me cabe la menor duda de que Bovara es totalmente inocente. Pero creo que no es el momento de excarcelarlo.

—¿Por qué no?

—Verá, cuando oí a Bovara mencionar el nombre del hermano del comisario Spampinato, temí por su integridad física. Y mandé que lo trasladaran a la cárcel de San Vito. No quisiera que, devolviéndole la libertad, acabara como sus predecesores Tuttobene y Bencicò. Esta vez habían decidido quitarlo de en medio con un plan muy refinado: enviarlo a la cárcel por un delito que no ha cometido. Cabe la posibilidad de

que, ante el fracaso de su plan, decidan recurrir a sistemas más expeditivos.

El fiscal miró al juez a los ojos.

—¿Usted se cree lo que le ha dicho Bovara?

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que un terceto formado por Moro, Spampinato y Fasùlo decidió la liquidación del cura.

—¿Yo? Si fuera tonto...

—¿Entonces?

—Señor fiscal, yo creo que, en un primer momento, el contable Bovara dijo la verdad, es decir, que el cura le reveló en susurros que quien lo había matado era su primo Moro, tal como efectivamente había ocurrido. Después, al ver que lo acusaban del delito, modificó hábilmente su versión, comprometiendo al hermano del comisario y al intocable abogado Fasùlo, brazo derecho de Nicola Afflitto, el verdadero cerebro que se oculta detrás de todo este asunto.

—¿Con qué propósito?

—Ha sido una jugada desesperada. Extremadamente inteligente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que nosotros, en este momento, nos convertimos en algo así como espectadores de un encuentro deportivo. Y nos conviene permanecer en esta posición.

—Entiendo —dijo Rebaudengo—. Por desgracia, yo no podré quedarme hasta el término del encuentro. Pasado mañana tendré que irme. ¿Me dirá por carta cuál es el resultado final?

—Cuenta con ello —contestó Pintacuda.

El sol ya se estaba poniendo. Don Memè permanecía en su dormitorio, sentado en un sillón, justo detrás de la contraventana semicerrada, de tal forma que podía mirar hacia el exterior sin ser visto. Pero el caso es que no había nada que mirar. En determinado momento había visto un conejo silvestre que pasó corriendo. Por la mañana iba a saludarlo Aliquò, de camino al aprisco de sus cabras, y lo mismo hacía al atardecer, cuando regresaba al pueblo. El hecho de haber matado al cura le había devuelto la salud y el apetito. Debería tener un poco de paciencia: dos días atrás se había presentado Sciaverio de parte del abogado Fasùlo: en cuestión de nada se podría dejar ver de nuevo por el pueblo. El contable, había ordenado que le dijeran el abogado, seguía en la cárcel, y había muchas posibilidades de que se quedara en ella toda la vida. Justo cuando pensaba en Sciaverio lo vio aparecer en el patio montado a caballo. Sciaverio desmontó y miró hacia arriba, hacia la ventana del dormitorio.

—Estoy aquí, Sciavè.

—Tengo que hablar con usted, don Memè.

—Sube.

Sciaverio entró en la habitación, extendió los brazos y dijo en tono jovial:

—¡Ya está todo hecho!

—¿Qué quieres decir? —le preguntó don Memè, levantándose del sillón.

—Quiero decir que esta mañana el juez ha interrogado al contable y está convencido de que fue él quien mató al padre Carnazza. Todo tal como había dicho don Cocò.

—¡Ah, Dios mío, te doy gracias! —exclamó don Memè, con los labios temblando de emoción. Después inquirió—: Entonces, ¿ya puedo regresar al pueblo?

—Ahora mismo.

—¡Virgen santísima, qué alegría! ¡Encerrado aquí en el campo me parecía estar en la cárcel!

—Ah, pero hay una cosa —añadió Sciaverio—. El abogado me ha dicho que no tiene que llevar el revólver encima. Por lo que pudiera ser. Me lo da a mí y yo me encargaré de hacerlo desaparecer.

Don Memè abrió el cajón de la mesilla, sacó el arma sujetándola por el cañón y se la entregó a Sciaverio.

—¿Está cargado? —le preguntó éste.

—Pues claro —contestó don Memè.

Sciaverio le acercó la boca del revólver a la sien derecha y apretó el gatillo. El cuerpo de don Memè cayó boca arriba sobre la cama con los brazos en cruz. Sciaverio le colocó el arma en la mano derecha y retrocedió un par de pasos para contemplar su obra. Le pareció perfecta.

Después sacó de un bolsillo la nota escrita con letras de imprenta que le había dado el abogado Fasùlo y la depositó bien a la vista sobre la mesilla. La nota decía lo siguiente:

Yo maté al cura. Y fui yo quien trasladó al muerto a la casa del contable Bovara para que la culpa recayera sobre él. Actué en solitario. Pero me muero de remordimientos de conciencia.

El jefe de los guardias Caminiti abrió la puerta de la celda.

—Acompañeme. El director quiere hablar con usía.

Giovanni se levantó del camastro y se situó detrás del jefe de los guardias. Tras caminar un buen rato, llegaron al pasillo largo.

—¿Sabe por qué quiere verlo el director?

—No.

—Se lo voy a decir yo. Se acaba de recibir la orden de excarcelación inmediata.

Giovanni no se inmutó y siguió caminando a paso normal.

—¿Me ha oído? —le preguntó Caminiti, hablando en un tono de voz un poco más alto que el de su habitual susurro.

—Sí.

—¿Y no está contento?

—Ya lo sabía —dijo Giovanni.

Había ganado la partida. Los demás habían tumbado el rey en señal de rendición. La nueva revelación del jefe de los guardias, el suicidio de don Memè y la nota con la confesión, lo dejó indiferente.

Al pasar por delante del despacho del fiscal, el juez Pintacuda observó en la parte inferior una franja de luz. Llamó.

—Adelante.

Entró. El fiscal estaba guardando unos papeles en un maletín.

—Como ve, estoy desocupando el despacho. Mañana por la mañana cederé el puesto a mi sucesor, que ya ha llegado.

—¿Lo sabe? He ordenado la excar...

—Me he enterado —dijo Rebaudengo—. La noticia ha corrido como un reguero de pólvora. Ha hecho bien.

—No podía actuar de otro modo después del suicidio, la confesión...

El fiscal lo miró a los ojos.

—¿Usted cree que se ha suicidado?

—¿Yo? No.

—Yo tampoco. ¿Por qué la nota de explicación, según lo que me han dicho, está escrita con letras de imprenta y no lleva firma? Han querido hacer su jugada, pero, al parecer, han tenido que rendirse ante el adversario. Sin embargo, a estas alturas de la partida, el adversario ya no es Bovara.

—Pues ¿quién ocupa su lugar?

—Nosotros, mi querido amigo, y usted lo sabe muy bien. Pero a mí me han descalificado, en el juego sólo queda usted. De todos modos, tenga en cuenta que se trata de una partida muy difícil. Supongamos que usted impugna la autenticidad de la nota y las pruebas periciales le dan la razón. ¿Qué hace?

—Sinceramente, no lo sé.

—¿Lo ve? Supongamos, por simple hipótesis, que usted descubre una pista que lo conduce a los otros dos que, según Bovara, están implicados en el homicidio. Pues bien, para que no siga usted adelante, le ofrecerán en bandeja de plata al hermano del comisario, Ignazio creo que se llama.

—Pero el comisario no admitirá que condenen o, por lo menos, que impliquen a su hermano. ¡Se rebelará!

—No tendrá posibilidad de hacerlo, amigo mío. ¿Voy a tener que ser yo, un hombre del norte, quien le diga a usted cómo irán las cosas? Que se den cuenta de que usted se está centrando en el nombre de Ignazio Spampinato significará la muerte del comisario.

—¿Le pegarán un tiro?

—No, morirá heroicamente en un tiroteo con unos delincuentes. Y, si usted sigue obstinadamente adelante y se produce el milagro de que, entre tanto, no lo hayan trasladado a otro sitio, el siguiente nombre con el que se tropezará será el del abogado Fasùlo... Quédese tranquilo: si es usted tan hábil como para inculparlo por el homicidio de don Carnazza, eso, después de todos los recursos que haga falta, se lo permitirán. Permitirán que se zampe a Fasùlo. Hará mutis, acusado del homicidio del cura. Y usted, que aparentemente habrá ganado la partida, en realidad la habrá perdido.

—Pero ¿qué es lo que está usted diciendo?

—Está claro. Lo que ellos necesitan es mantener cuidadosamente separada mi investigación de la suya. El que está detrás de todo esto, el nombre no se lo digo porque usted lo conoce muy bien, arrojará por la borda a su brazo derecho. Y cuando usted lo acuse de ser el instigador, o de cualquier otra cosa que se descubra, del homicidio de Carnazza, él estará dispuesto a divulgar un comunicado público: él no sabía nada acerca de los turbios manejos de una persona de la cual se fiaba ciegamente, lo engañaron, lo traicionaron. Declararse víctima de una traición es siempre una jugada ganadora, ¿sabe? Con tal de que sus intereses económicos estén a salvo, está dispuesto a todo. ¡Ay si tuviera que caer en el barro de un homicidio!

—Entonces, según usted, ¿es inútil seguir adelante?

—Yo no he dicho eso. Digo simplemente que tanto usted como yo corremos el peligro de llegar, como máximo, a una verdad parcial. Bueno, siempre es mejor que ninguna verdad.

—Yo también lo creo. Y espero que su sucesor...

El fiscal soltó una carcajada.

—¿Quién?

—¿Cómo quién? Antonio Lacalamita. —El fiscal siguió riéndose—. Pero ¿usted lo conoce? —le preguntó el juez Pintacuda.

—No tengo ese honor. Pero ¿ha leído usted lo que ha escrito un periódico de la isla, del cual tengo entendido que Afflitto es accionista?

—Se me ha pasado por alto.

—Ha escrito que el señor Lacalamita es una persona de destacadas dotes de prudente equilibrio. Esta frase, que en mi tierra tiene un significado muy concreto, aquí tiene otro. ¿No es así?

—Es así —reconoció amargamente el juez Pintacuda.

Se hizo el silencio. Al cabo de un rato, Pintacuda murmuró algo que el fiscal no entendió.

—No le he oído bien —dijo éste.

—Nada, no vale la pena —replicó el juez.

Lo que había dicho era: «Menos mal que usted tiene la suerte de irse.» Pero se avergonzaba de haberlo pensado.

—Pues entonces, ¿qué piensa hacer? —añadió, inmisericorde, el fiscal.

—Simularé crearme la confesión —contestó el juez, casi hablando para sus adentros. No conseguía levantar el tono de voz.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se me ocurra la jugada más indicada. Ese Bovara me ha enseñado una cosa —terminó diciendo el juez Pintacuda.

Una vez fuera de la cárcel, Giovanni comprendió que no conseguiría regresar de inmediato a la casa de Vigàta. Enfiló Via Atenea para pasar por lo menos la primera noche en el hotel Gellia. Estaba oscureciendo, las farolas ya se habían encendido y había muy poca gente por la calle. Pero sí estaban los tres inevitables jovencuelos vestidos de hombres mayores. Al verlo, éstos se descubrieron y se inclinaron.

—Buenas tardes, contable —dijo uno de los tres.

—Buenas tardes —contestó Giovanni, sorprendido.

Después comprendió la razón de aquel saludo. Los muchachos estaban al corriente de lo ocurrido y querían rendir homenaje al ganador. El portero del hotel también estuvo muy amable con él. Antes de subir a la habitación que le habían asignado, Giovanni preguntó si sería posible tomar un baño a aquella hora.

—¡Para usted, eso y cualquier otra cosa que desee, contable! Ordenaré que lo avisen dentro de media hora.

Se tumbó en la cama sin quitarse los zapatos. E inmediatamente oyó que llamaban insistentemente a la puerta.

—El baño ya está listo.

Comprendió que se había dormido al instante, como si alguien hubiera soplado sobre la llama de una lámpara. Cerró la puerta del cuarto de baño, se sumergió en el agua de la bañera de estaño y, de pronto, volvió a quedarse dormido.

Cuando se despertó, el agua ya se había enfriado. Pero lo que lo sacó del sueño fueron unos ligeros arañazos en la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Caminiti, contable.

No era la voz del jefe de los guardias, sino la de su padre, el ujier.

—Abro enseguida.

Iba a ponerse los calzoncillos, pero, al ver lo sucios que estaban, tanto como el traje tirado en el suelo, le entraron náuseas. Se envolvió el cuerpo en una toalla y fue a abrir.

Caminiti permanecía rígidamente de pie delante de él, más tieso que un palo.

—¡Caminiti, qué agradable sorpresa!

El ujier trató de sorberse los mocos y se pasó el dorso de la mano izquierda por el bigote. Debía de estar emocionado. Sostenía un paquete en la mano derecha.

—Mi hijo me ha dicho que lo habían puesto en libertad. Y pensé que esta noche

por lo menos vendría a dormir al hotel... y le he traído calzoncillos, camiseta, una camisa, calcetines y un traje de mi hijo, que es casi como usted. Puede ponérselos sin ningún reparo, está todo limpio.

Giovanni extendió los brazos y estrechó al anciano.

—Gracias —consiguió murmurar.

—Vístase —dijo Caminiti—. Yo me voy y le deseo buenas noches. Ah, quería decirle que abajo está *u dutturi* Borzacchini, el secretario del delegado.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Tiene que hablar con usted.

Se vistió, tomándose lo con calma.

Cuando bajó para dirigirse al restaurante, en el vestíbulo, sentado en una butaca, estaba Augusto Borzacchini. Al verlo, éste se levantó de un salto, se arregló la corbata, se tiró de la chaqueta hacia abajo para alisársela y le tendió la mano.

Giovanni fingió no haberla visto.

—Usted no se imagina nuestra alegría en cuanto en la delegación nos enteramos...

—Dejémoslo correr. Y dígame qué desea de mí.

Por un instante, pero sólo por un instante, Borzacchini pareció quedarse desconcertado. Sin embargo, inmediatamente recuperó el aplomo.

—¿Sabe?, el señor delegado se ha restablecido por completo, gracias a Dios, y ya lleva un par de días en su puesto.

—Ah, ¿sí?

—Me ha dado una carta para usted.

Se la sacó del bolsillo y se la entregó a Giovanni.

—Dígale al delegado que mañana por la mañana estaré en el despacho.

Borzacchini se tiró levemente de la chaqueta hacia abajo, se arregló la corbata y carraspeó, acercándose una mano a la boca.

—¿Qué ocurre?

—Si fuera usted tan amable de leer la...

—¿Usted sabe lo que dice?

—Sí.

—Dígamelo.

—Pues bueno..., teniendo en cuenta las adversidades a las que ha estado injustamente sometido..., el señor delegado le concede un mes de permiso a partir de mañana mismo... Entre tanto, se apresurará a presentar una solicitud al Ministerio... Como usted comprenderá, no se puede descartar una hipótesis de incompatibilidad... Repito, es sólo una hipótesis...

—Me pasaré por allí de todos modos. A recoger algunos efectos personales que dejé en el despacho.

—En el despacho ya no hay nada suyo. El señor delegado en persona ha querido cerciorarse. Vuelvo a decirle: la situación sería muy embarazosa para todos si usted

mañana acudiera a la delegación.

Sin decir nada, Giovanni rompió la carta y le metió los trozos en el bolsillo.

Se consoló en el restaurante con cuatro salmonetes de roca con salsa.

Catálogo de sueños

Más tarde, a unos primero y a otros después, a todos les llegó la hora de apagar la lámpara, acostarse, cerrar los ojos, empezar a dormir y soñar.

Don Cocò dormía y soñaba que estaba durmiendo y se veía a sí mismo mientras dormía, como si fuera otra persona. Se veía sentado en un resplandeciente trono de oro y piedras preciosas en una sala tan inmensa como un patio de armas. Vestía una túnica roja orlada de oro y llevaba encima un manto bordado con estrellas, soles y planetas. Lucía en la cabeza una corona tan refulgente que la gente no podía mirarla sin cubrirse los ojos. De pronto, una poderosa voz lo despertó:

—¡Cocò Afflitto!

—¿Eh? —preguntó, abriendo los ojos.

A los pies del trono había un sujeto con un cayado de pastor, vestido con una especie de saco todo agujereado. Mirando mejor, se dio cuenta de que ese hombre era él mismo.

—¡Acuérdate de cómo estoy yo ahora delante de ti! —dijo el que parecía un peregrino—. ¡Mira a qué estado querían reducirme! ¡Pobre y loco! Pero ¡tú tienes que defenderme! ¡Arroja a sus hijos a la miseria, derríbalos con tu espada! ¡Sus mujeres se tienen que quedar sin hijos y viudas, desde sus casas sólo se tienen que oír lamentos y gritos de desesperación! ¡Han excavado la fosa para atraparme, han arrojado lazos corredizos a mis pies!

—¿Y era necesario despertarme para decirme esas cosas que ya sé? —replicó don Cocò, volviendo a dormirse en el trono.

El *cavaliere* Antonio Lacalamita, recién llegado a Montelusa desde Catania para sustituir al fiscal de la Corona Rebaudengo, se había acostado enseguida, cansado del viaje. Sueña que quiere entrar en el Palacio de la Ley, pero delante hay un guardián que le dice que justo en ese momento no puede hacerlo.

—¿Y más tarde? —pregunta Lacalamita.

—Puede ser —contesta el guardián. Sin embargo, la puerta del palacio está abierta, y Lacalamita trata de mirar hacia el interior. El guardián suelta una sonora carcajada—. Si tantas ganas tiene de entrar, entre si quiere a pesar de mi negativa. Pero tenga en cuenta una cosa: yo, que soy poderoso, soy el último de todos los guardianes. Delante de cada uno de los trescientos salones hay un guardián, y cada uno de ellos es más poderoso que el anterior. Yo mismo, al llegar al tercero, ya no puedo ni siquiera mirarlo a la cara.

—Pero ¿a la Ley no se debería poder llegar siempre? —se pregunta el fiscal Lacalamita, más perplejo que convencido.

—Prefiero esperar —le dice, sin embargo, el guardián.

Entonces el guardián coge un taburete y lo coloca cerca de la puerta. El fiscal se sienta. Y en ese instante comprende que, sentado en el taburete, se va a pasar meses, años de vida.

Sciaverio no sabe que jamás ha tenido un sueño completo, con un principio y un final, ni siquiera con un principio y un final absurdos como suelen ser los de los sueños. Nada. Él se limita a contemplar las cosas que asoman un momento en el sueño y después desaparecen en la oscuridad. Una mano de mujer. Una caca de perro en forma de círculo. Oscuridad. Una flauta de caña. Una boca de hombre que vomita sangre. Un trozo de cuerda de veinte centímetros. Un huevo. Oscuridad. Un ojo que se abre y se cierra. Una piedrecita redonda y lisa como las que se encuentran cerca del agua. Oscuridad. Oscuridad. Oscuridad. Un cigarro puro apagado. Un tapón.

Giovanni o l'è lì ch'o s'assunna che l'è ancou neutte, se está quedando dormido cuando todavía es de noche, pero se encuentra en la cubierta de un barco; de pronto, advierte que *o cheu ch'o ghe picca forte, o comensa à vedde Zena*, el corazón le late con fuerza y empieza a ver Génova en la distancia, entre las montañas oscuras y la costa, como una trémula telaraña de fuego, cerniéndose en el aire del mar...

El fiscal Rebaudengo también soñaba que estaba en el puente de un barco. La costa de Sicilia ya se había convertido en una delgada franja que a duras penas se distinguía, la línea que separaba el cielo del mar era cada vez más borrosa. Y, justo en el momento en que ya no pudo distinguirla, comprendió con toda claridad que había aprendido a amar aquella tierra y que antes o después regresaría a ella. Se despertó.

—Me cueste lo que me cueste —dijo en voz alta.

El juez instructor Giosuè Pintacuda, sin saber ni el porqué ni el cómo, se encontraba justo en medio de una batalla. Se oían voces y disparos procedentes de todas partes. Y lo bueno era que él, a pesar de saber muy bien en qué bando se encontraba y quién era el enemigo, no había recibido órdenes precisas acerca de cómo debía actuar. Por consiguiente, lo único que podía hacer era armarse de paciencia y esperar. Permanecía tumbado en el suelo con un fusil entre las manos. Estaba seguro de que antes o después tendría que disparar. Entre tanto, más fuerte que los disparos y los gritos, oía los violentos latidos de su corazón contra la tierra cubierta de agujas de pino.

El delegado de Hacienda, *commendator* Felice La Pergola, soñó que, al despertarse por la mañana en su cama, se había transformado en un enorme y feo escarabajo. Descansaba sobre la espalda dura como una coraza, y cuando levantaba la cabeza, veía su arqueada barriga, oscura y como cortada en varios segmentos curvados. En cambio, sus piernas se habían multiplicado, eran muy delgadas y temblaban sin cesar en una especie de confusa agitación.

—¿Qué me ha pasado? —se preguntó.

Pero sabía que aquel sueño no era exactamente un sueño.

Por detrás de un muro asomó un hombre con la cabeza vendada y el brazo izquierdo atado en cabestrillo al cuello con un trozo de tela blanca. Con la mano derecha empuñaba un revólver. El abogado Fasùlo lo reconoció.

—Beso sus manos, don Cocò.

—Te saludo, Fasù —dijo don Cocò.

Por detrás del mismo muro apareció Sciaverio. También con un revólver en la mano.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó el abogado.

—Ya no hace falta —contestó don Cocò.

Sciaverio levantó el brazo y le pegó un tiro. Fasùlo experimentó un fuerte golpe en el pecho y empezó a caer, a caer en un abismo sin fondo. Se despertó empapado de sudor. Aquel sueño recurrente era una lata.

El *cavaleri* Brucculeri, el director de la oficina de correos, nada desesperadamente en un océano de medias negras de mujer, de ligas, de bragas bordadas que saben a azahar, de camisones de seda, de enaguas blancas que huelen a jazmín, de broches de nodriza, de alfileres dorados, de collares de perlas, de pendientes de oro y piedras preciosas. A continuación, aparece ante sus ojos un mar de sujetadores que tiene que atravesar y comprende que no lo conseguirá, que se hundirá en él, asfixiado. Pero entonces se ve a sí mismo dando brazadas en una cosa líquida que no es agua de lago ni agua salada, sino una masa lechosa y pegajosa. Justo en ese momento se da cuenta de que su mujer, desnuda, está haciendo el muerto boca arriba.

—Pero ¿qué es esta cosa? —le pregunta él, señalando el líquido.

—Semen del padre Carnazza —le contesta ella, flotando plácidamente.

Su esposa se ha bebido una buena taza de infusión de semillas de amapola porque quiere dormir a gusto. Y Pinuzzo lo aprovecha para meterse en la cama con la cuñada. Han disfrutado de un polvo sensacional. Luego, doña Trisìna Cìcero duerme sola y respira muy suavemente, y el aliento se convierte entre sus labios en una

especie de música dulcísima, un canto de ángel. En el sueño, Trisìna vuelve a ser inocente. El sueño empieza a acariciarla como una mano de hombre, primero entre las tetas, después sobre el vientre, las nalgas y entre las piernas. Acto seguido, antes de apoderarse totalmente de ella, el sueño le coloca suavemente una venda de color rosa delante de los ojos. Y, durante toda la noche, eso es lo único que ve Trisìna.

Nota

«Hace un par de días, en la campiña de Barrafranca le pegaron un par de disparos de fusil a un cura rico, corrupto, prepotente y muy odiado en el pueblo. Aproximadamente a 60 metros de distancia del lugar donde se desplomó el cura, se encontraba un turinés que había llegado a Sicilia unos días atrás como inspector de los molinos (molienda). Éste se encontraba de espaldas al cura. Al oír el fragor de los disparos, se volvió y corrió hacia el cura, el cual le dijo antes de morir: “Me ha asesinado fulano de tal, mi primo.” El turinés montó en su caballo y cabalgó al pueblo para comunicar lo ocurrido en el puesto de los carabinieri... y, por el camino, iba contando a todo el mundo el asesinato y la revelación que la víctima le había hecho acerca del asesino. El cura mantenía desde hacía doce años una disputa con el primo que lo mató, y reinaba entre ambos una gran hostilidad; veinticuatro horas después, el turinés fue detenido como presunto autor del asesinato, y entre los testigos que declararon contra él se encontraba el mismo primo asesino del cura, y todo el proceso siguió ese camino mientras por todo el pueblo y las localidades de los alrededores se comentaba en voz baja la identidad del asesino.»

Éste es el episodio que cuenta Leopoldo Franchetti en su obra *Politica e mafia in Sicilia*, escrita en 1876, pero publicada en 1995 (Nápoles; Bibliopolis), y que es la base de mi libro, una trágica farsa.

Aparte de este episodio, todos los personajes y los hechos son pura invención.

El último capítulo, «Catálogo de sueños», está formado por imágenes, frases y palabras robadas del *Libro de Jeremías* (18, 3), Kafka («Ante la ley»), Faulkner (*El ruido y la furia*), Firpo (*'O grillo cantadò*), Sciascia (*El día de la lechuza*), Hemingway (*Por quién doblan las campanas*), nuevamente Kafka (*La metamorfosis*), Hammett (*Corkscrew*), Joyce (*Ulises*) y Proust (*La prisionera*). Hay que señalar también que los fragmentos de la carta de Gigi Piràn están sacados de la novela *Los viejos y los jóvenes*, de Luigi Pirandello.

Finalmente, quiero expresar mi sincera gratitud a Silvio Riolfo Marengo, que ha guiado con inteligencia y comprensión los inciertos pasos de Giovanni Bovara por el laberinto del dialecto genovés.

A. C.